ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA HISTORIA DEL MUNDO

1



Editorial

ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA HISTORIA DEL MUNDO

1



ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA HISTORIA DEL MUNDO

1

John Macdonald

Introducción de Len Deighton
Prólogo del general sir John Hackett

Editorial
Rombo

Dirección editorial:
Julián Viñuales

Coordinación editorial:
Julián Viñuales, Jr.

Dirección técnica:
Pilar Mora

Coordinación técnica:
Miguel Ángel Roig

Diseño cubierta:
Hans Geel

Traducción:
Gearco

Fotocomposición:
Alfonso Lozano

Título original:
Great Battlefields of the World

Publicado por:
Editorial Rombo, S. A.
Muntaner, 371
08021 Barcelona

ISBN: 84-86579-13-9 (Volumen 1)
84-86579-12-0 (Obra completa)

Impresión:
Rotocayfo, S. A (30-8-94)
Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B. 29251-94

Printed in Spain



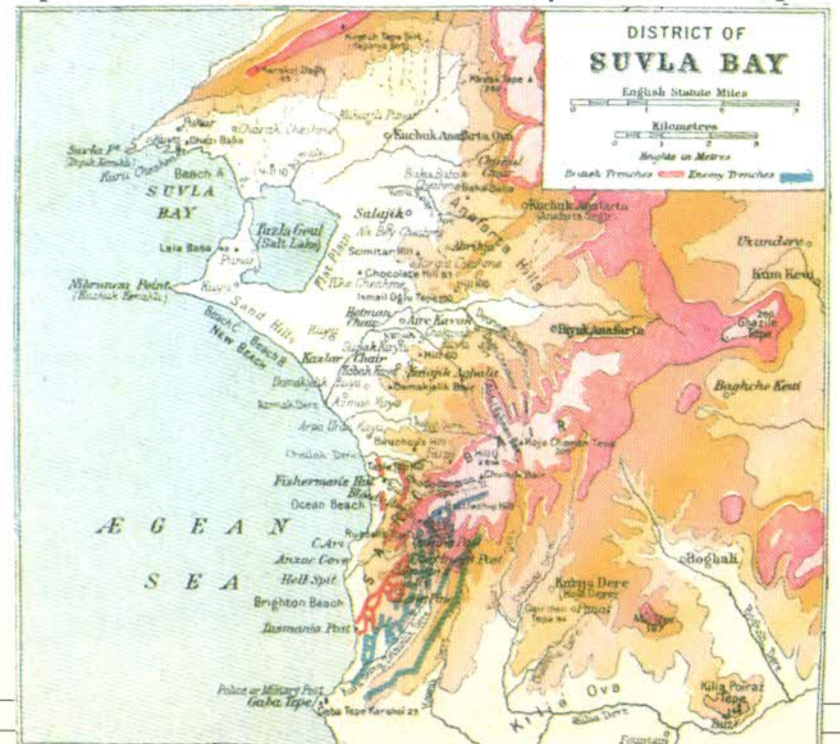
SUMARIO

Introducción por Len Deighton

"Ocupar siempre la altura" es el principio fundamental de la infantería. ¿Por qué?, preguntará el profano. Simplemente porque desde ella puede observarse y dispararse mejor. Sin embargo, no es fácil advertir las alturas sobre un simple mapa y por ello el ejército utiliza maquetas de arena que reproducen el relieve y permiten a los mandos participar de este modo en los fastidiosos "ejercicios tácticos sin tropas".

En el curso de la historia, los soldados siempre han admirado a los jefes que sabían interpretar y comprender el terreno sobre el que iban a desarrollarse los combates. Y después, los historiadores comprenden mejor qué sucedió cuando visitan los campos de batalla. Durante mis largos años de investigación sobre la *Blitzkrieg* para mi libro sobre los combates librados por las *Panzerdivisionen* en mayo de 1940, se convirtió en un deber dirigirme a los lugares donde se desarrolló la acción. Después, un año más tarde, regresaba a ellos porque comprendía que, obviamente, las condiciones meteorológicas, el nivel de las aguas, el estado del terreno y la visibilidad no son las mismas en el mes de mayo que en invierno, cuando los árboles han perdido las hojas. Fue muy instructivo leer libros de historia que trataban de esos lugares, pues pude comprobar que la mayor parte de los autores sin duda sólo habían trabajado sobre mapas, lo que llevó a algunos de ellos a cometer errores.

Antes de que comenzase el "reinado" del ordenador, no existía ningún sistema simple para interpretar un mapa. Naturalmente, siempre se podían trazar curvas de nivel y colorearlas para indicar



la altitud. Algunos cartógrafos más artísticos sombreaban las pendientes a fin de dar cierta impresión de relieve.

El ordenador puede superponer con facilidad una cuadrícula sobre un mapa clásico y proporcionar una representación tridimensional de cualquier terreno.

Una de las maravillas de los gráficos elaborados por ordenador es el hecho de que pueden girarse en cualquier dirección, norte, sur, este u oeste. También puede modificarse la perspectiva para conseguir una orientación diferente, de cualquier punto en una dirección cualquiera. Después viene el ilustrador, colaborador más bien olvidado y desdeñado cuya contribución a un libro, cualquiera que sea su género, es, para bien o para mal, más importante que cualquier otro factor tomado aisladamente.

Pero además de la habilidad y talento del ilustrador, ha sido el empleo de gráficos elaborados por ordenador lo que ha propiciado que *Grandes batallas del Mundo* tenga una concepción moderna, con una aproximación a los hechos muy diferente a la de otras obras anteriores sobre el mismo tema. Y es esta nueva visión de los campos de batalla la que ofrece a los historiadores de "salón" la posibilidad de considerar desde un nuevo punto de vista algunos relatos clásicos sobre las guerras de la antigüedad. ¿Quién será el primero en descubrir errores flagrantes en las "memorias de los vencedores"?

Len Deighton

Prólogo por el General sir John Hackett

La guerra es una de las ocupaciones más antiguas del hombre, tanto y tan persistente como el canto o el cálculo, y al parecer será así mientras el hombre sea lo que es: agresivo, gregario, ambicioso e inclinado a imponer soluciones por la fuerza. En el transcurso de varios milenios, la naturaleza del hombre apenas ha cambiado, al igual que la superficie del globo. La guerra comenzó en tierra firme, después prosiguió en el mar y, finalmente, en los cielos. En la actualidad se abre un nuevo capítulo, pues las operaciones bélicas tienen la tendencia a desarrollarse no sólo en el cielo, sino también en el espacio.

Las operaciones bélicas que se desarrollan sobre tierra firme evidentemente están limitadas por las condiciones y características del terreno, que apenas han variado desde la aparición del hombre. El clima, las estaciones, los límites del terreno, los barrancos, los picos y precipicios, la nieve y los hielos, las costas, las playas o los acantilados, los pantanos o los ríos —largos de corriente apacible o torrentes impetuosos—, los lugares donde no hay agua o donde abunda, el desierto, los desfiladeros y los deltas; todos estos accidentes imponen limitaciones más o menos constantes a las operaciones bélicas. Podríamos extendernos ampliamente sobre este tema, pero en estas páginas debemos limitarnos a exponer algunos ejemplos.

El Levante, esa faja costera que se extiende entre la costa y el desierto, puente entre Asia y África, no ha cambiado de forma sustancial a lo largo de la historia. En el transcurso de los siglos, la intensidad de los movimientos militares en esta vía terrestre ha sido mayor que en cualquier otra parte del mundo. Los ejércitos que se desplazaban del norte a sur (como el del persa Cambises en Egipto en el año 525 a.C.) o a la inversa (como el de Bonaparte en 1799 para ir de Egipto a Siria, o las tropas imperiales británicas en 1917, o incluso las de la *Commonwealth* y de la Francia Libre en 1941), debían elegir entre tres itinerarios: la ruta norte-sur a lo largo de la costa; los valles de la gran falla desde el golfo de Akaba a través del mar Muerto, y a lo largo del Jordán desde el valle de Oronte hasta la cadena del Taurus, con sus pasos que conducían a Asia Menor; y, más al este, la extensión abierta del desierto.

Siempre hubo muy pocas rutas laterales accesibles a los ejércitos para atravesar estos grandes ejes, y las que existen a menudo están protegidas por plazas fuertes construidas sucesivamente por griegos, romanos, bizantinos, árabes, francos y turcos. Todavía hoy pueden observarse vestigios e incluso hay otras



señales que prueban que nunca se abandonaron estas rutas este-oeste y norte-sur.

Uno de los ejemplos más espectaculares se encuentra en la ruta costera, en la pequeña garganta donde el Nahr el Kalb, o río del Perro, vierte sus aguas en el Mediterráneo, cerca de Beirut. Allí hay una pared rocosa, el único lugar por el que se puede vadear el curso del agua sin muchas dificultades. Esta pared está decorada con grafitos que van desde las inscripciones realizadas por los soldados romanos a las pintadas de la caballería australiana y de las tropas territoriales británicas de nuestra época. Existen, además, numerosas señales del paso de los ejércitos por el Levante a lo largo de la historia.

En el año 1187, Jerusalén cayó en manos de Saladino y ese reino, fundado por los cruzados, fue destruido. La llegada de refuerzos desde Europa parecía inevitable y Saladino se lanzó hacia el norte para asegurar las plazas fuertes que defendían las rutas que iba a tomar la que nosotros conocemos como Tercera Cruzada, aunque, finalmente, el grueso de las tropas llegó por mar.

En 1941, nosotros, los Aliados, esperábamos una poderosa ofensiva alemana que, a través del Cáucaso, avanzaría hacia el canal de Suez, en un movimiento coordinado con la progresión del *Africa Korps* desde Libia hacia el Nilo. Herido en anteriores combates, me encontraba en segundo plano, convertido en jefe de operaciones del IX Ejército británico en Líbano. Debíamos preparar las posiciones defensivas divisionarias en algunos de los pasos del desierto hacia la costa. Recibí la orden de viajar a la zona para reconocer los lugares adecuados. «Es inútil —respondí—, no hay elección posible.»

En efecto, no había otro emplazamiento para las posiciones defensivas que el elegido, más de 2.000 años antes por romanos, bizantinos, sarracenos, cruzados y turcos.

Y fue allí donde nosotros las situamos. La ofensiva alemana nunca llegó a producirse, gracias a Stalingrado. Pero durante nuestros preparativos, muchas veces tuvimos la ocasión de encontrar señales de las operaciones militares que se habían desarrollado en la zona. En cierto punto, la ruta costera norte-sur entre Trípoli y Antioquía bordea un acantilado. En 1188, las galeras del rey Guillermo II de Sicilia se aproximaron a la costa para atacar al ejército de Saladino con una lluvia de flechas lanzadas desde el mar. En 1941, la seguridad de esta ruta era vital para nosotros. Existía el peligro real de que aparecieran submarinos alemanes dispuestos a cortar la ruta con sus torpedos, ya que una salva de ellos bien dirigida podía hacer que el acantilado se desplomara. Por tanto, era preciso construir muros de protección.

En ese momento no puedo dejar de evocar un recuerdo personal. En 1943 yo entrenaba una brigada paracaidista en Galilea, la misma que tuve que conducir a la perdición en Arnhem. Ésta no estaba lejos de las colinas de Hattin, que dominan el lago Tiberíades, donde Saladino derrotó al ejército franco de Guy de Lusignan durante el verano de 1187. Él se había encontrado ante el mismo problema que las fuerzas británicas y australianas en los combates por Gaza en 1917, y había elegido la solución equivocada.

Me permitirán todavía un ejemplo más sobre las operaciones militares en el Levante. Uno de los mejores jefes de medios acorazados que ha tenido jamás Gran Bretaña fue Ricardo Corazón de León. Poco importa que el componente acorazado sea impulsado por un caballo o por mil. Se utiliza de una forma muy similar. La victoria de Ricardo Corazón de León en Arsuf, durante la Tercera Cruzada, en septiembre de 1191, obedeció a un movimiento táctico (cobertura acorazada de un elemento central móvil más vulnerable) que también fue utilizado por las «ratas del desierto» de la 7.ª División Acorazada en el desierto occidental en 1941. Ricardo se abrió camino hasta una posición que dominaba Jerusalén. ¿Debía apoderarse de la ciudad? La discusión que mantuvo con sus subordinados cerca de Ramleh en enero de 1192, tal como la describe el *Itinerarian Regis Ricardi*, tiene caracteres muy modernos. «Nosotros tenemos —dijo— muchos caballeros armados. Por tanto, podríamos tomar la ciudad. Pero no tenemos hombres de a pie, por lo que no podríamos conservarla.» Podría creerse que se trataba de un jefe de cuerpo de los años cuarenta.

Los fantásticos cambios registrados en el armamento y en las técnicas militares a lo largo de los siglos han tenido poca influencia sobre las limitaciones que el entorno natural impone a las operaciones. Los grandes avances realizados no han invalidado los métodos de combate puestos a punto cuando las técnicas y el armamento todavía eran rudimentarios. La maniobra de embolsamiento, que es el núcleo del actual método soviético de combate en tierra, que Tukachevsky había tomado prestada en la práctica de los ejércitos zaristas, abandonada tras las purgas estalinistas, rehabilitada más tarde y apreciada de nuevo, se remonta a Epaminondas y a la victoria de los tebanos sobre Esparta en Leuctra en el año 371 a.C.

Las 30 batallas de este volumen, analizadas según métodos cuyas técnicas avanzadas, por así decirlo, no se han aplicado nunca de esta forma hasta el momento, ponen de manifiesto la influencia del entorno sobre el desarrollo de los combates y abren nuevas e interesantes perspectivas de exploración más avanzadas en el terreno de la investigación y en actividades afines. Esta obra marca un gran paso hacia adelante.

El general sir John Hackett, soldado y erudito, diplomado por Oxford en estudios clásicos y en historia medieval, herido en tres ocasiones y condecorado por su valor en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial finalizó su carrera militar como comandante del Grupo de Ejércitos Norte de la OTAN, antes de reemprender sus actividades universitarias. Partidario convencido de la Alianza Atlántica, mantiene lazos de amistad muy estrechos con los mejores militares norteamericanos. Sus dos libros sobre una Tercera Guerra Mundial han vendido más de dos millones de ejemplares en todo el mundo.

Cannas/*Agosto del 216 a.C.*

Cuando, en el 218 a.C., se declaró la Segunda Guerra Púnica entre Roma y Cartago, en España, el ejército de Aníbal, compuesto por cartagineses, númidas, íberos y galos, se abrió camino hacia el norte y, en pleno invierno, atravesó los Alpes para invadir Italia. Al necesitar reaprovisionarse, Aníbal marchó sobre Cannas, al sur de Italia, en el año 216 a.C. Allí, en el centro de la región de la Apulia, se encontraba un gran campamento de legiones romanas. Aníbal instaló el suyo en la orilla derecha del río, al sur de Cannas.

Ya había derrotado a los romanos dos veces y, ahora que las reservas de cereales de éstos estaban amenazadas, se exigía que se expulsara a los invasores. Por consiguiente, el Senado reunió el ejército más grande que Roma había puesto en pie. Compuesto a partes iguales por romanos y aliados, marchó sobre Cannas a las órdenes de dos cónsules, Publio Emilio y Varrón, que ostentaban el mando un día cada uno, por turno.

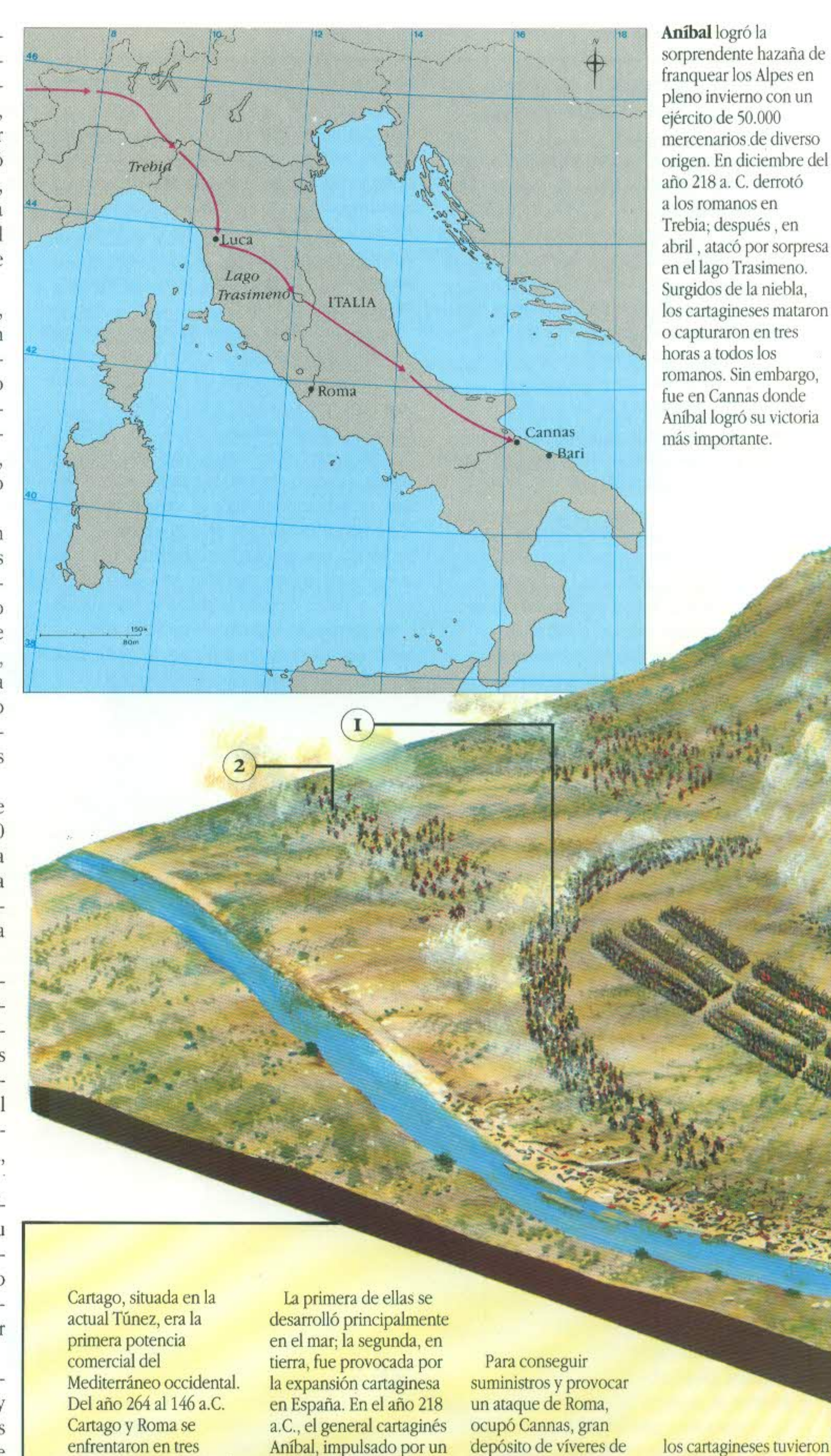
Durante tres días, los ejércitos se dispusieron frente a frente sobre la llanura. Se libraron algunas escaramuzas bajo un sol abrasador. Con mayor experiencia como soldado que Varrón, Publio Emilio siempre desaconsejó un ataque al descubierto. Este sabio consejo no fue seguido el cuarto día; Varrón, seguro de que su superioridad numérica le daría la victoria, decidió desencadenar la batalla. En medio de un calor tórrido, bajo un intenso viento del sudoeste que levantaba nubes de polvo, los ejércitos se dispusieron en orden de combate.

Con unos efectivos casi dos veces mayores que los de los cartagineses, Varrón dispuso a sus 80.000 infantes y a sus 6.000 jinetes a la manera romana clásica, una línea en vanguardia que precede a una gran falange de infantes en líneas cerradas, flanqueada por la caballería romana a la derecha y la aliada a la izquierda.

Lejos de atemorizarse por este impresionante despliegue, Aníbal dispuso a sus íberos y galos en formación de media luna, con la parte convexa orientada hacia el enemigo. En cada extremo situó sus reservas de soldados cartagineses. Su flanco derecho estaba protegido por su caballería pesada, al mando de Asdrúbal, mientras que la caballería ligera númida operaría con plena libertad a su derecha, en terreno descubierto, lejos del río.

No se inició el verdadero combate hasta que Aníbal dio orden a su caballería pesada, situada a su derecha, de atacar a la caballería romana que dirigió Publio Emilio. El choque fue implacable, a lo largo de las orillas del Aufide (el Ofanto en la actualidad). La elite del ejército romano no tardó en ser dominada y rechazada.

Publio Emilio llevó entonces sus legiones al combate. Sofocados en medio del polvo, los romanos y la infantería aliada avanzaban codo con codo tras una muralla de escudos, conteniendo la línea de vanguardia de íberos y galos. Gracias a su número, empujaron y rechazaron a la formación de media luna de Aníbal y, persuadidos de una fácil victoria, se lanzaron sobre un centro aparentemente dislocado



Aníbal logró la sorprendente hazaña de franquear los Alpes en pleno invierno con un ejército de 50.000 mercenarios de diverso origen. En diciembre del año 218 a. C. derrotó a los romanos en Trebia; después , en abril , atacó por sorpresa en el lago Trasimeno. Surgidos de la niebla, los cartagineses mataron o capturaron en tres horas a todos los romanos. Sin embargo, fue en Cannas donde Aníbal logró su victoria más importante.

Cartago, situada en la actual Túnez, era la primera potencia comercial del Mediterráneo occidental. Del año 264 al 146 a.C. Cartago y Roma se enfrentaron en tres ocasiones, en el curso de las llamadas Guerras Púnicas.

La primera de ellas se desarrolló principalmente en el mar; la segunda, en tierra, fue provocada por la expansión cartaginesa en España. En el año 218 a.C., el general cartaginés Aníbal, impulsado por un odio feroz contra Roma, cruzó los Alpes para invadir Italia.

Para conseguir suministros y provocar un ataque de Roma, ocupó Cannas, gran depósito de víveres de Roma. Como había previsto, Roma envió fuerzas considerables y los cartagineses tuvieron la oportunidad de infligirles una aplastante derrota.



El campo de batalla de Cannas, donde murieron unos 70.000 romanos

En agosto del 216 a.C. el ejército de Aníbal (a la derecha), que estaba formado por 40.000 infantes y 10.000 jinetes, se enfrentó a unos 80.000 hombres, el mayor ejército romano reunido jamás.

Los jinetes íberos y galos (1) mandados por el general cartaginés Asdrúbal, desalojaron a la caballería romana de Publio Emilio **(2)** de las orillas del Ofanto.

La caballería aliada de Varrón (3) atacó a los númidas **(4)** mandados por Maharbal. Pero tras violentos combates se batió en retirada hacia Cannas, sobre las alturas.



Esta moneda de plata, de tres ciclos probablemente, representa la efigie del gran cartaginés. Éste realizó grandes acuñaciones en España para pagar a su formidable ejército de mercenarios.

Las legiones de Varrón (5) avanzaron sobre la infantería íbera y gala **(6)**, al mando del propio Aníbal.

Gracias a su superioridad, los romanos transformaron la media luna convexa de los cartagineses en cóncava.

Los jinetes íberos y galos (1) rodearon la infantería romana **(5)** para cortarle la retirada. Los númidas **(4)**, tras perseguir a la caballería de Varrón, atacaron por detrás las líneas romanas. Rodeados por todas partes, sin espacio suficiente incluso para empuñar sus armas, los romanos ofrecieron, sin embargo, una resistencia desesperada. Pero los númidas comenzaron a romper las líneas romanas, a las que atacaron por su retaguardia.

La infantería africana (7), bien armada, se desplegó en dos masas sólidas, una en cada flanco. Manteniéndose mientras los íberos y galos se replegaban, avanzó sobre la infantería romana y la cercó cada vez más con su desplazamiento.

Cannas/2

Mientras tanto, la caballería númida del flanco derecho cartaginés, cargó contra la caballería aliada al mando de Varrón, que fue desordenada y puesta en fuga.

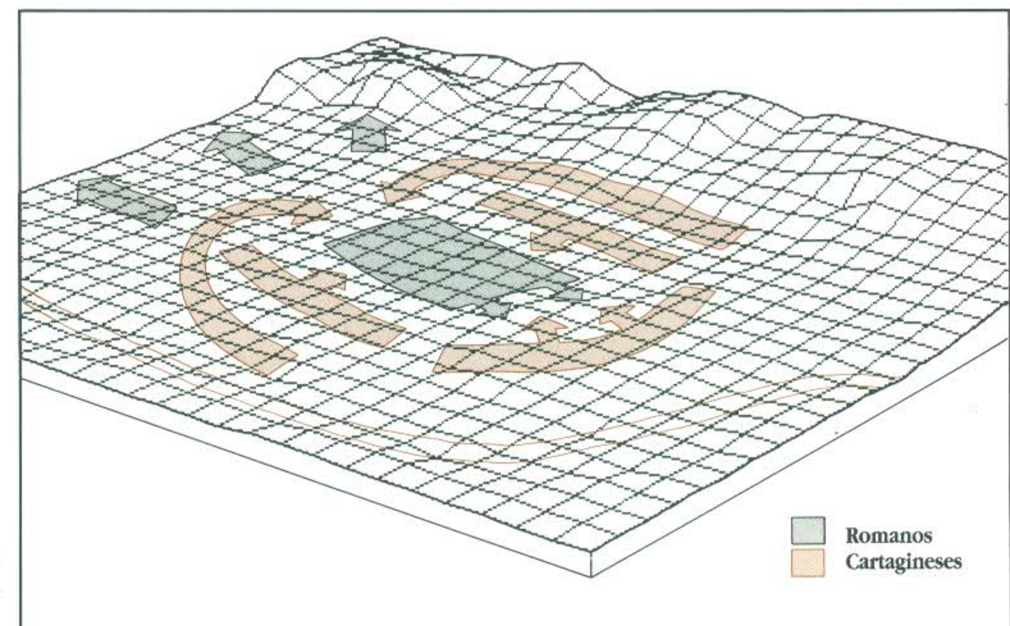
Aníbal esperó a que las legiones avanzaran hacia el interior de su media luna, que para entonces tenía forma de «U», y después lanzó su infantería cartaginesa, que aplastó a los romanos en una maniobra de flanqueo. Delante de los desafortunados romanos, los íberos y galos que habían abierto el combate hubieron de regresar al mismo. El cerco se completó en la retaguardia con la llegada de la caballería de Asdrúbal, que acudió desde el flanco izquierdo para cortar la única retirada posible que quedaba a los romanos. Aníbal hizo que entraran en acción sus 40.000 infantes y sus 10.000 jinetes, que estrecharon el cerco de tal forma que los romanos no tenían espacio siquiera para empuñar sus espadas y sufrieron fuertes pérdidas. Tito Livio (59 a.C.-17 d.C.) y Plutarco (aproximadamente 46-120 d.C.) calcularon el número de muertos en 50.000, mientras que Polibio (aproximadamente 203-120 a.C.) estimó la cifra de 70.000.

Con unas pérdidas que no superaban los 6.000 hombres, Aníbal infligió a los romanos una aplastante derrota y eliminó a buena parte de la clase dirigente de la República. Publio Emilio fue una de las víctimas pero, ironías del destino, Varrón, el culpable de este desastre, resultó ileso.

Aníbal permaneció 13 años en Italia antes de volver a Cartago, llamado para rechazar una invasión de los romanos. Fue derrotado por Escipión en la batalla de Zama, en el 202 a.C.; más tarde, pasó a los reinos de Asia menor y resistió los embates de la Roma Imperial. Cuando la fortuna se volvió contra él, prefirió envenenarse antes que caer en manos de sus enemigos. A lo largo de la historia, los jefes militares se han esforzado en aplicar la estrategia del gran cartaginés.

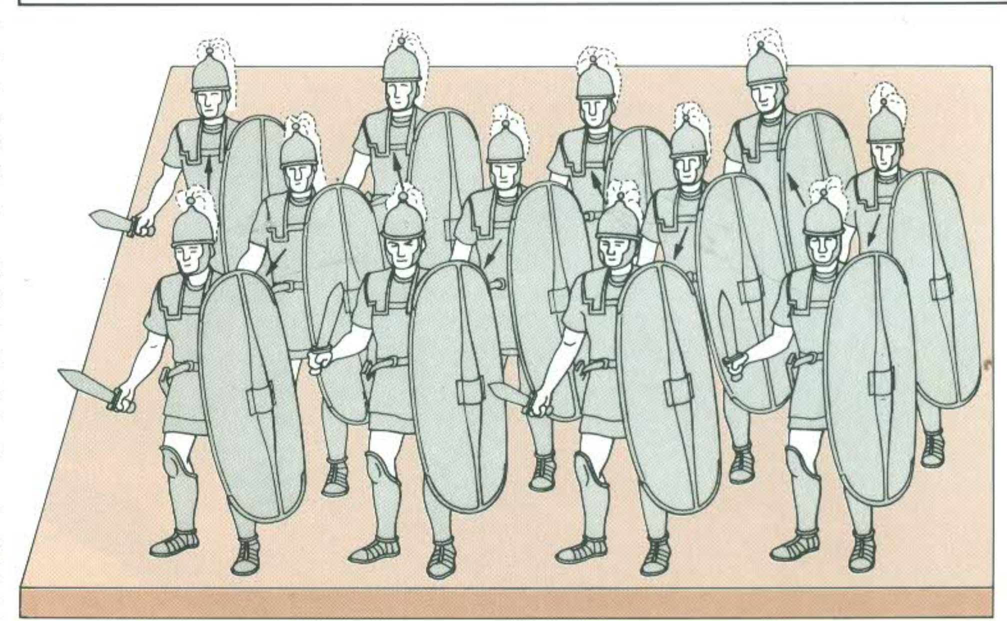
Con respecto a esta batalla, el historiador alemán Mommsen escribió: «Nunca, quizá, un ejército de esas dimensiones fue aniquilado de forma tan inapelable sobre el campo de batalla, y nunca tampoco a cambio de tan pocas bajas en el bando contrario.» A raíz de Cannas, Roma hubo de tomar medidas drásticas y comprender reformas en profundidad para contrarrestar la amenaza cartaginesa.

Como se ha dicho, con el paso de los siglos, muchos generales han intentado realizar maniobras de envolvimiento que les diesen un triunfo parecido al del jefe cartaginés. De ellos, quienes supieron o pudieron aplicar mejor esta táctica, pues no siempre el enemigo maniobrará de acuerdo a lo planteado, fueron los alemanes Hindenburg, Ludendorff y Von François (quienes, al aplicar el viejo principio de Aníbal, consiguieron una gran victoria sobre las tropas rusas en Tannenberg, en 1914), y también Von Rundstedt en las inmensas estepas del frente del Este en 1941-42, durante la Segunda Guerra Mundial. En efecto, desde la batalla de Cannas, el concepto del doble flanqueo o envolvimiento ha sido una piedra de toque del arte de la guerra.



El doble flanqueo no sólo fue el éxito táctico más grande de Aníbal. El método inspiró a otros grandes militares durante siglos; se hizo clásico y todavía se aplicó en 1914 en la batalla de Tannenberg.

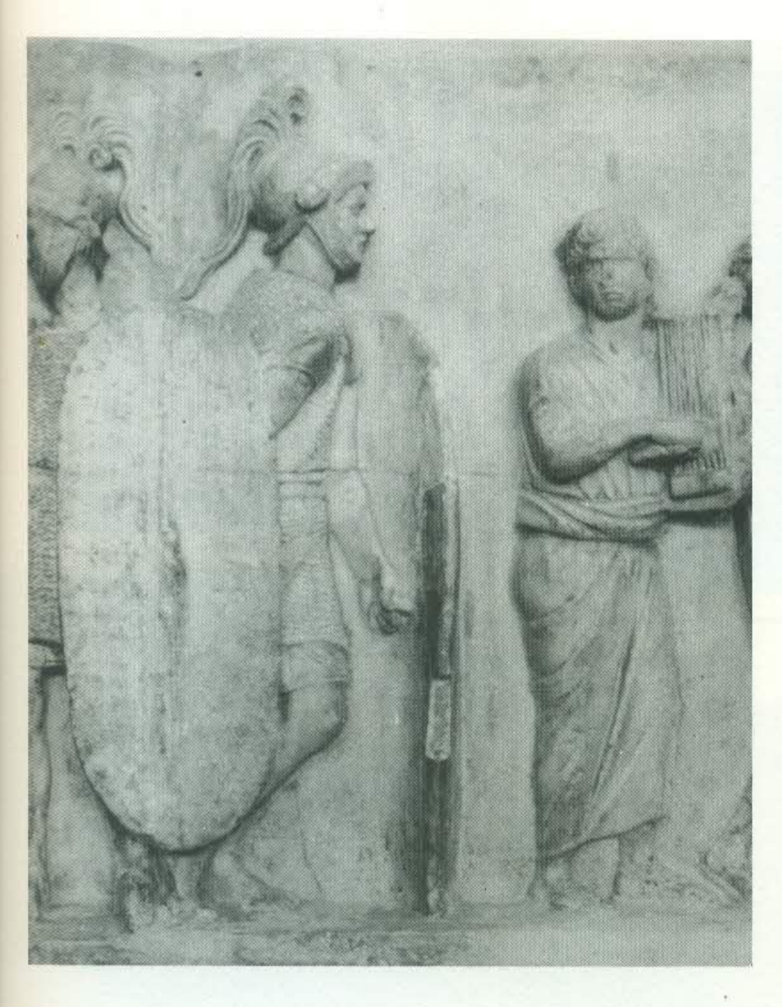
En principio, los dos ejércitos estaban desplegados en formación tradicional; la infantería flanqueada por la caballería. Aníbal se mostró astuto al desplegar a sus elementos más débiles, los soldados íberos y galos, en una media luna convexa a fin de recibir el choque del asalto romano. Este dispositivo no resistió mucho tiempo y los romanos avanzaron para encontrarse rodeados por la infantería de Aníbal y con la retirada cortada por su caballería. Fueron aplastados; su enorme superioridad numérica se había vuelto contra ellos.



En la época de Cannas, los métodos bélicos de los romanos apenas habían cambiado en el curso de un siglo: hombres aislados precedían a la infantería pesada formada en *manipulii* (literalmente «puñado») cuyos hombres estaban dispuestos en tres líneas, con los de la segunda línea ocupando los intervalos de la primera, etc.

En el momento del ataque avanzaban en formación abierta, de forma que tenían espacio para lanzar sus *pilum* y manejar las espadas. La posición ofensiva podía transformarse casi instantáneamente en defensiva cuando cada fila avanzaba para ocupar el espacio ocupado por la anterior.

Otra ventaja de este sistema era que permitía retroceder a los hombres y reemplazarlos por tropas frescas, que se colocaban en primera línea a través de las filas de sus camaradas, sistema de ataque de relevo que se mostraría muy eficaz.



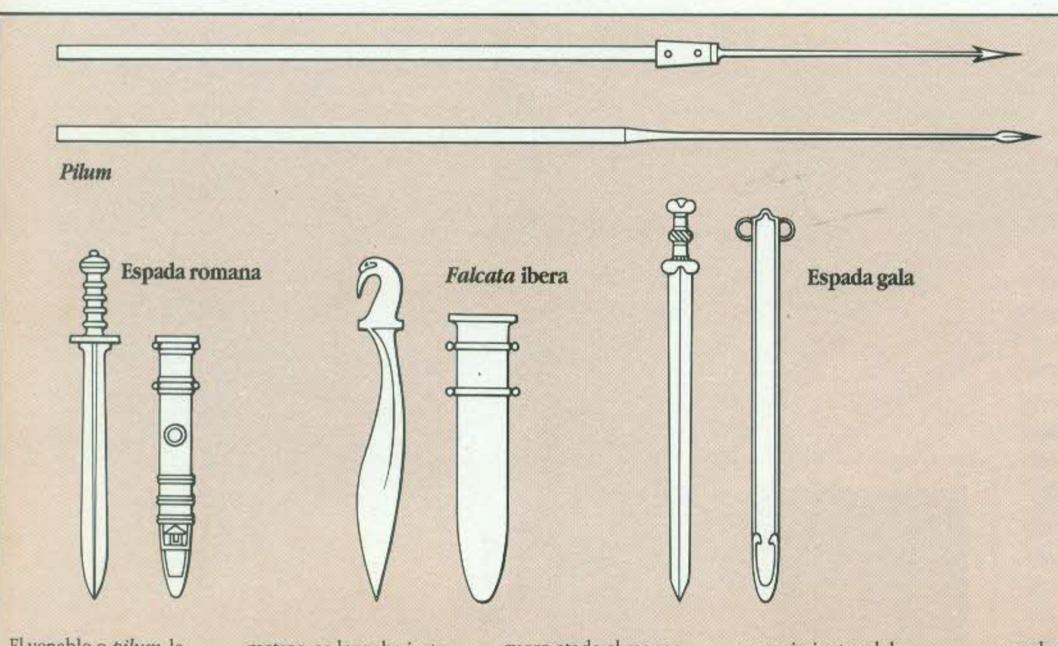
Este friso del templo de Neptuno, en Roma, muestra el tipo de uniforme de la infantería romana. El soldado está cubierto con un casco de bronce y vestido con una cota de malla de 9 kg de peso, revestida de cuero para proteger los hombros. El escudo es un rectángulo convexo, fabricado con dos planchas de madera recubiertas de cuero o tela; los extremos superior e inferior eran de hierro.

La victoria de Aníbal en Cannas fue completa, pero sus objetivos políticos estaban lejos de conseguirse. Su intención era tanto destruir la confederación de Roma con sus estados dependientes como acabar con su ejército. Sin embargo, fracasó en su primer objetivo, pues la confederación, aunque quebrantada, permaneció casi intacta.

Roma modificó su estrategia. Para evitar nuevas confrontaciones directas con Aníbal, lanzó ataques de guerrilla.

En el año 202 a.C., el cartaginés libró la última gran batalla de la Segunda Guerra Púnica en Zama, en el norte de África. Su oponente era el general romano Escipión, quien había luchado en Cannas y comprendido la superioridad de la caballería sobre la infantería pesada. Por primera vez, la caballería de Aníbal era dos veces inferior en número y fue derrotada.

Cincuenta años más tarde se inició la Tercera Guerra Púnica: Roma destruyó Cartago y se convirtió en la dueña absoluta del Mediterráneo.



El venablo o *pilum*, la principal arma romana, existía en dos variantes. El más ligero, dotado con una punta de arpón, podía alcanzar los 30 metros si era lanzado con destreza. El pesado, con una longitud de tres metros, se lanzaba justo antes de la carga con espada.

La punta de arpón se doblaba a propósito para que el enemigo no pudiera utilizarla. Al lanzar el *pilum*, giraba sobre una correa de cuero atada al mango que le imprimía un movimiento rotatorio y aumentaba su alcance y su precisión. Era muy difícil de sacar del escudo en que se hubiera clavado, lo que obstaculizaba los movimientos del adversario.

Las espadas de los hombres de Aníbal comprenden dos grandes categorías. Los íberos utilizaban la espada corta *(falcata)* como arma de primera línea. Los galos empleaban una espada más larga que permitía amplios movimientos de estoque y revés.

Los romanos, a su vez, usaban espadas puntiagudas de dos filos, de unos 60 cm de longitud, variante del modelo íbero y que llevaban colgada del cinto a la derecha, a la manera griega.

Hastings/ *14 de octubre de 1066*

Se dice que, en su lecho de muerte, Eduardo el Confesor legó su reino a Harold Godwin, el señor más poderoso del país y quien a la sazón tendría unos 44 años. A pesar de que no tenía sangre real inglesa, el *Witan* o Consejo ratificó este nombramiento. El príncipe rival de Harold por la corona era Guillermo, duque de Normandía y pariente lejano de Eduardo. El duque pretendía que, en el transcurso de una visita a Inglaterra en 1051, el rey le había nombrado heredero en caso de morir sin descendencia directa.

Mientras Guillermo preparaba una flota para invadir el país, otro pretendiente al trono, el rey Harald Hardrada de Noruega, desembarcó en el noreste de Inglaterra. Sorprendido por esta invasión, Harold no pudo reunir fuerzas suficientes para hacerle frente. Desde el verano esperaba una invasión desde Normandía y había llamado al *fyrd* o milicia territorial para rechazarla. Las semanas transcurrían y la invasión no se producía, y el 8 de septiembre, al término de su tiempo de servicio de dos meses, los soldados, desmovilizados, emprendieron el camino de regreso a sus hogares.

Harold entonces marchó hacia el norte con los *busecarles* de su guardia personal y los *fyrd* que aún permanecían a su lado. Persiguieron a los noruegos, los sorprendieron en Stamford Bridge, en Yorkshire, los derrotaron y dieron muerte a Harald Hardrada.

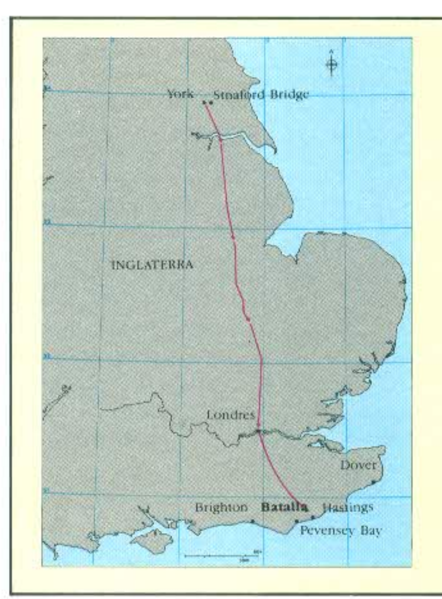
Una semana más tarde, el 28 de septiembre, cuando todavía se encontraba en York, Harold supo que Guillermo había desembarcado en Pevensey. Inmediatamente, emprendió el camino a marchas forzadas hacia el sur, a la cabeza de sus extenuadas tropas, y llegó a Londres el 6 de octubre. En la ciudad permaneció cinco días, el tiempo justo de reclutar el mayor número de hombres posible, y después se dirigió hacia la costa para expulsar a los normandos.

El viernes 13 de octubre desplegó su ejército en la colina de Senlac, posición defensiva ideal que dominaba la ruta Hastings-Londres, a 11 km tierra adentro. La línea del frente apenas se extendía unos 500 metros y sus flancos estaban protegidos por pendientes muy escarpadas cortadas por barrancos. Un río, el Asten, constituía igualmente un obstáculo en el lado oeste para el invasor.

En el campamento fortificado de Hastings, la noticia de la repentina llegada de Harold a Senlac sorprendió a Guillermo, pero no logró intranquilizarle. Con 38 años y experiencia en combate, reunió apresuradamente a sus 6.000 hombres y al amanecer del día 14 los dirigió al norte, hacia Senlac.

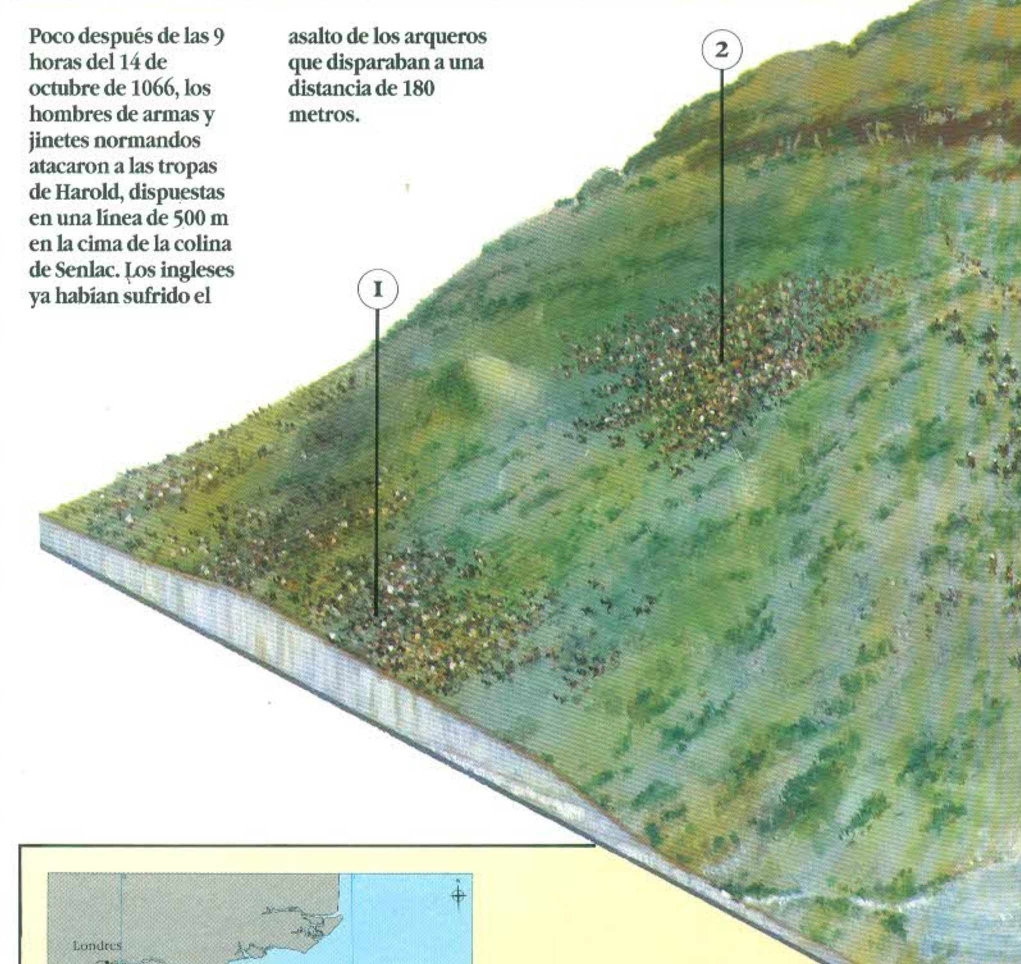
En terreno descubierto que ascendía hacia las posiciones de los anglosajones, Guillermo dispuso sus tropas en tres divisiones: a la derecha, los francos y mercenarios a las órdenes de Eustaquio, conde de Boloña; a la izquierda, un contingente formado sobre todo por bretones al mando de Alan, conde de Bretaña; y en el centro, sus mejores tropas, los normandos, bajo sus órdenes directas.

La batalla comenzó poco después de las 9 de la mañana, cuando las trompetas de Guillermo dieron



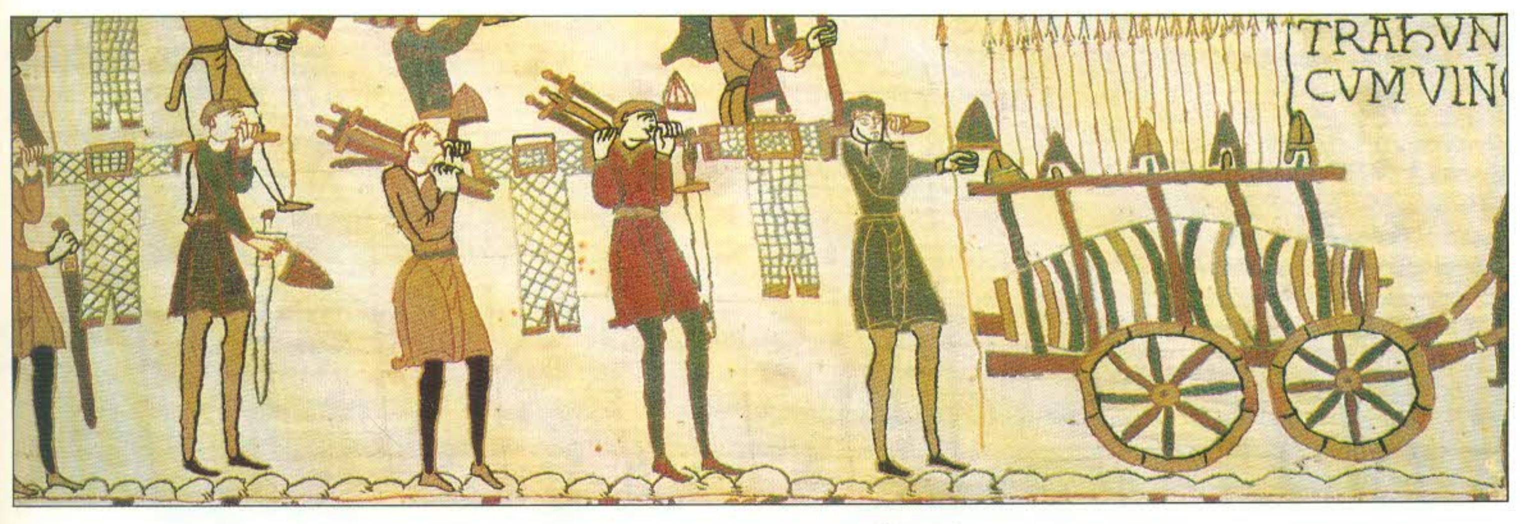
Guillermo, duque de Normandía, mantenía cordiales relaciones con la corte inglesa. En el año 1065, el rey Eduardo el Confesor murió sin heredero; Guillermo pretendía el trono pero tenía un poderoso rival: Harold Godwine, conde de Wessex, la segunda personalidad del reino y quien de hecho lo gobernaba.

A la muerte de Eduardo, Harold, apoyado por Londres y la zona sur, donde su poder estaba sólidamente asentado, fue proclamado rey. Entonces, Guillermo decidió emplear la fuerza para apoderarse del reino que reivindicaba como suyo. Fue apoyado de forma inmediata y generosa en Normandía, pues todo el mundo sabía que si Guillermo vencía obtendrían ricas recompensas en tierras y toda clase de botín.



Poco después de las 9 horas del 14 de octubre de 1066, los hombres de armas y jinetes normandos atacaron a las tropas de Harold, dispuestas en una línea de 500 m en la cima de la colina de Senlac. Los ingleses ya habían sufrido el asalto de los arqueros que disparaban a una distancia de 180 metros.

Pevensey, el lugar donde desembarcó Guillermo, no era conveniente como base permanente por tratarse de una zona pantanosa. Sin ser molestado por el ejército de Harold, que todavía se encontraba en el norte, Guillermo pudo trasladar sus tropas hasta Hastings, donde se hizo construir un castillo de madera y adobe.



Una escena del Tapiz de Bayeux, arriba, muestra a unos normandos que transportan cotas de malla hacia los navíos de Guillermo. Sobre la izquierda de **Guillermo**, las mediocres tropas bretonas **(1)** fueron rechazadas y después perseguidas hasta la falda de la colina por el flanco derecho de Harold **(2)**.

Guillermo salvó la situación al enviar sus jinetes normandos **(3)** para que rodearan y aniquilaran a los anglosajones que los habían perseguido.

Las divisiones del centro y la derecha de Guillermo **(6)** vacilaron durante la retirada de los bretones. Él reunió sus tropas y para desmentir el rumor extendido sobre su muerte, se levantó la visera y se puso en pie sobre sus estribos. Sus hombres se rehicieron de forma inmediata.

En los flancos izquierdo y derecho de Harold —que disponía de 6.000 hombres— se encontraban las milicias, peor equipadas que los *husecarles* y desprovistas de armadura.

La carretera —en realidad un simple camino— de Hastings a Londres era el acceso más rápido a la capital.

El ejército de Harold estaba desplegado sobre la colina de Senlac en una masa única y compacta **(4)** orientada hacia Hastings. Las primeras líneas formaban una sólida muralla de escudos.

Harold y sus hermanos, Gyrth y Leofwine, se encontraban en medio del ejército, apoyados por los *husecarles*.

la orden a los arqueros de avanzar y disparar, cosa que hicieron con bastante impunidad, dado que Harold disponía de pocos de estos soldados para responder. Cuando vaciaron sus carcaj, los arqueros normandos se hicieron a un lado y dejaron pasar a los hombres armados, que se enzarzaron en un violento cuerpo a cuerpo con el enemigo; después, los hombres de a pie dejaron su lugar a los caballeros, que no obtuvieron mayores resultados.

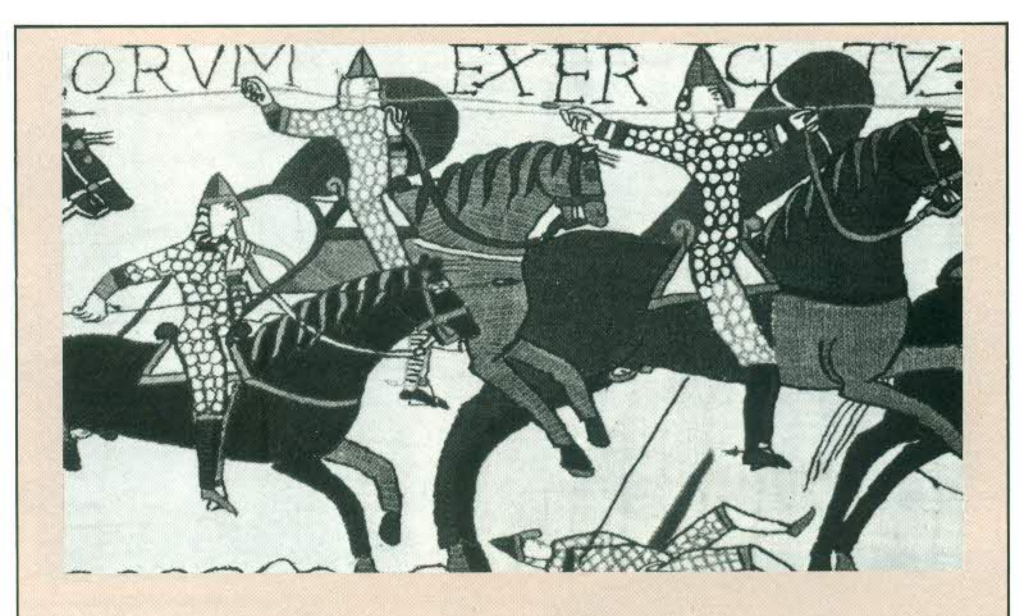
Poco tiempo después de iniciarse el combate parece que las mediocres tropas bretonas, situadas en el flanco izquierdo de Guillermo, se retiraron perseguidas por soldados de las indisciplinadas milicias, que abandonaron las líneas del ala derecha de Harold. El pánico de los bretones contagió muy pronto a las otras dos divisiones de Guillermo que, sin embargo, consiguió reunir a las dispersas tropas y envió a sus caballeros normandos para que rodearan y penetraran en las filas anglosajonas.

Tras varios ataques contra los anglosajones, el duque, consciente de lo que había sucedido cuando los bretones se batieron en retirada, fingió replegarse para atraer a los hombres de Harold y lograr, de esta forma, que abandonaran sus posiciones elevadas. La estrategia tuvo éxito: otros soldados de las milicias se lanzaron en persecución de lo que ellos creían un ejército en retirada pero, por el contrario, fueron embolsados y masacrados.

Al término de un día de combate incesante, si creemos el relato de la batalla descrito en el Tapiz de Bayeux, Guillermo ordenó a sus arqueros que avanzaran y lanzasen una lluvia de flechas. Esta estratagema obligó a los anglosajones a levantar sus escudos por encima de sus cabezas y, de este modo, quedaban indefensos ante un ataque frontal.

Los combates cuerpo a cuerpo se hicieron cada vez más feroces. Un violento ataque normando abrió profundas brechas en las desordenadas filas anglosajonas. Los hermanos de Harold, Gyrth y Leofwine, ya habían muerto cuando el mismo rey fue abatido por un caballero; ésta fue la señal para la desbandada de las filas inglesas.

La decisiva victoria en Hastings dio el trono de Inglaterra a Guillermo, quien fue coronado en la abadía de Westminster el día de Navidad del año 1066. A veces se ha dicho que esta batalla representó el triunfo de los caballeros montados continentales sobre los guerreros que combatían a pie. De hecho, lo que sí supuso fue la introducción del sistema feudal en las Islas Británicas, pero desde el punto de vista militar la lección más significativa fue la importancia que tenían los arqueros cuando eran empleados en funciones de apoyo, como también la capacidad de resistencia de una fuerza de infantería bien disciplinada, en este caso representada por la impresionante barrera de escudos sajones. En cuanto a la incidencia del resultado de la batalla de Hastings en el futuro, la fusión de las cualidades militares de los anglosajones y de los normandos produjo, al cabo de unos siglos, una raza de combatientes formidable.

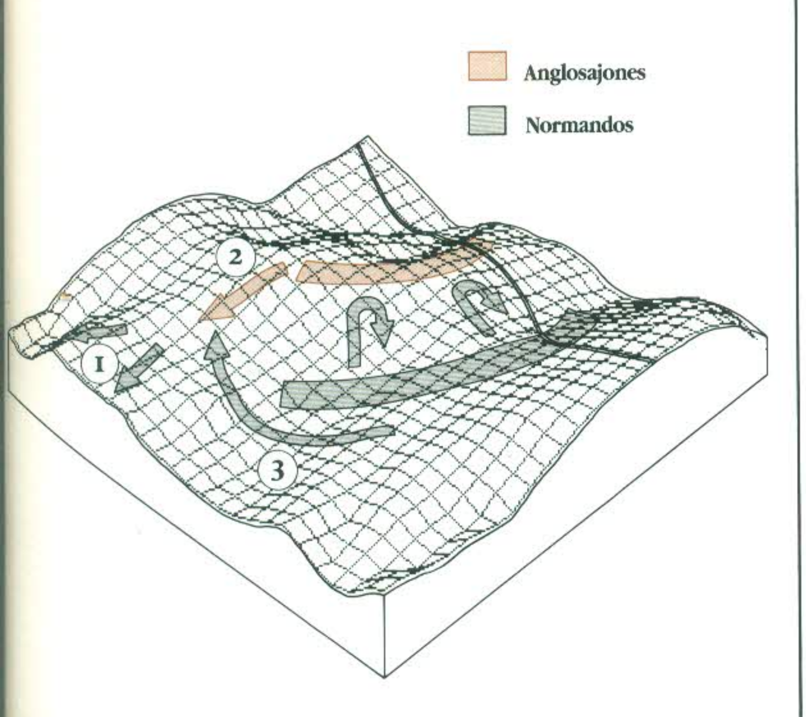


El Tapiz de Bayeux es un bordado de 68 m de longitud que representa la conquista, así como sus precedentes y conclusión. Este pasaje muestra que, al contrario que los anglosajones, los normandos se basaban principalmente en jinetes vestidos con cotas de mallas y que empleaban caballos muy fuertes: representaban la tercera parte de los 6.000 hombres de Guillermo. La característica esencial de la táctica normanda era el impacto de las cargas de sus jinetes armados con lanzas y los combates cuerpo a cuerpo con espada y hacha. En Hastings, la caballería salvó a los normandos tras la retirada de los bretones de su flanco izquierdo, pero no logró perseguir al enemigo después de la batalla porque anochecía. Como muchos jinetes no conocían el terreno cayeron en un profundo valle en el que permanecieron inmovilizados a causa de sus pesadas armaduras.



Los *husecarles*, con su armamento pesado, formaban la elite de los ejércitos anglosajones. Estaban unidos, no tanto por la fidelidad hacia el rey, como por un código de conducta por el que cada uno debía respetar el honor de sus compañeros. En Hastings estaban colocados en el centro, alrededor del rey Harold por razones no sólo militares sino también de prestigio y tradición.

Los *Fyrdmen*, la milicia territorial, eran convocados por períodos limitados. Fueron desmovilizados justo antes de Hastings, y se ha criticado mucho a Harold por el hecho de que no volvió a convocarles, a pesar de disponer de tiempo para ello, antes de marchar contra Guillermo.



Al iniciarse la batalla, el contingente bretón **(1)** situado en el ala izquierda de Guillermo fue rechazado y retrocedió, perseguido por los *fyrdmen* de Harold **(2)** de su flanco derecho. Guillermo logró la victoria al hacer que su caballería describiera un amplio movimiento envolvente para atacar a los anglosajones por su retaguardia. Utilizó un ardid: su flanco derecho retrocedió y fue perseguido; esta táctica tendría éxito una segunda vez. Los ejércitos normandos siempre comprendían un considerable cuerpo de caballería, mientras que los anglosajones siempre combatían a pie, hecho que sería un factor determinante en Hastings.

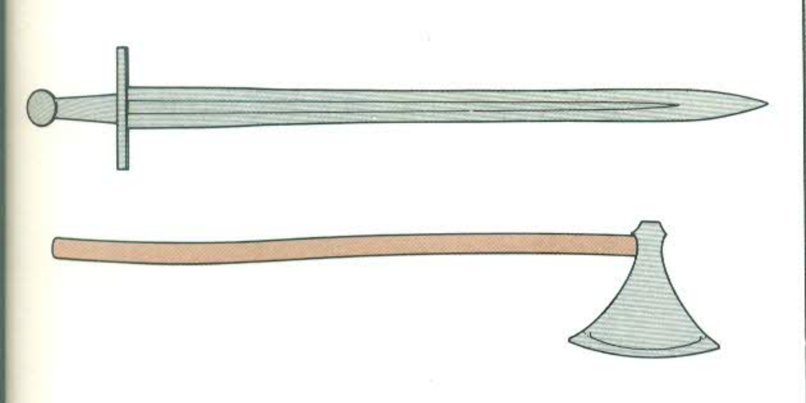


Harold, rey de Inglaterra (que reinaba en 1066), fue proclamado como tal por Eduardo el Confesor. Marchó contra los normandos desde el momento en que supo la noticia del desembarco de Guillermo, pero habría actuado mejor si se hubiera detenido para reclutar un ejército completo antes de librar una batalla decisiva.

Guillermo, duque de Inglaterra (que reinó entre 1066 y 1087), político hábil, también tenía una buena reputación como hombre de armas. Fue su fama como tal más que sus pretendidos derechos al trono de Inglaterra lo que le permitió reclutar el número suficiente de hombres para invadir Inglaterra.

La batalla de Hastings fue decisiva: diez semanas más tarde, el día de Navidad de 1066, «Guillermo el Conquistador», como sería conocido a partir de entonces, fue coronado rey de Inglaterra en la abadía de Westminster, la gran iglesia del siglo VII reconstruida por Eduardo el Confesor. Durante algunos años existieron focos de resistencia esporádicos por parte de héroes legendarios como Herewark el Wake de los pantanos del este del país, pero todas las sublevaciones fueron aplastadas y los normandos, bien equipados y organizados, llevaron a cabo una represión despiadada.

Las consecuencias de la aplastante victoria de Guillermo en Hastings fueron profundas, diversas y perdurables. Muy pronto distribuyó extensos dominios para recompensar a sus partidarios y despojó a los terratenientes anglosajones. Por otra parte, como los clérigos y los funcionarios eran los únicos que sabían escribir, rápidamente los hizo reemplazar por normandos y las palabras francesas comenzaron a invadir la lengua inglesa. Introdujo nuevas leyes, algunas de ellas contrarias a las costumbres anglosajonas, reforzó el sistema feudal y construyó numerosos castillos, catedrales e iglesias. Sin embargo, quizá lo más importante fue la vinculación de Inglaterra a Francia. Un siglo más tarde, el imperio normando de Enrique II se convertiría en la primera potencia de Europa y englobaba a las Islas Británicas y el oeste de Francia hasta los Pirineos. La historia recibiría una influencia considerable de este potente y belicoso imperio.



En el siglo XI y siguientes, las espadas servían sobre todo para cortar y eran anchas y largas. Muy pesadas, su manejo exigía fuerza y destreza a la vez. Las hachas, de filo simple o doble, eran el arma principal de los anglosajones. Con el extremo de su escudo hincado en el suelo, el soldado tenía las manos libres para manejar el hacha. Casi todos tenían una, a excepción de algunos que estaban armados con lanzas o mazas.

Arsuf/*7 de septiembre de 1191*

Cuando Ricardo Corazón de León llegó a Palestina, el 8 de junio de 1191, encontró a los francos divididos; la cuestión que se debatía era sobre quién debía reinar en estos territorios de ultramar a pesar de que en su mayor parte todavía estaban en manos del enemigo. Ricardo apoyaba a la facción de Guido de Lusignan, pues su familia era vasalla del rey de Inglaterra en la región francesa ocupada por los ingleses. Guido había perdido el reino de Jerusalén tras ser vencido y hecho prisionero en Tiberíades en el año 1187.

Por su parte, el rey Felipe Augusto apoyaba a los partidarios de su primo, Conrado de Montferrat, que se había puesto a la cabeza de los supervivientes tras el desastre de Tiberíades. Los partidarios de Conrado de Montferrat afirmaban que Guido, que había heredado la corona por su matrimonio, no tenía derecho al trono tras su derrota y cautiverio.

La lucha por el poder continuaba mientras que los musulmanes estaban sitiados en San Juan de Acre. Todos los esfuerzos del sultán Saladino para acudir en ayuda de los asediados fracasaron, y el 12 de julio de 1191 el gran puerto mediterráneo se rindió. Los términos de la rendición estipulaban el regreso de la Verdadera Cruz, el pago a Francia de un rescate y la liberación de 1.500 prisioneros cristianos; a cambio, la guarnición salvaría su vida.

Ricardo Corazón de León, Felipe Augusto, los cruzados europeos y los barones fanceses locales entraron en San Juan de Acre y se reunieron en conferencia para solucionar el problema de la soberanía del reino de Jerusalén. Finalmente, se llegó a un compromiso: Guido permanecería como rey hasta su muerte y Conrado sería su sucesor. Felipe Augusto, seguro ya del futuro de su primo, optó por embarcar hacia Francia por encontrarse mal de salud, para lo que cedió el mando de sus tropas al duque de Borgoña.

Ricardo permaneció en Palestina para dirigir la Tercera Cruzada. Para comenzar, dio la orden de pasar a cuchillo a la guarnición de San Juan de Acre. Las negociaciones con Saladino acerca de la ejecución de los términos de la rendición ya se habían interrumpido y el rey estaba deseoso de marchar hacia Jerusalén sin el estorbo que suponían los 2.500 prisioneros, entre los que se encontraban mujeres y niños. Tras este acto de barbarie, Ricardo dio la orden de partir hacia el sur el 22 de agosto. En medio del calor y el polvo, los cruzados siguieron la ruta costera en la dirección de Jaffa, a unos 100 km de la ciudad. El ejército, de 14.000 hombres, estaba acompañado por una caravana de impedimenta considerable y seguido de cerca por los hombres de Saladino, reclutados en numerosos países y que hostigaban sin cesar la retaguardia de los francos. El cristiano que tenía la desgracia de caer enfermo por la insolación y quedar retrasado, era degollado de forma inmediata en represalia por la matanza de San Juan de Acre.

Saladino buscaba una posición en la que entablar batalla contra Ricardo, pero este no tenía prisas por combatir. Sus caballeros y sus infantes, dotados de

San Juan de Acre
Bahía de Haifa
Haifa
N
Arsuf
Tel-Aviv
2k

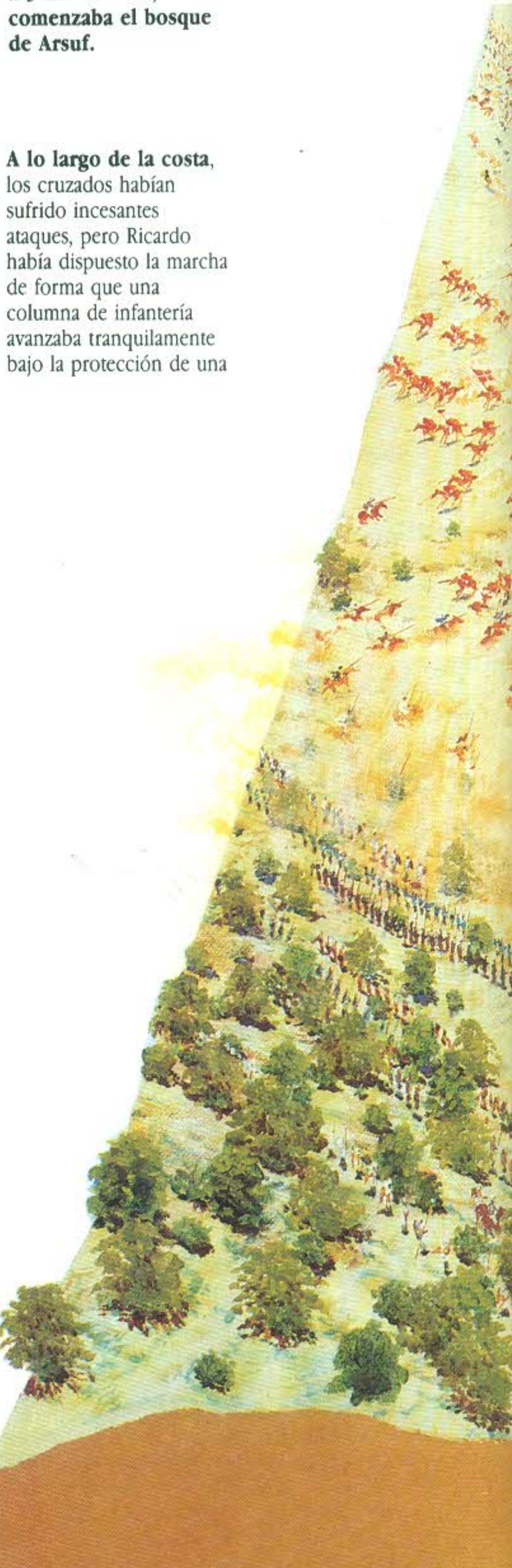
Los musulmanes se apoderaron de Jerusalén en el año 1187 y la Verdadera Cruz cayó en manos de los infieles. A raíz de la indignación del clero, el papa Clemente III lanzó la Tercera Cruzada para reconquistar esta reliquia, la más venerada de la Cristiandad.

El emperador Federico Barbarroja fue el primero en responder a la llamada. Partió para Palestina en 1189 a la cabeza de un numeroso ejército. Sin embargo, murió durante la travesía y sólo un millar de sus desmoralizadas tropas prosiguieron la ruta hacia Tierra Santa.

Los francos, puesto que asi se llamaba a los europeos para marchar hacia el Próximo Oriente, se dirigieron hacia Ricardo y Felipe Augusto para ayudarles a arrancar sus tierras y sus piadosas reliquias a Saladino. En esas fechas, Ricardo estaba en guerra contra Felipe Augusto, pero ambos monarcas se apresuraron a firmar la paz y partieron juntos el 4 de julio de 1190. El viaje fue largo y agitado, lleno de querellas entre ambos a pesar de que los dos ejércitos no siempre siguieron el mismo camino. Felipe Augusto llegó siete semanas antes que Ricardo, que se detuvo para conquistar Mesina y Chipre antes de concentrar toda su atención sobre Jerusalén.

El 7 de septiembre de 1191, los cruzados se aproximaban a Arsuf desde el norte cuando Saladino desencadenó la batalla. El dia era caluroso y el sol, abrasador. Los francos daban la espalda al mar; delante de ellos, a 3 km del mar, comenzaba el bosque de Arsuf.

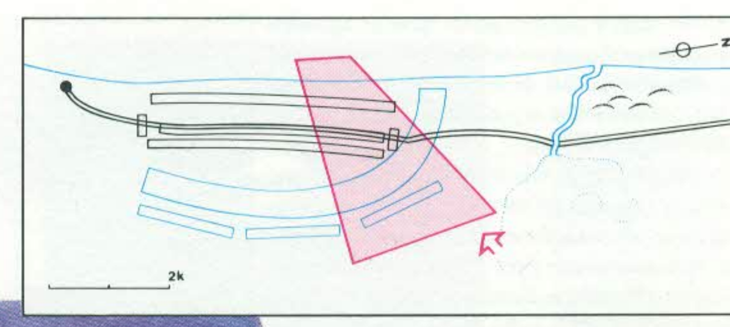
A lo largo de la costa, los cruzados habían sufrido incesantes ataques, pero Ricardo había dispuesto la marcha de forma que una columna de infantería avanzaba tranquilamente bajo la protección de una segunda. Al dia siguiente, se invertían los papeles, de modo que siempre disponía de tropas frescas. Al principio de la batalla, situó su tren de



intendencia **(4)** cerca del mar, cubierto por la caballería, a la que seguía la infantería.

Los sarracenos (2) salieron del bosque **(3)** y cargaron al son de las trompetas, en especial sobre el flanco izquierdo de los cruzados, con la esperanza de aislarlo.

Ricardo contuvo a los suyos a despecho de los ataques sucesivos de los sarracenos, que se esforzaban por provocar una reacción de los cruzados.



Los hospitalarios (1), desplegados en el ala izquierda y exasperados por el continuo hostigamiento de los musulmanes, se lanzaron bruscamente a través de las filas de la infantería que les precedía. Sorprendidos, los sarracenos emprendieron la huida y dejaron numerosos muertos sobre el terreno.

Ricardo adoptó un orden de marcha que rápidamente podía adaptarse al combate. Doce formaciones de caballería estaban cubiertas por una línea casi ininterrumpida de infantería y apoyadas delante y detrás por los templarios y los hospitalarios.

cotas de malla y gruesas casacas, estaban agotados por el calor y el hostigamiento continuo de los arqueros musulmanes. El 5 de septiembre Ricardo pidió una tregua para iniciar negociaciones de paz, pero no obtuvo ningún resultado.

Dos días más tarde, Saladino decidió desencadenar la batalla a algunos kilómetros al norte de Arsuf, en una llanura de tres kilómetros de anchura bordeada por un bosque al este y por el mar al oeste. Ese día, sábado por la mañana, Ricardo no tenía elección: debía prepararse para la lucha. Mandó detener la caravana de la impedimenta, destacó algunos hombres para protegerla y, después, desplegó a su ejército de modo que diese la espalda al mar. Colocó una línea de arqueros y de infantes delante de los caballeros, que componían su gran fuerza de choque. La línea de la caballería comprendía los templarios a la derecha y los hospitalarios a la izquierda, con los caballeros franceses, flamencos, alemanes e ingleses entre ellos; el centro estaba a las órdenes del propio Ricardo. De cuando en cuando, los arqueros y lanceros sarracenos actuaban en vanguardia del cuerpo de batalla de Saladino en un intento de incitar a los cruzados a una carga prematura. Sin embargo, el rey, soldado de experiencia, había comprendido la táctica del enemigo y dio orden a sus caballeros de atacar sólo a la señal de las trompetas.

Ricardo consiguió la proeza de contener los ímpetus de hombres de orígenes tan diversos, hostigados sin cesar, obligados a rehacer sus líneas de forma constante e impacientes por ir a la lucha. Incluso cuando Saladino lanzó su caballería contra el ala derecha y el jefe de los hospitalarios enviaba mensaje tras mensaje a Ricardo solicitando permiso para actuar, el rey le pidió que tuviera paciencia.

Pero, de repente, dos caballeros hospitalarios se lanzaron fuera de las filas, seguidos rápidamente por sus hermanos de armas. Ricardo se apresuró a encabezar este movimiento que, de hecho, se producía casi en el momento que él había deseado. Los cruzados penetraron profundamente en las filas de los sarracenos, quienes fueron ensartados por sus lanzas o bien se batieron en retirada.

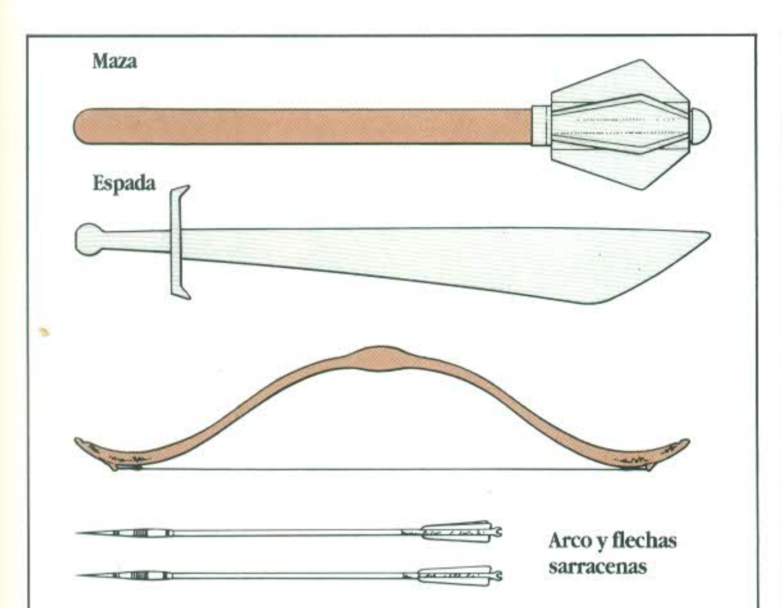
De hecho, los resultados de las Cruzadas fueron más sociopolíticos que militares en sí. Los cambios sociales propiciados por ellas comenzaron a desplazar las convicciones religiosas y pusieron a la Iglesia en conflicto con el poder temporal, que empezó a utilizar el instrumento de las Cruzadas posteriores contra los herejes en vez de contra los infieles. Asimismo, el espíritu de aventura que estas operaciones llevaron consigo propició en Occidente un deseo de viajar y conocer nuevas tierras. Como se había fracasado en los intentos de cristianizar por medio de las armas, se puso ahora mayor empeño en métodos más persuasivos. De hecho, San Luis mandó un enviado a convertir al Gran Khan de los mongoles y, en último término, esta iniciativa no hizo sino animar a otros hombres, como los mercaderes venecianos, a viajar hacia Extremo Oriente y, en la práctica, preparó el camino para el posterior descubrimiento de América.



Ricardo Corazón de León es acorralado por los sarracenos.

Dos de las órdenes de monjes-caballeros más célebres, los hospitalarios y los templarios, combatieron en Arsuf. Las dos se habían fundado para ayudar a los peregrinos; los templarios los protegían en el camino de Jerusalén y los hospitalarios establecieron hospitales y albergues para ellos. En el siglo XII se convirtieron en una fuerza militar de elite que defendía a la Cristiandad en todo el mundo. Los hospitalarios llevaban una capa negra con una cruz blanca y los templarios, una capa blanca con capuchón, como los cistercienses. En combate, llevaban una capa blanca con una cruz roja (derecha).

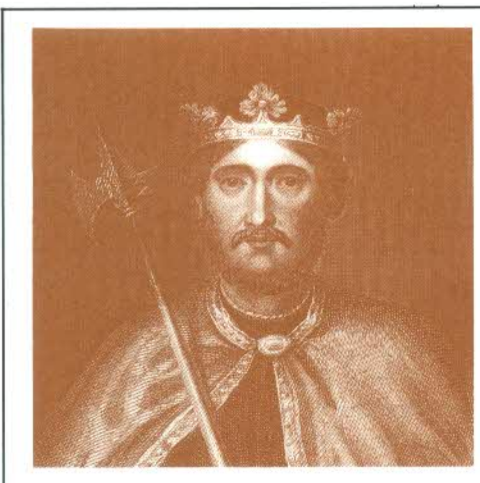




En manos expertas, la maza de hierro era un arma formidable: podía hundir un cráneo o aplastar un miembro incluso a través de la armadura. La cabeza de la maza, con un peso de 2 a 3 kilos, tenía unos 15 cm de longitud.

La espada inglesa, corta y pesada, era utilizada generalmente por la infantería. El filo siempre era curvo, pero el lomo de la hoja podía ser recto o curvo.

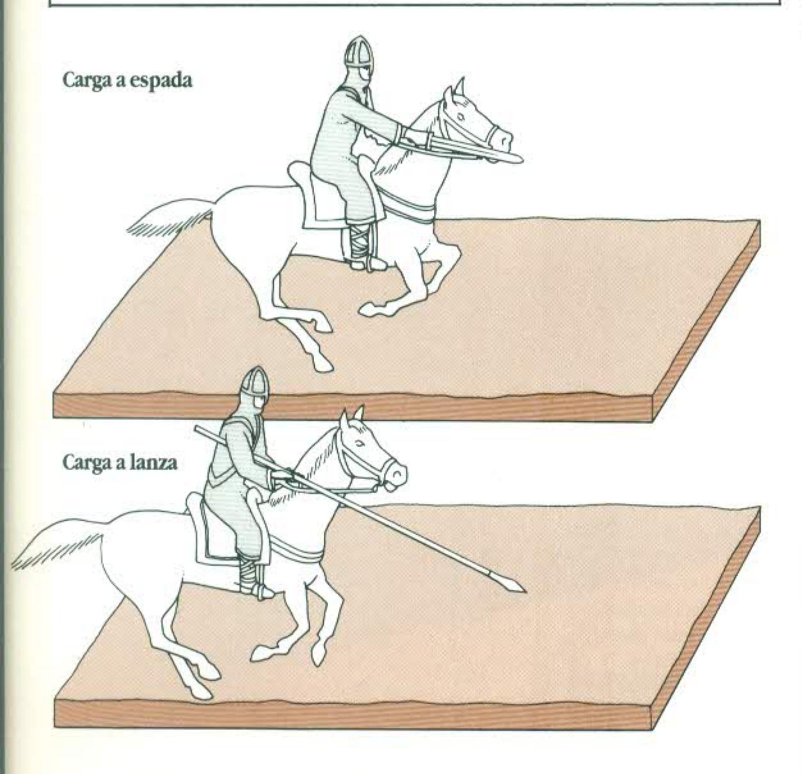
La vara de los arcos sarracenos se fabricaba con cuerno, madera y ligamentos; el conjunto, cubierto de corteza o de piel, presentaba un aspecto de gran elasticidad. El extremo inferior de las flechas era de hueso, con una muesca que se colocaba en la cuerda del arco.



Ricardo Corazón de León (1157-1199) pasó casi toda su vida guerreando, no sólo contra su enemigo Felipe Augusto, sino también contra su padre y hermanos. Al regresar de la Tercera Cruzada fue hecho prisionero por Leopoldo V de Austria; sus súbditos ingleses tuvieron que reunir una suma cuantiosa para pagar su rescate.



Saladino (hacia 1137-1193) se proclamó Sultán de Egipto y multiplicó sus conquistas en el norte de África, Siria y Palestina. Su toma de Jerusalén pareció anunciar el declive de la Cristiandad. Era un mecenas y también tenía gran fama por su carácter caballeresco.



El jinete llevaba espada, un escudo y una lanza, su arma principal, de unos tres metros de longitud que sostenía bajo el brazo. Normalmente, se rompía al primer choque, y después el jinete utilizaba su espada, en ocasiones para cargar.

La victoria de Arsuf, la única gran batalla de la Tercera Cruzada, precedida poco antes por la caída de San Juan de Acre, elevó la moral de los cristianos, pues con ello Ricardo había destruido el mito de la invencibilidad de Saladino. Pero su contribución a la Tercera Cruzada fue sobre todo diplomática. Aunque no consiguió sus objetivos de recuperar Jerusalén y la Verdadera Cruz, su tratado con Saladino restauraba los principados francos de la costa y garantizaba a los peregrinos el acceso a Tierra Santa. Pocos cruzados podían aspirar a conseguir este éxito.

Las consecuencias de la Tercera Cruzada y las restantes, en especial la Cuarta, fueron duraderas y profundas. A partir del siglo XII el comercio entre Europa Occidental y la zona levantina conoció un gran desarrollo y la influencia de la cultura árabe se extendió hacia el oeste. Numerosos productos —especias, limones, naranjas, pescados, maíz, arroz, dátiles, caña de azúcar, entre otros— aparecieron por primera vez en Occidente. Por otra parte, los productos del arte árabe —tapices, joyas, esmaltes, cristal, ébano— fueron muy apreciados. Palabras de origen árabe, en especial referentes a la astronomía y las ciencias, entraron en las lenguas occidentales. En la época del declive de las Cruzadas, las ciudades del Levante habían adquirido tal potencia económica y política que eran capaces de autodefenderse desde el punto de vista militar, y el comercio entre el este y el oeste siguió su floreciente desarrollo.

Crécy/*26 de agosto de 1346*

En el año 1337 se produjeron los primeros de una serie de enfrentamientos que debían oponer a Francia e Inglaterra durante 116 años. Las hostilidades alcanzaron su máxima intensidad en 1346, con una serie de asedios y contraasedios en la región de Aquitania. Al decidir la invasión del norte de Francia, Eduardo III reclutó un ejército de 10.000 hombres, de los que más de la mitad eran arqueros *yeomen*.

El rey embarcó en Portsmouth el 11 de julio de 1346 y desembarcó en Normandía al día siguiente. Pero se encontraba aislado en tierra enemiga y sólo podía marchar hacia Flandes, que permanecía fiel a la corona inglesa. En el momento en que su ejército alcanzaba el Somme, cerca de Abbeville, Felipe VI de Francia había reunido a sus tropas, muy superiores en número a las del rey de Inglaterra.

Al constatar que todos los puentes de la región habían sido cortados o bien estaban muy bien protegidos y que los franceses se aproximaban, Eduardo tenía que encontrar rápidamente un medio para vadear el río y evitar así el embolsamiento. El afán de lucro obtuvo el efecto deseado: un tal Gobin Agache puso el oro inglés por encima de la fidelidad a su rey y guió a Eduardo y a sus tropas hasta el vado de Blanque Taque.

En la otra orilla, 16 km al norte, el rey de Inglaterra se encontraba en una posición defensiva perfecta para el empleo concentrado de sus arqueros. Fue en este lugar, Crécy-en-Ponthieu, donde decidió entablar la batalla.

En la mañana del sábado 26 de agosto, los ingleses se desplegaron a lo largo de una colina orientada en dirección suroeste-nordeste sobre unos 1,8 km entre los pueblos de Crécy y Wadicourt. Detrás de la colina estaba el bosque de Crécy Grange; delante, el terreno que descendía en una suave pendiente despejada.

La primera línea inglesa se extendía a lo largo de la pendiente. Estaba compuesta por dos grupos de infantes, 1.800 a la derecha y 800 a la izquierda, apoyados a ambos flancos por formaciones de unos 1.000 arqueros dispuestos en saliente. Delante de los arqueros se habían cavado fosas y plantado estacas para protegerlos de los ataques de la caballería. Estas defensas debían servir, además, de embudo para canalizar los ataques de la caballería contra la infantería y que quedara expuesta de flanco a las lluvias de flechas.

Una segunda línea, emplazada en la retaguardia del centro, estaba formada por 700 hombres de armas, con unos 2.000 arqueros dispuestos en los flancos. En esta línea se encontraba Eduardo.

Finalmente, esa tarde, un vigía apostado en el molino de viento (el otero sobre el que se asentaba existe todavía hoy) anunció el avance de los franceses. Según algunas fuentes de la época, ese ejército estaba formado por 12.000 hombres. Otras afirman que se trataba de 40.000, cifra que parece menos probable.

Sin embargo, la confusión reinaba en las filas francesas que llegaban por el camino de Abbeville. Felipe VI pensaba vivaquear a la vista del enemigo

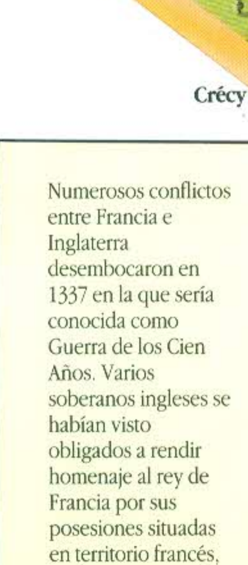
Eduardo III desembarcó en Saint Vaast el 12 de julio y durante seis días llegaron a tierra hombres y materiales. En seguida marchó al sur, hacia Saint-Lô, mientras su flota permanecía cerca de la costa. Saqueando todo a su paso, los ingleses avanzaron hacia el este. Eduardo llegó a Acheux el mismo día en que sus aliados flamencos, que no le creían tan próximo, levantaban su campamento para retirarse hacia el este. El 24 de agosto, los ingleses vadearon el Somme cerca de Crécy.

Eduardo desplegó su ejército a lo largo de una colina de 1,8 km de longitud, con su flanco derecho contra el Maye y el izquierdo en Wadicourt. El terreno descendía a los dos lados, lo que reforzaba su posición defensiva. Aunque los franceses estaban en el lugar desde mediodía, el combate no se entabló antes de las seis, la hora de vísperas.

Después de un aguacero, los franceses se situaron de forma que el sol les daba en los ojos.

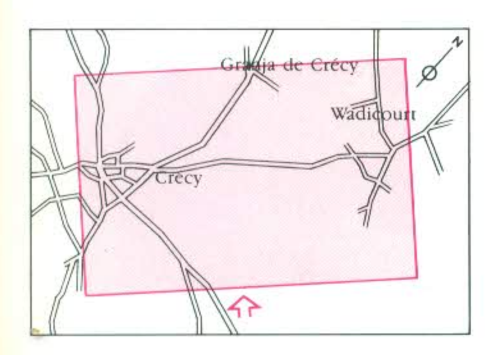
Eduardo III y su segunda línea de jinetes **(1)** se situaron detrás, flanqueados por dos cuerpos de arqueros.

Crécy



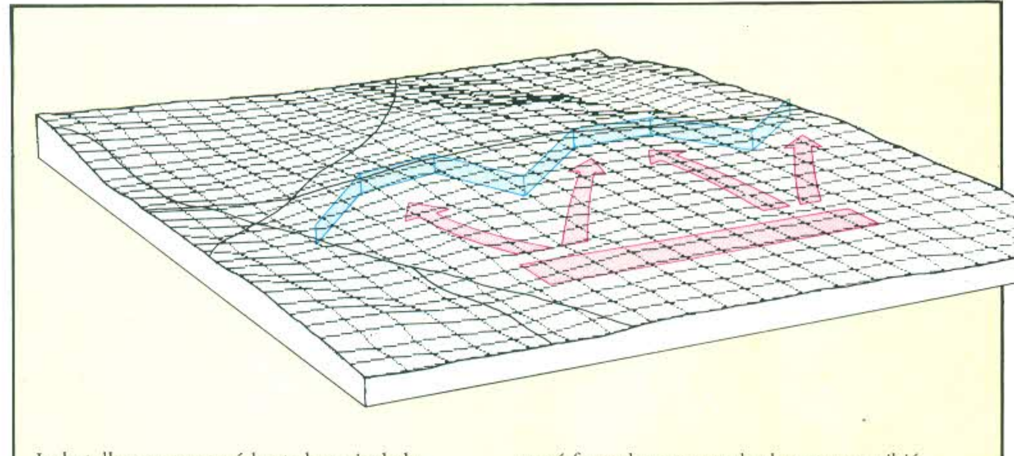
Numerosos conflictos entre Francia e Inglaterra desembocaron en 1337 en la que sería conocida como Guerra de los Cien Años. Varios soberanos ingleses se habían visto obligados a rendir homenaje al rey de Francia por sus posesiones situadas en territorio francés, hecho que no podía soportar el orgullo de Eduardo III. No obstante, había otras razones que le impulsaron a la guerra. Desde hacía largo tiempo, el Canal de la Mancha era escenario de encuentros entre navíos ingleses y franceses y, lo que era más grave, los franceses animaban y ayudaban continuamente a Escocia en su guerra contra Inglaterra.

En el año 1328 el rey de Francia, Carlos IV, murió sin heredero. Felipe de Valois fue coronado y reclamó el homenaje de Eduardo, pero éste, que también pretendía el trono francés, aunque en línea indirecta y femenina, vio en ello el mejor pretexto para iniciar las hostilidades.



Los pertrechos de los ingleses, sus carros y caballos **(2)** se colocaron detrás, cerca de un bosque. Desde allí se podía enviar rápidamente provisiones de flechas a primera línea y, en caso de urgencia, los vehículos podían ponerse al abrigo de los árboles.

La formación inglesa principal comprendía dos grupos de hombres a pie y jinetes con un millar de arqueros entre ellos, dispuestos en flecha **(3)**. A derecha e izquierda de los infantes se encontraban otros arqueros, desplegados también en flecha.

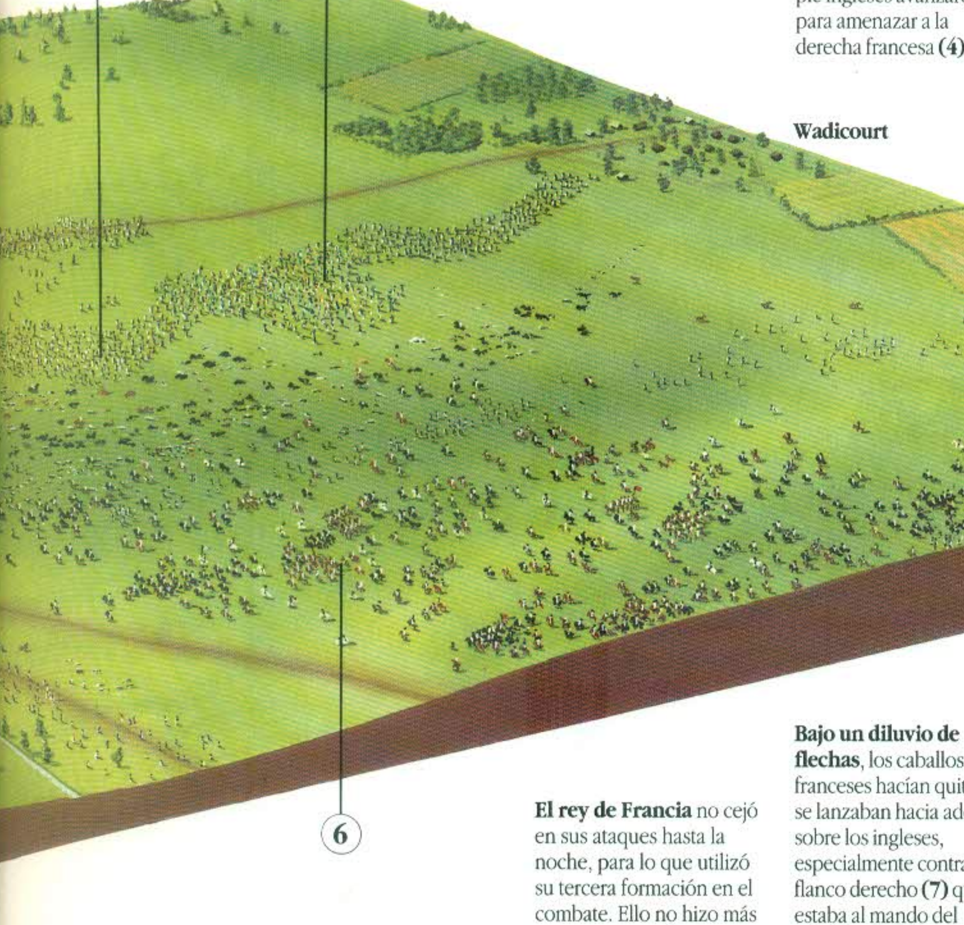


La batalla no comenzó hasta las seis de la tarde, cuando todavía el ejército francés no se hallaba al completo; esto no impidió a los caballeros de Felipe cargar 15 veces antes de abandonar el terreno. La caballería atacó frontalmente y todas las veces recibió el tiro en enfilada de los arqueros ingleses, exactamente como lo había previsto Eduardo III rey de Inglaterra.

Cuando quedó claro que el ataque principal de Felipe se produciría por la izquierda, los hombres de armas de a pie ingleses avanzaron para amenazar a la derecha francesa **(4)**.

Los ballesteros genoveses, que habían sobrevivido al primer asalto de los arqueros ingleses y a la furia de sus amos franceses, huyeron en medio del pánico **(5)**.

Los franceses (6) hubieran hecho mejor esperando al día siguiente para atacar pero, al temer que el enemigo se retirara, avanzaron en completo desorden. El rey francés intentó reagrupar su ejército en formaciones coherentes, pero el empuje de la retaguardia lo impidió.



El rey de Francia no cejó en sus ataques hasta la noche, para lo que utilizó su tercera formación en el combate. Ello no hizo más que aumentar el caos y sus pérdidas.

Bajo un diluvio de flechas, los caballos franceses hacían quites y se lanzaban hacia adelante sobre los ingleses, especialmente contra su flanco derecho **(7)** que estaba al mando del príncipe de Gales que, en esas fechas, tenía solamente 17 años.

De vez en cuando, en los momentos en que los franceses retrocedían, los galeses, armados con cuchillos corrían a matar a los jinetes franceses derribados, en contra de las órdenes de Eduardo, pues ello le privaba de cobrar cuantiosos rescates.

Los cuerpos de los caballos y jinetes derribados y muertos cubrían el suelo entre ambos ejércitos, lo que impedía a los franceses realizar más cargas.

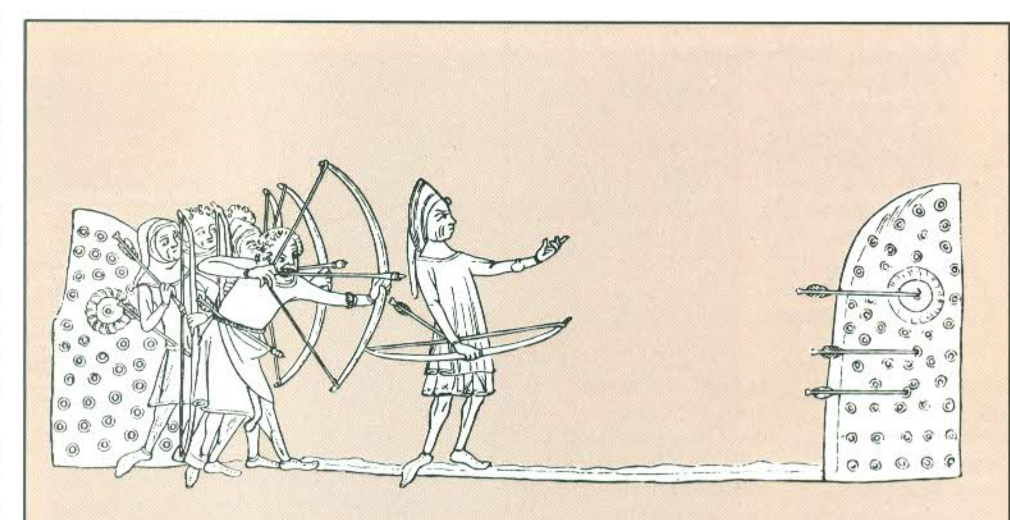
y no librar la batalla hasta el día siguiente, pero no pudo contener a sus tropas que, impacientes por luchar, se lanzaron hacia Crécy en el más completo desorden. No obstante, el ardor combativo de los elementos en cabeza se enfrió pronto cuando fueron conscientes de la fuerza de la posición inglesa. Las primeras líneas se detuvieron para retroceder después, lo que trastornó a las fuerzas que avanzaban tras ellos.

El rey de Francia intentó imponer un poco de orden y mandó avanzar a sus mercenarios genoveses armados con sus voluminosas ballestas, que él consideraba —sin ningún fundamento— mucho más eficaces que los arcos.

La batalla, pues, comenzó con una lluvia de dardos disparados por los ballesteros genoveses. Los *yeomen* de Eduardo respondieron con un avance y una lluvia de flechas sobre los genoveses, que perdieron sus posiciones. Un ligero cambio en el tiro y los caballeros franceses pasaron a ser el nuevo objetivo de los arqueros ingleses. Entre los genoveses que huían y los caballos que coceaban y se encabritaban, las primeras líneas francesas estaban cubiertas de muertos y heridos, lo que no impidió que los caballeros emplazados en la retaguardia espolearan sus monturas excitados por la batalla. Avanzaron al galope, golpeando a los genoveses con sus espadas para poder pasar entre ellos. Ascendieron por la pendiente a la carga, en línea recta hacia los ingleses tal como lo había previsto Eduardo, y fueron aniquilados por una infinidad de flechas disparadas por miles de arqueros.

Anochecía ya cuando los últimos caballeros franceses lanzaron su decimoquinta carga, que fue rechazada al igual que las anteriores. Se ha calculado que los franceses dejaron 10.000 muertos sobre el campo. Esta cifra parece un poco excesiva; lo que sí es seguro es que Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, que estaba casi ciego, el duque de Lorena, diez condes y más de 1.500 caballeros murieron sobre el campo de batalla de Crécy. Las pérdidas inglesas se evaluaron en un centenar de hombres, cálculo que resulta demasiado bajo dada la duración de los combates y los efectivos en lucha.

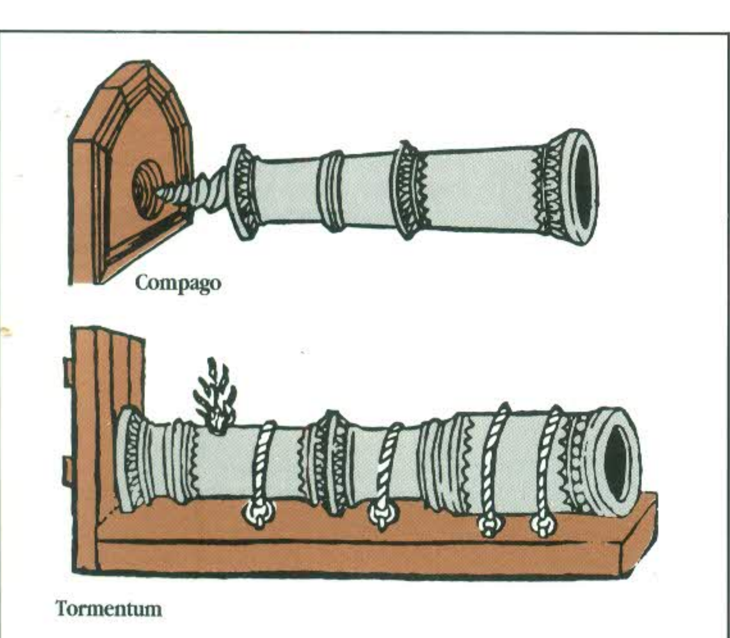
En la práctica, la consecuencia principal de la batalla de Crécy, más que la gesta de armas por sí misma, fue que convirtió a Inglaterra en una nación militar. Desde ese momento, fue tal su prestigio en ese sentido que en muchas ocasiones los propios ingleses hubieron de esforzarse para poder estar a la altura de la fama conseguida. Crécy hizo que los franceses hubiesen de reconocer a una nueva potencia y que los ingleses se descubriesen a sí mismos. En palabras del prestigioso general Fuller, la importancia histórica de la batalla de Crécy «se basa en que moralmente inauguró la guerra de los Cien Años, conflicto que se prolongaría hasta que otro acontecimiento de la misma índole precipitara su fin». La única ganancia estratégica de la campaña fue Calais, conquistada por Eduardo en agosto de 1347 y que, convertida en plaza fuerte, perteneció a Inglaterra hasta que fue reconquistada por el duque de Guisa en enero de 1558.



La sociedad inglesa del siglo XIV tenía carácter feudal; los vasallos debían prestar servicios militares y rendir homenaje a cambio de un dominio. De esta forma el rey podía, en caso de necesidad, convocar a sus súbditos, hasta los más humildes. Sin embargo, los arqueros de Eduardo III eran hombres escogidos y bien pagados, que habían sufrido un entrenamiento semanal obligatorio de tiro. Apreciados en su justo valor, cobraban la suma nada despreciable para la época de seis peniques diarios. Llevaban una casaca de cuero, un casco del mismo material —a menudo reforzado con hierro— y una manta que se utilizaba tanto para dormir como para proteger la cuerda de su arco de la lluvia. Durante la campaña de Crécy se desplazaban a caballo, pero combatían a pie.

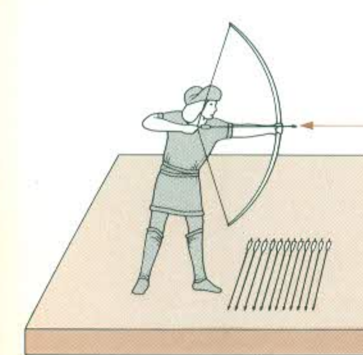


El arco largo, invención galesa, fue introducido en el armamento inglés por Eduardo I. En la época de su nieto, Eduardo III, la potencia del arco y la destreza de los arqueros habían alcanzado un punto en que no siempre la armadura más sólida constituía una protección suficiente. La vara, de tejo o de olmo, tenía una longitud de 1,8 metros y, tensada por una cuerda, era capaz de lanzar con precisión flechas de un metro y con punta de acero a una distancia de 260 m. Cada arquero llevaba además una estaca con punta de hierro que clavaba en el suelo delante de él y que constituía una buena protección contra la caballería.

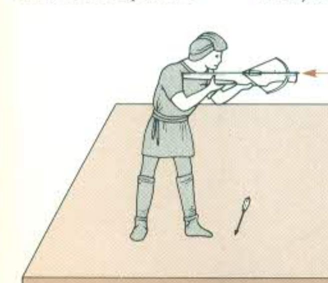


Grabados de finales del siglo XV indican el tipo de cañones de que disponía Eduardo III, aunque los detalles sobre ellos no sean muy precisos. Se piensa que en Crécy tenía tres piezas, que emplazó con sus arqueros. Era la gran época del arco, pero el arma que debía reemplazarlo ya estaba en servicio.

Durante la guerra de los Cien Años, Francia estaba cinco veces más poblada que Inglaterra y poseía más riquezas naturales. Las derrotas sufridas por los franceses se debieron, en gran parte, al impresionante alcance del arco inglés y a su rapidez de tiro. ¿Por qué los franceses no habían adoptado esta arma? La respuesta radica en gran medida en la rigidez del sistema feudal francés. Para los señores era impensable la idea de combatir con simples *yeomen* ingleses. Incluso después de Crécy se mostraron remisos a la hora de poner en práctica la lección. De igual modo, menospreciaban la vida de sus campesinos y no se dignaron gastar ningún dinero en armarlos o entrenarlos periódicamente. Además, temían poner un arma tan formidable en manos de gentes que podrían rebelarse y utilizarla contra ellos. De ahí provinieron todos sus reveses, que culminaron en la batalla de Azincourt en 1415 con la pérdida de considerables territorios que ni siquiera lograron reconquistar en su totalidad durante el reinado de Enrique IV de Inglaterra.



El arco largo estaba tallado en la albura flexible para los extremos y en el corazón para el centro. En la época de Crécy tenía un alcance algo inferior al de la ballesta, pero era más eficaz. Su principal ventaja estaba en la rapidez de tiro de los arqueros: hasta diez flechas por minuto. Además, como podían disparar de perfil, su número podía ser muy grande en una pequeña extensión de terreno.



La ballesta del siglo XIV podía disparar flechas o dardos. Era un arma de gran precisión, pues el extremo del dardo permitía apuntar con cuidado. El mayor inconveniente de la ballesta consistía en que debía rearmarse después de cada disparo y sólo podía lanzar un dardo por minuto.

Breitenfeld/ *17 de septiembre de 1631*

En el año 1611, Gustavo Adolfo subió al trono de Suecia a la edad de 17 años. El nuevo rey había estudiado el arte de la guerra con rigor y espíritu crítico al mismo tiempo y no pasó mucho tiempo antes de que pusiera en pie un ejército muy diferente, desde todos los puntos de vista, de los que poseían los restantes países europeos.

En 1630, la guerra de los Treinta Años, que enfrentaba a los estados protestantes y católicos, había entrado en su duodécimo año y los combates se extendían ya hasta las costas alemanas del Báltico. Gustavo Adolfo, en la creencia de que Suecia estaba amenazada directamente, decidió apoyar a la precaria causa protestante.

Por tanto, se puso a la cabeza de su excelente ejército, bien equipado y extremadamente móvil para la época. El 6 de julio de 1630 estableció una cabeza de puente en Usedom, en la región de Pomerania, al norte de Alemania, entonces dividida en varios principados gobernados por los príncipes electores. Como es lógico, éstos, a pesar de la amenaza de los 40.000 hombres del conde de Tilly, sostén de la Liga Católica del emperador de Austria, Fernando II, no veían con buenos ojos la presencia de este ejército sueco de 36.000 hombres.

Las repercusiones del asedio de Magdeburgo hicieron que cambiaran de parecer. Los príncipes electores prohibieron al ejército de Gustavo Adolfo atravesar sus estados para acudir en ayuda de la ciudad sitiada, que cayó el 20 de mayo de 1631. En la ciudad, saqueada e incendiada, perecieron más de 20.000 personas entre las llamas. Este terrible suceso señaló el final de la apatía protestante, y varios estados alemanes se unieron a los suecos. El Elector de Sajonia todavía dudaba cuando, a comienzos de septiembre, el ejército de Tilly atravesó sus fronteras y amenazó Leipzig con el mismo destino que había sufrido Magdeburgo. Su reacción no tardó en producirse, puso sus tropas a disposición de los suecos y los dos ejércitos se dirigieron hacia Leipzig, 24 km más al sur, para socorrer la ciudad.

Al amanecer del 17 de septiembre la niebla cubría la llanura cerca de Breitenfeld. Tilly, conocedor de la estrategia, dispuso sus 40.000 hombres a la manera española clásica, a lo largo de una colina, pero Gustavo Adolfo adoptó un dispositivo nuevo y original. En el centro situó cuatro brigadas de infantería apoyadas por otras dos más un regimiento de caballería. Tres brigadas y dos regimientos de caballería estaban en reserva. En el flanco derecho, alternaban caballeros y mosqueteros, con un regimiento de caballería de apoyo y cuatro escuadrones de reserva. A la derecha se encontraban tres regimientos de caballería, con dos secciones de mosqueteros y dos regimientos de reserva; después estaba el contingente sajón. Cada regimiento de infantería estaba provisto de artillería ligera, y el rey emplazó la pesada en batería en una posición ligeramente adelantada en el centro de la formación.

La batalla comenzó con fuego artillero durante unas dos horas y media en las que los artilleros suecos demostraron la superioridad de su potencia de

La guerra de los Treinta Años que comenzó en 1618, tuvo su origen en la rivalidad entre católicos y protestantes; el *casus belli* fue una controversia a propósito de la corona de Bohemia. En su lucha contra el imperio de los Habsburgo, los príncipes protestantes recurrieron a la ayuda, primero del rey de Dinamarca, Cristián IV, en 1624 y después, en 1630, del rey Gustavo Adolfo de Suecia cuando éste creyó que la guerra podría ser una amenaza para su país. Su intervención convenía a Richelieu, a quien su catolicismo no impedía su deseo de destruir la Casa de Austria.

El 20 de mayo de 1631 las tropas imperiales saquearon Magdeburgo. La ciudad fue incendiada y 20.000 de sus habitantes perecieron entre las llamas. Para la población civil fue la masacre más terrible de la guerra de los Treinta Años. El hecho sacudió al mundo protestante y provocó una reacción favorable a su causa. Los Electores renunciaron a su intransigencia, reconocieron a Gustavo Adolfo como su protector y le permitieron atravesar sus estados. El ejército del Elector de Sajonia, Juan Jorge, se unió a los suecos y marcharon juntos sobre Leipzig, amenazada por Tilly con el mismo destino que Magdeburgo. El horror que surgió en Europa fue tal que dio lugar a la idea de «guerra limitada».

Mientras la infantería de Tilly avanzaba sobre los suecos, la artillería de Gustavo Adolfo diezmaba sus filas **(4)**. Se trataba de las piezas de a 4 libras que disparaban botes de metralla.

Al aproximarse la caballería de Tilly, los sajones emprendieron la huida sin combatir y sólo se detuvieron para saquear el tren de campaña de sus aliados suecos.

Para reforzar el extremo de su improvisado flanco izquierdo, Gustavo Adolfo desplazó a la infantería **(5)** emplazada en reserva sobre el centro de su formación.

Cuando la caballería de Tilly (6) provocó la huida de los sajones, marchó para atacar la retaguardia de los artilleros suecos.

La batalla de Breitenfeld se libró sobre un frente de 3,2 km el 17 de septiembre de 1631. Al mediodía, la situación del flanco izquierdo sueco, tras la huida de sus aliados sajones, parecía crítica, pero Gustavo Adolfo no tardó en reaccionar.

Al observar que los sajones huían y dejaban al descubierto la izquierda sueca **(1)** Tilly ordenó a sus impresionantes formaciones de infantería **(2)** que maniobraran para atacar el flanco expuesto del enemigo. Esta acción hubiera tenido éxito contra un adversario corriente, pero no contra Gustavo Adolfo.

Desde el momento en que Gustavo Adolfo comprendió la maniobra de Tilly, hizo girar sus tropas del ala izquierda, sobre todo la caballería **(3)** que recibieron a los atacantes con un nutrido fuego. Después, condujo el resto de su caballería del ala derecha al combate.



Gustavo Adolfo, «el León del Norte», el primer soldado de su época, retratado por Jean Walther en Breintenfeld en 1631.

El centro izquierdo sueco (7) aguantó mientras el adversario maniobraba para cambiar su frente de ataque y no cargó hasta que la batalla entró en fase más avanzada.

Breitenfeld/2

fuego. Sus andanadas sobre el flanco derecho enemigo fueron tan devastadoras que el conde Pappenheim, que se encontraba al mando del mismo, decidió, sin recibir la orden de Tilly, cargar a la cabeza de sus 5.000 caballeros. Por siete veces realizaron la maniobra conocida como «caracola» bajo el terrorífico fuego de los mosqueteros de Gustavo Adolfo. Todos sus ataques fueron un fracaso y se retiraron en desorden.

En el flanco derecho de Tilly la caballería siguió el ejemplo de Pappenheim y cargó sin recibir la orden para ello. Avanzó al trote sobre los sajones que, para sorpresa general, se desbandaron y dejaron al descubierto el flanco izquierdo de los suecos.

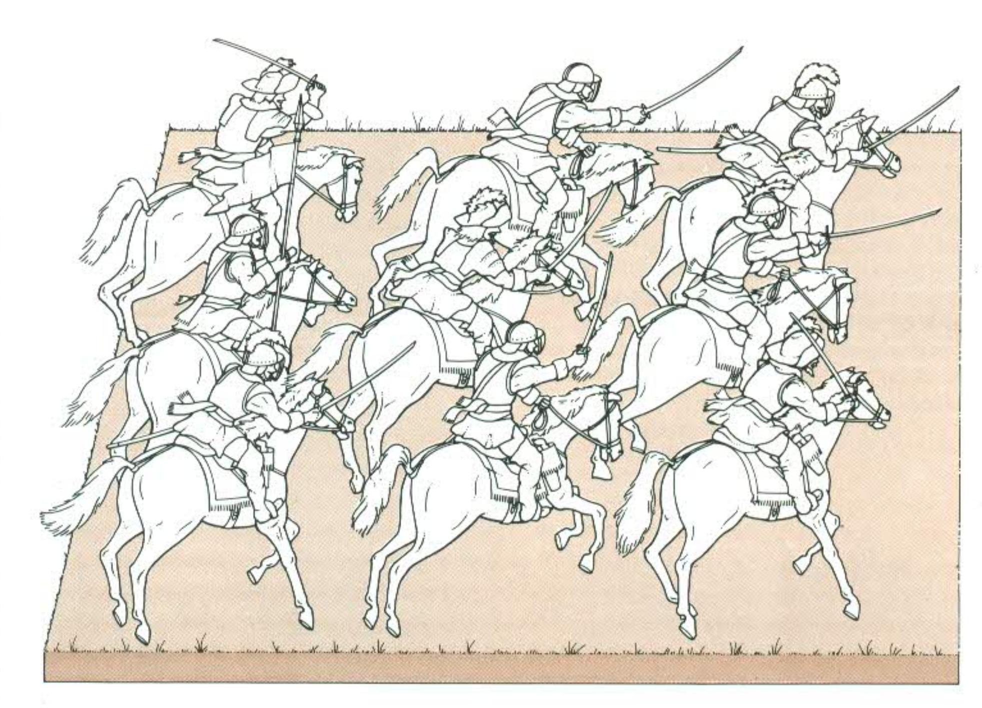
Tilly, que finalmente había dado la orden de cargar a su indisciplinado ejército, aprovechó la ocasión y ordenó a su infantería pesada realizar una lenta maniobra de tenaza sobre el flanco izquierdo sueco. Al mismo tiempo, su caballería efectuaba un amplio movimiento para atacar al enemigo por la retaguardia. Pero Gustavo Adolfo era capaz de modificar rápidamente sus líneas y organizar una barrera de fuego homogénea frente al enemigo. Como los hombres de Tilly se replegaban, Gustavo Adolfo ordenó a la caballería de su flanco derecho, que no corría peligro alguno, que cargara sobre la izquierda enemiga. En ese momento, la artillería sueca efectuó una salva cerrada a quemarropa. Durante un instante, la infantería de Tilly resistió con coraje, pero sus líneas se desbandaron y tuvo que replegarse, perseguida por la caballería que encabezaba el mismo Gustavo Adolfo.

La Liga Católica perdió 13.000 hombres y los suecos menos de 3.000, la mayor parte de ellos en el transcurso de la primera andanada artillera.

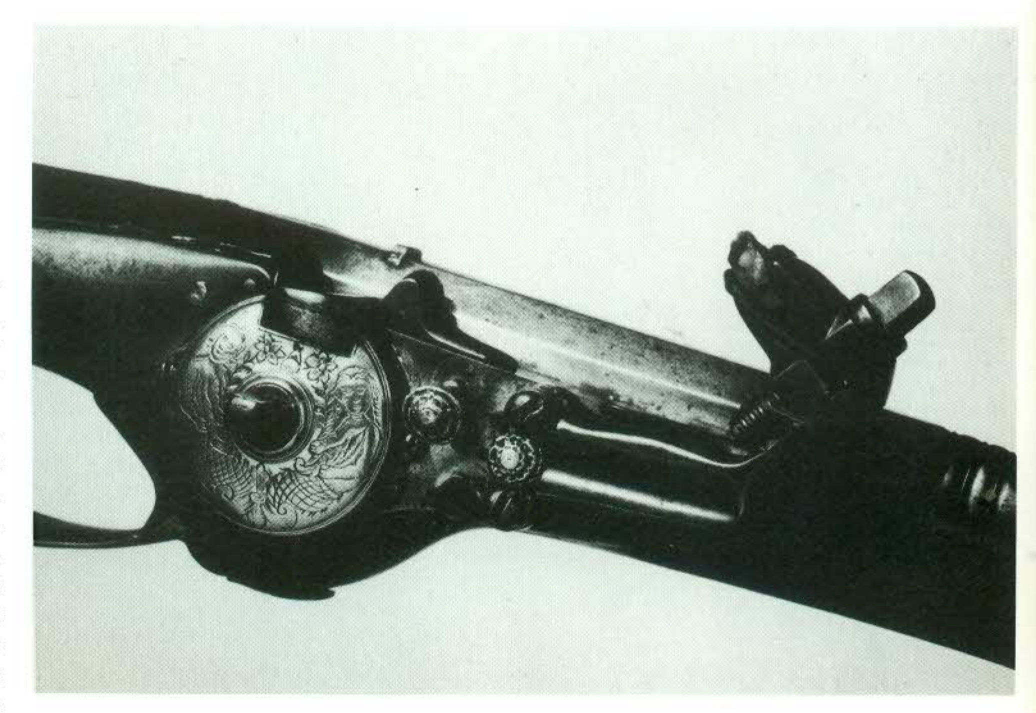
Breitenfeld, gran triunfo del rey de Suecia, sentó las bases de un cambio radical en el arte de la guerra en Europa. Un año más tarde, Gustavo Adolfo condujo a sus tropas a otra victoria, en Lützen, pero murió en el curso de la batalla.

La batalla de Breitenfeld no merece el calificativo de decisiva por el hecho, de suma importancia, de que fuera la primera en que se pusieron a prueba unas nuevas tácticas que desbancaron a las que parecían inamovibles y que, según algunos autores, pueda considerarse como la primera gran batalla de la época moderna, sino más bien porque echó por tierra el reforzamiento de la Liga e impidió que Alemania se convirtiese en la gran potencia católica de la Casa de Austria. De esta batalla se ha dicho que fue «la tumba del Edicto de Restitución» y que «supuso para Alemania lo que Naseby para Inglaterra».

Gustavo se convirtió en un auténtico paladín del protestantismo, pues con él había emergido un ejército que había sido capaz de demostrar que el orden y la obediencia no servían de nada a menos que estuviesen apoyados por la iniciativa individual. Este principio no se reflejó exclusivamente en el campo de batalla, sino que con el tiempo iba a repercutir también en la moral y en la política, en la literatura y en la ciencia.



Gustavo Adolfo sabía desde hacía tiempo lo que Tilly, demasiado viejo, era incapaz de comprender: los métodos españoles ya estaban superados. Su caballería cargaba a la espada, maniobra contraria a la «caracola» española, realizada al trote sobre diez filas y en la que se empleaba la pistola más que la espada. El jinete disparaba su pistola, regresaba atrás para recargarla y volvía de nuevo a la carga.

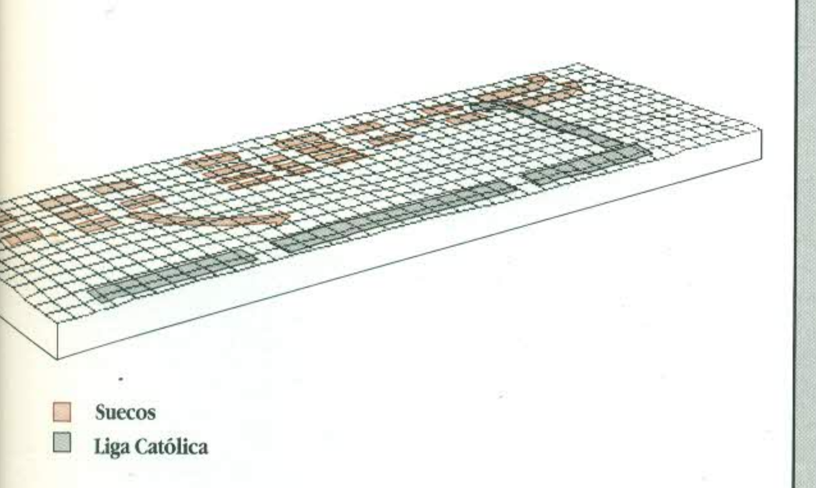


El mecanismo de ignición de rueda (arriba), era similar al del moderno encendedor. La rueda era accionada por un resorte tenso con una llave y liberado por el disparador, que abatía sobre el borde dentado de la rueda un trozo de pirita fijado al disparador. Las chispas producidas inflamaban la pólvora de cebo alojada en la cazoleta.

Dotado con armas de esta clase, el ejército sueco tenía una capacidad de fuego tres veces más rápida que el enemigo, lo que le permitía, según un autor, «abatir, sorprender y desalentar al enemigo con una rapidez tres veces mayor».

El fuego casi continuo de sus mosqueteros constituía el arma principal de Gustavo Adolfo, pero asimismo había conservado un gran número de picas, no sólo como complemento de los mosquetes, sino también como parte integrante de su maquinaria de guerra.

Para aprovechar las peculiaridades de cada arma, utilizaba una combinación de arma blanca y de fuego que sería mejorada en el siglo XVII con la introducción de la bayoneta.



Suecos

Liga Católica

La victoria sueca en Breitenfeld marcó un punto de inflexión en la guerra de los Treinta Años. Gustavo Adolfo se convirtió en el campeón de la causa protestante y su éxito anticipó un aumento considerable del prestigio de Suecia, que se convertiría en una de las grandes potencias europeas en el transcurso del medio siglo siguiente. Esta victoria no satisfizo a Richelieu. Éste esperaba que Gustavo Adolfo contrapesara la hegemonía de los imperiales, pero no que la destruyera. Tres meses más tarde, el rey de Suecia dominaba todo el nordeste de Alemania y después se dirigió hacia el sur. Obligado a atrincherarse en Sajonia, libró batalla en Lützen, cerca de Leipzig. Las fuerzas imperiales fueron derrotadas pero la causa protestante perdió mucho con la muerte de Gustavo Adolfo. Si hubiera vencido, sin duda hubiera intentado formar una confederación protestante bajo dominio sueco. Dos años más tarde, los suecos fueron derrotados en Nordlingen. Francia tuvo que entrar en el conflicto y la sangrienta lucha proseguiría durante otros 14 años.

En la fase más crítica de la batalla de Breitenfeld, la capacidad sueca de formar un nuevo frente sobre el flanco descubierto por la defección de los sajones se convirtió en un factor decisivo. Esta movilidad era posible gracias al entrenamiento regular y a la disciplina de las tropas suecas, algo posible sólo en un ejército formado por reclutas y gracias al carácter flexible de las formaciones. Todo ello contrastaba con las pesadas cohortes de Tilly. Desde comienzos del siglo XVI, toda Europa había adoptado los métodos españoles. El Tercio (a la derecha), era un despliegue típico: formación masiva compuesta por un grupo central de hombres provistos con armas blancas rodeados por mosqueteros dispuestos asimismo en cuadros cerrados por sus cuatro esquinas. El Tercio, que comprendía entre 1.500 y 3.000 hombres, era muy lento cuando se trataba de realizar un cambio táctico en el curso de la batalla.



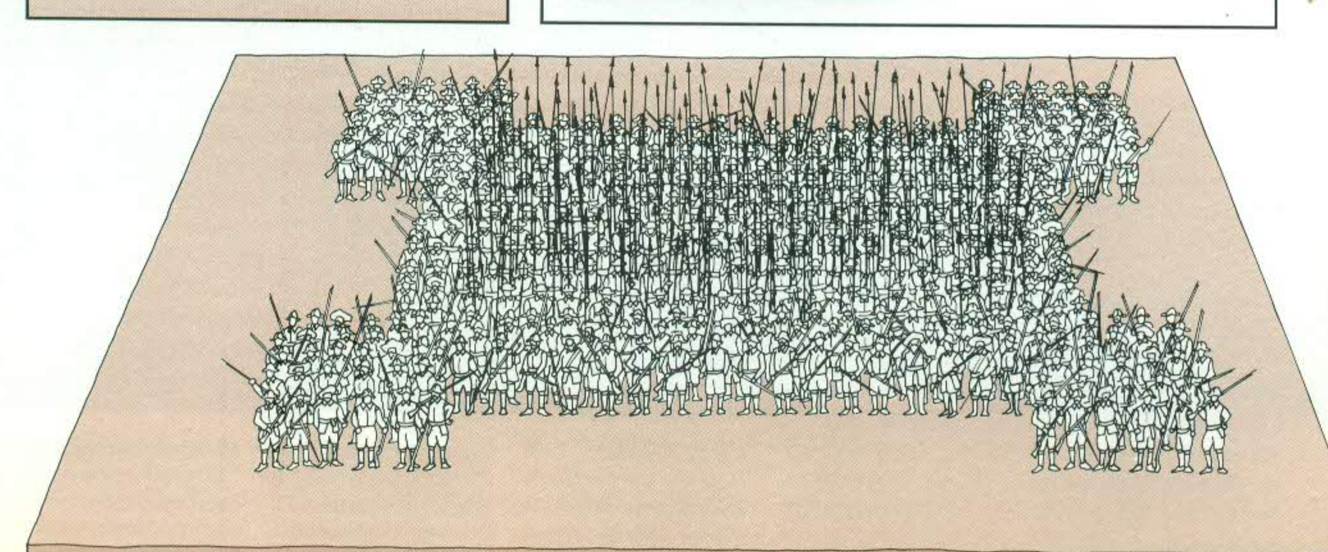
Gustavo Adolfo transformó radicalmente el arte de la guerra en todos sus aspectos. Su interés por el empleo de las nuevas técnicas le llevó a diseñar las armas para aligerar el peso de los mosquetes y las pistolas. Los primeros podían manejarse sin trípode, y el lento y complejo proceso de carga fue simplificado mediante la adopción de cartuchos de papel (arriba), que contenían la pólvora y la bala. Cada mosquetero llevaba diez unidades y debía romper con los dientes su extremo antes de cargar su arma. Los cartuchos de papel ya habían sido ideados por Leonardo da Vinci en el siglo XV.



Gustavo Adolfo II (1594-1632) reinó en Suecia durante 21 años. Su ejército sirvió como modelo a todos los demás europeos y sus cualidades como militar fueron admiradas por Napoleón, quien lo comparó con Alejandro el Magno. Unico estratega verdadero de la guerra de los Treinta Años, los suecos lo consideran como el prototipo de rey-héroe.



Juan, conde de Tilly (1559-1632), al servicio del duque Maximiliano I de Baviera, estaba al mando del ejército de la Liga Católica. De pequeña estatura, tenía un aspecto feroz y un carácter autoritario. Fue derrotado otra vez por Gustavo Adolfo en Lech en 1632 y cayó herido de muerte.



Naseby/ *14 de junio de 1645*

En febrero de 1645, en plena guerra civil, el Parlamento inglés adoptó un plan de reorganización de diversos cuerpos de los «cabezas redondas» (*Roundheads*) en un ejército profesionalizado que recibió el nombre del Nuevo Ejército Parlamentario, al mando de sir Thomas Fairfax.

Este Nuevo Ejército Parlamentario marchó hacia el norte para asediar Oxford, la capital del rey en tiempo de guerra. Sin embargo, Carlos I y su ejército no estaban en la ciudad. Al rechazar la condiciones de paz del Parlamento a principios de mayo, los realistas marcharon sobre Chester, su plaza fuerte asediada, cuando supieron que el sitio había sido levantado. Entonces, el rey decidió atacar la ciudad parlamentaria de Leicester, que era muy próspera pero mal fortificada.

Tras la caída de ésta, Carlos se dirigió al sur para acudir en ayuda de Oxford y, el 5 de junio, alcanzó Market Harborough. El mismo día, Fairfax levantó el sitio de la ciudad y marchó al norte para enfrentarse a los hombres del rey.

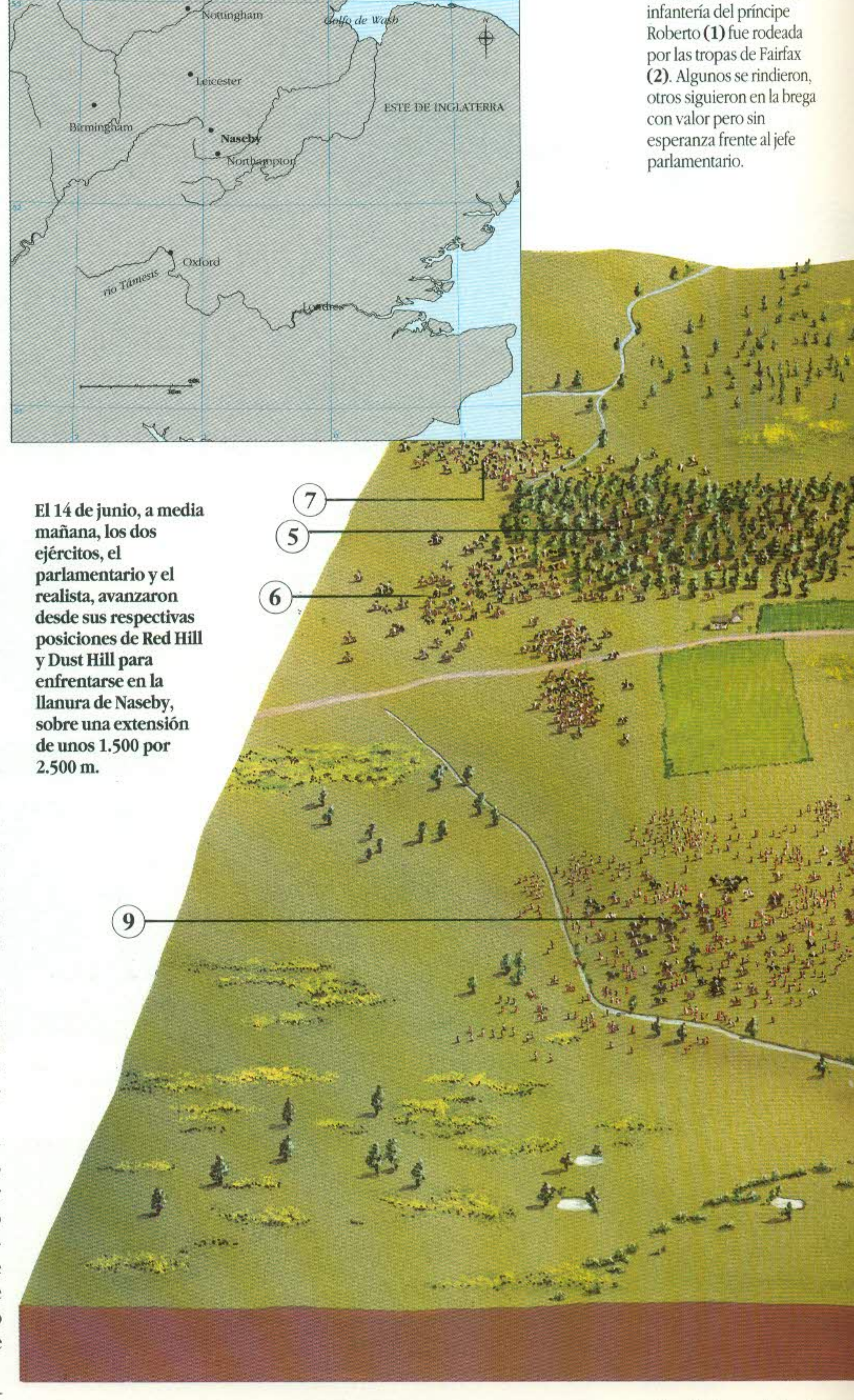
En Daventry, a unos 40 km de Leicester, Carlos supo que el Nuevo Ejército Parlamentario avanzaba hacia él y decidió replegarse. El 13 de junio, Fairfax, ante la proximidad de los realistas, optó por iniciar las hostilidades. El ejército de Carlos I sólo contaba con 9.000 hombres frente a los 13.000 «cabezas redondas», pero estaba bien entrenado y seguro de sus fuerzas tras la victoria de Leicester.

El sábado 14 de junio, los realistas, con una poderosa artillería, ocuparon una posición de fuerza sobre una colina a 6 km de Naseby. El campamento de los *Roundheads* se encontraba a unos 5 km al sur, pero cuando al amanecer, Oliver Cromwell, teniente general de la caballería, y Fairfax inspeccionaron el terreno, consideraron que era demasiado pantanoso para la caballería, y Cromwell obtuvo autorización para llevar el Ejército Parlamentario hasta Red Hill, una colina situada 1.500 m más atrás, cerca de Naseby.

Ante este movimiento de retroceso, y pensando que el Nuevo Ejército Parlamentario se retiraba, el príncipe Roberto del Rin, comandante en jefe del ejército realista, se lanzó precipitadamente al combate. Sin esperar la acción de la artillería, hizo avanzar sus tropas.

En el paisaje ondulado que rodea Naseby puede ocultarse mucha gente y el príncipe Roberto debió quedar muy sorprendido cuando, al llegar a la cima de Dust Hill, descubrió a todo el Nuevo Ejército Parlamentario dispuesto en orden de batalla a 1.500 metros. Pero ya era demasiado tarde para detener el ataque; Langdale, y un cuerpo de caballería, avanzó sobre el flanco izquierdo, pero fue rechazado por una carga de la caballería de Cromwell.

El príncipe Roberto también cargó con su caballería, menos numerosa, contra los escuadrones del general Henry Ireton. Su ataque se intensificó rápidamente y se produjo una violenta lucha. Los realistas cargaban mientras aguantaban de flanco el fuego de los dragones del coronel Okey, hábilmente emplaza-



Tras su éxito inicial, la infantería del príncipe Roberto **(1)** fue rodeada por las tropas de Fairfax **(2)**. Algunos se rindieron, otros siguieron en la brega con valor pero sin esperanza frente al jefe parlamentario.

El 14 de junio, a media mañana, los dos ejércitos, el parlamentario y el realista, avanzaron desde sus respectivas posiciones de Red Hill y Dust Hill para enfrentarse en la llanura de Naseby, sobre una extensión de unos 1.500 por 2.500 m.

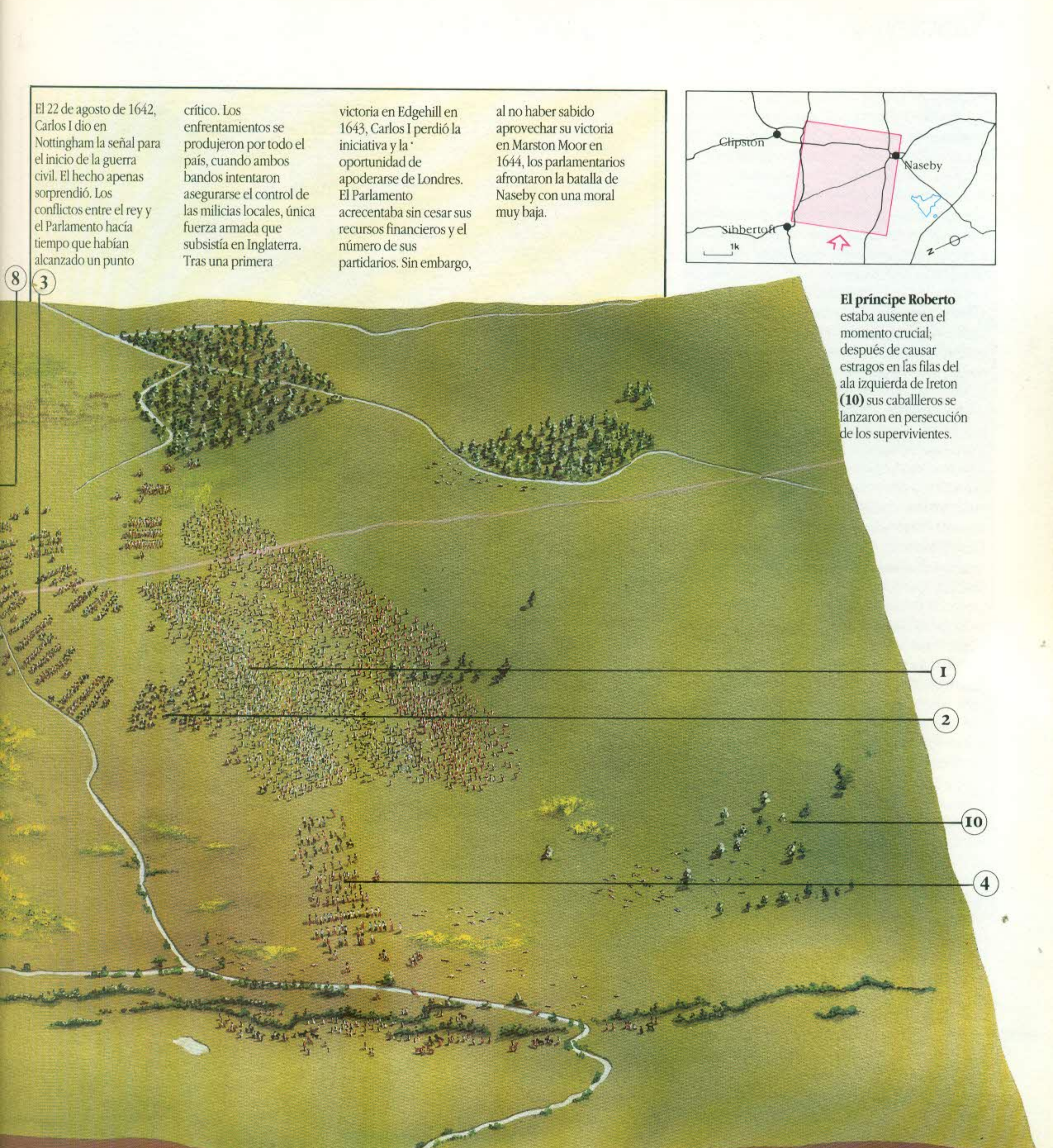
Las andanadas y las cargas de las tropas de Fairfax **(2)** precedieron a la lucha cuerpo a cuerpo a golpes de culata y espada.

Cromwell y su caballería **(3)** apoyaron a la infantería al atacar el flanco y la retaguardia de los realistas.

El embolsamiento de la infantería realista se completó con un movimiento envolvente de los dragones de Okey **(4)**.

Los jinetes realistas de Langdale **(5)** fueron derrotados rápidamente y rechazados en el bosque de Long Hold. Algunos

El 22 de agosto de 1642, Carlos I dio en Nottingham la señal para el inicio de la guerra civil. El hecho apenas sorprendió. Los conflictos entre el rey y el Parlamento hacía tiempo que habían alcanzado un punto crítico. Los enfrentamientos se produjeron por todo el país, cuando ambos bandos intentaron asegurarse el control de las milicias locales, única fuerza armada que subsistía en Inglaterra. Tras una primera victoria en Edgehill en 1643, Carlos I perdió la iniciativa y la oportunidad de apoderarse de Londres. El Parlamento acrecentaba sin cesar sus recursos financieros y el número de sus partidarios. Sin embargo, al no haber sabido aprovechar su victoria en Marston Moor en 1644, los parlamentarios afrontaron la batalla de Naseby con una moral muy baja.



El príncipe Roberto estaba ausente en el momento crucial; después de causar estragos en las filas del ala izquierda de Ireton **(10)** sus caballleros se lanzaron en persecución de los supervivientes.

se reagruparon alrededor del rey **(6)** y otros, a quienes se había negado un permiso, aprovecharon la oportunidad para huir.

Dos regimientos parlamentarios **(8)** que permanecían en línea bajo pena de muerte, impedían volver a Langdale.

En la confusión, muchos hombres de las unidades realistas de reserva **(9)** consideraron que la batalla estaba perdida y huyeron.

El conde de Carnwarth desaconsejó al rey que recurriera a su guardia montada para socorrer a la infantería.

Los piqueros y mosqueteros del Nuevo Ejército Parlamentario estaban espléndidamente uniformados de rojo, color que se haría típico del ejército británico y que todavía hoy utilizan algunos regimientos en sus desfiles.

dos tras Sulby Hedges, de forma perpendicular al ala izquierda de los *Roundheads*. Aunque los realistas lograron desbordar a los hombres de Ireton, el mando parlamentario ordenó rápidamente a una parte de sus tropas que acudieran en ayuda de la infantería, que vacilaba en el centro de la formación.

Mientras tanto, el príncipe Roberto había dispersado lo que quedaba de la caballería parlamentaria y, en lugar de ayudar a la infantería de Astley, enzarzada en aquellos momentos en combate cuerpo a cuerpo con la segunda línea de los *Roundheads*, se lanzó a una impetuosa persecución. A una distancia de 3 km, la caballería realista encontró el tren logístico de Fairfax, que había dado media vuelta sin atacar. Durante la hora que Roberto se ausentó del combate, la posición realista se había deteriorado y el príncipe llegó demasiado tarde para invertir el curso de los acontecimientos.

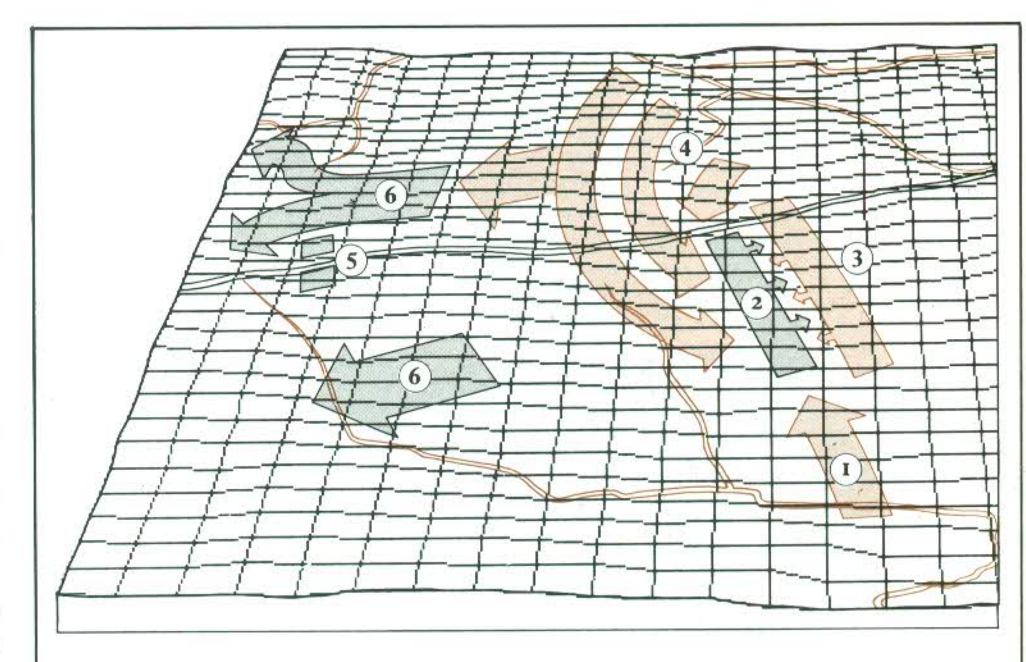
Una vez derrotados los hombres de Langdale, Cromwell hizo regresar a su caballería para atacar el flanco y la retaguardia de la infantería, y Fairfax lanzó a todos sus infantes a la lucha. Por el otro lado del campo de batalla aparecieron el coronel Okey y sus dragones, desde Sulby Hedges, y penetraron en el ala derecha realista. Cercados poco después, los soldados de Carlos comenzaron a deponer las armas. Fairfax ordenó un avance general, y el rey y el resto de sus tropas se retiraron, perseguidos por la caballería de los *Roundheads*.

La batalla de Naseby no fue especialmente cruenta. Los realistas perdieron unos 1.500 hombres, muertos o heridos, y unos 4.500 prisioneros. Por su parte, los *Roundheads* tuvieron unas bajas inferiores al millar de hombres. Ni siquiera se destruyó totalmente el ejército de Carlos I.

Pero la victoria fue total. Cinco mil prisioneros, doce cañones y el tren de bagajes realista cayeron en manos de los hombres de Fairfax, además de 8.000 armas, 40 barriles de pólvora y 112 banderas. La pérdida más importante del rey fue su cofre, que contenía cartas a la reina en las que se descubrió que había buscado ayuda entre los irlandeses y fuerzas extranjeras, y que consideraba la abolición de las leyes contra los católicos ingleses.

El principal resultado de Naseby no fue la derrota de Carlos en sí, sino que la victoria hubiese correspondido al Nuevo Ejército, compuesto sobre todo de independientes, lo que debilitó aún más la escasa vitalidad del sistema presbiteriano: el triunfo de aquel ejército fue un golpe mortal para la disciplina presbiteriana.

La guerra duró un año más, hasta que Carlos, temeroso de caer en manos del Parlamento, se rindió a los escoceses en mayo de 1646, quienes lo entregaron a los ingleses. De este modo, el Parlamento contó de nuevo con un rey, con la autoridad constitucional que podría utilizar para establecer el presbiterianismo en toda Inglaterra, para lo que se decidió licenciar a toda la infantería.



En principio, ambos ejércitos se encontraban frente a frente a un lado y otro de Broad Moor, uno sobre Dust Hill, el otro sobre Red Hill. La caballería del príncipe Roberto entabló combate al cargar contra el ala izquierda de los parlamentarios y, bajo el fuego de los dragones **(1)** en Sulby Hedges, atacó un tren de campaña a más de 3 km de la línea de combate.

Sin embargo, Roberto encontró una inesperada resistencia y sólo renunció cuando toda esperanza estaba ya perdida.

Mientras tanto, la infantería realista **(2)**, a pesar de su inferioridad numérica, atacó el centro de los parlamentarios **(3)** al tiempo que la caballería de Cromwell **(4)** cargaba contra el ala izquierda realista. Tres oleadas de jinetes se lanzaron contra el flanco y la retaguardia, para llevar a cabo un embolsamiento que los dragones **(1)**, que avanzaban desde Sulby Hedges, acabaron de cerrar. El rey **(5)** quiso reagrupar a sus hombres, pero muchos de ellos ya habían huido.

El mosquete de mecha fue la principal arma de fuego de la infantería durante la Guerra Civil inglesa. Aunque eran más baratas de fabricar que las yescas —más eficaces—, las mechas eran muy incómodas de utilizar.

El mosquetero necesitaba la protección de los piqueros mientras recargaba su arma: se metía la bala y se aplicaba el taco por la boca, se rellenaba la cazoleta con la carga, después se colocaba la mecha incandescente en un serpentín; se descubría la cazoleta y, al presionar el disparador, el serpentín volvía a la cazoleta y encendía la carga.

En tiempo húmedo, con frecuencia la mecha tendía a quemar lentamente y, por tanto, no era del todo fiable. Muchos accidentes fueron provocados por el hecho de que debía dejarse una mecha encendida demasiado cerca de un barril de pólvora.

1. Marchar con una mecha constantemente encendida entre los dedos.

2. Poner el mosquete en posición.

3. Cargar y atacar por la boca.

4. Rellenar la cazoleta con pólvora para cebar.

5. Avivar el fuego de la mecha.

6. Colocar el mosquete sobre la horquilla y apuntar.





Sir Thomas Fairfax (1612-1671) fue nombrado caballero por el rey en 1640 tras la campaña de Escocia. Pero en 1645 se convirtió en Lord General del conjunto de fuerzas parlamentarias, del que siguió su trayectoria a lo largo de toda la guerra civil. De carácter tranquilo, en combate se convertía para sus hombres, según testimonios de la época, en «el modelo del auténtico valor».

El príncipe Roberto del Rin (1619-1682) sólo tenía 23 años cuando su tío, el rey Carlos I, le nombró general de su caballería. Las cargas en Edgehill y en Naseby han eclipsado sus grandes capacidades como un hábil estratega, que había adquirido en el curso de las campañas de la guerra de los Treinta Años. Él hubiera deseado evitar el enfrentamiento de Naseby.

Los piqueros avanzan de seis en fondo. Su arma, de 3,5 m a 5,5 m de longitud, se sostenía con la mano izquierda y se bloqueaba con el pie derecho para dejar la mano derecha libre para el manejo de la espada.

En Naseby, Carlos I perdió su última oportunidad de imponerse a las fuerzas parlamentarias y la Revolución inglesa se acercó a su clímax. Las últimas tropas realistas situadas al oeste de Inglaterra fueron obligadas a rendirse y, en mayo de 1646, Carlos se rindió a los escoceses en Newark. Un mes más tarde, el último bastión realista, Oxford, capituló.

El poder del ejército llegó a ser tan grande que el Parlamento decidió disolverlo sin pagar las soldadas. Al conocerse la noticia se produjo un motín apoyado por Cromwell. Se publicó un manifiesto en el que se declaraba que el Ejército no se disolvería hasta que sus legítimas reivindicaciones fueran satisfechas. Ocupó Londres. Las negociaciones entre el rey y los generales concluyeron en las «Proposiciones», un texto que contemplaba un papel moderador para la monarquía.

Sin embargo, al mismo tiempo que Cromwell se veía obligado a rendir cuentas de los elementos extremistas del Ejército, los «niveladores», el rey prosiguió las negociaciones con potenciales aliados de su causa y se inició una segunda fase de la guerra civil. Las sublevaciones realistas del sureste y del sur del País de Gales fueron aplastadas con facilidad y los realistas escoceses, última esperanza de Carlos, fueron derrotados en Preston en 1648. Inflexible hasta el final, el rey rechazó todo compromiso; el 30 de enero de 1649 fue decapitado. La monarquía y la Cámara de los Lores fueron abolidas e Inglaterra se convirtió en una república.



El Boyne/ *1 de julio de 1690*

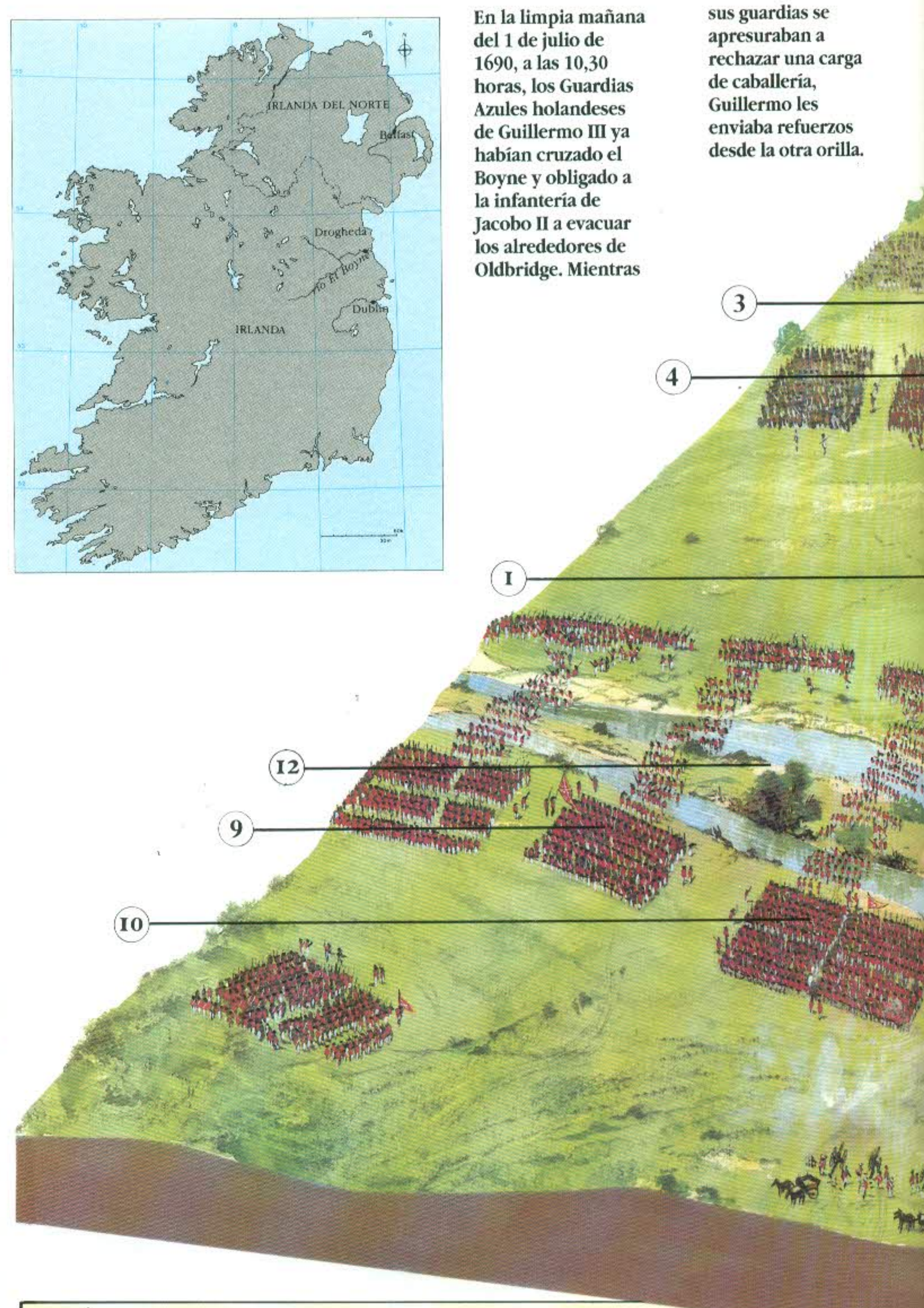
Cuando Jacobo II desembarcó, a la cabeza de sus tropas francesas, en Irlanda con el objetivo de recuperar su trono fue muy bien acogido y no tardó en extender su dominio sobre ese país salvaje y desolado, a excepción de Derry y Enniskillen, en el norte. A partir de 1689, las tropas de Guillermo III, dirigidas por un veterano de la guerra de los Treinta Años, el duque de Schomberg, emprendieron la campaña contra los jacobitas irlandeses, pero sin alcanzar grandes éxitos. En el verano siguiente, el rey Guillermo III en persona se dirigió a Irlanda junto con refuerzos procedentes de diversos países de Europa coaligados para oponerse a los intentos de dominación de Luis XIV.

Tras pasar revista a su ejército formado por 36.000 hombres, mejor entrenados y equipados que los de Jacobo II, Guillermo marchó sobre la capital. Los jacobitas retrocedieron hasta la orilla sur del Boyne, no lejos de la desembocadura de este río, a unos 50 km al norte de Dublín, donde Jacobo II decidió detenerse. Situó el grueso de sus 25.000 hombres, en su mayor parte reclutas, sobre una colina en Oldbridge, un poblado que dominaba el vado en el extremo norte de la pendiente del río, donde él pensaba que el enemigo intentaría cruzarlo. No había más que un puente en toda la región, en Drogheda, 5 km al este, y estaba en manos de un destacamento jacobita.

Los dos contendientes se observaron por primera vez el 30 de junio y entablaron de forma inmediata un duelo artillero a una y otra banda del río que se prolongó hasta el anochecer. Durante este tiempo, la caballería de Guillermo realizó patrullas de reconocimiento a lo largo del río y descubrió otros vados arriba y abajo del poblado. Estas noticias se tuvieron en cuenta en el consejo real celebrado al anochecer; en esta reunión se decidió realizar una maniobra de diversión hacia el oeste para atraer a los jacobitas y lanzar rápidamente el grueso de las tropas sobre Oldbridge.

El 1 de julio a primera hora de la mañana, el conde Meinhard de Schomberg, de 49 años e hijo del comandante en jefe del ejército de Guillermo, marchó en dirección oeste en medio de la niebla, hacia el vado de Rosnaree a la cabeza de 10.000 hombres. En el momento en que Guillermo III supo que Schomberg había vadeado el Boyne, envió una segunda brigada al mando del teniente general James Douglas como refuerzo y consiguió con ello que los jacobitas creyeran que el grueso de sus fuerzas se movían para atacar su flanco izquierdo. En una decisión errónea, Jacobo II envió a dos tercios de sus tropas, entre las que se encontraban sus mejores regimientos franceses, para que tomaran posiciones a 6 km de Oldbridge, en dirección sureste, al otro lado del camino Rosnaree-Duleek.

En Oldbridge, poco después de las 10 de la mañana, con marea baja, Guillermo hizo avanzar a sus Guardias Azules holandeses, seguidos por los regimientos hugonotes, ingleses e irlandeses protestantes. Los holandeses atravesaron el Boyne con agua hasta la cintura bajo el fuego del enemigo y se en-



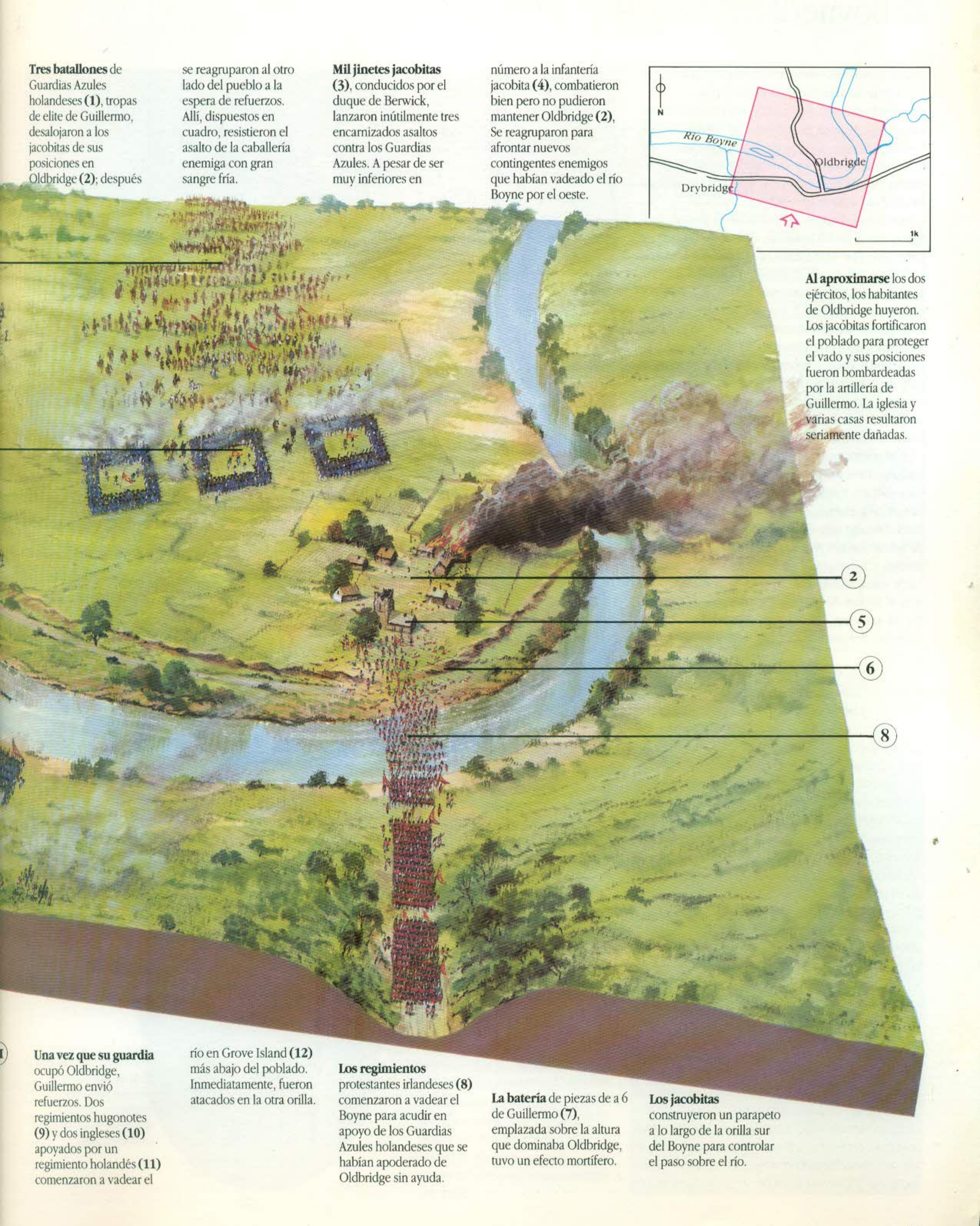
En la limpia mañana del 1 de julio de 1690, a las 10,30 horas, los Guardias Azules holandeses de Guillermo III ya habían cruzado el Boyne y obligado a la infantería de Jacobo II a evacuar los alrededores de Oldbridge. Mientras sus guardias se apresuraban a rechazar una carga de caballería, Guillermo les enviaba refuerzos desde la otra orilla.

Profundas divergencias religiosas fueron el origen del conflicto entre Jacobo II y Guillermo III. El catolicismo de Jacobo le había indispuesto con sus súbditos, protestantes en su mayoría, pero éstos esperaban la llegada al trono de su hija María y de su marido, Guillermo, príncipe de Orange, anticatólicos ambos.

Más tarde, Jacobo II tuvo un hijo, el nuevo heredero del trono, educado en la fe católica. El clima de tolerancia desapareció rápidamente del país y en 1688 Guillermo y María fueron invitados a compartir la corona de Gran Bretaña y de Irlanda. Desprovisto de apoyo suficiente, Jacobo tuvo que huir del país y buscar el apoyo de Luis XIV para reconquistar su corona. Las simpatías jacobitas más fuertes se encontraban en Irlanda y hacia allí se dirigió Jacobo en marzo de 1689 con la tropas y armas suministradas por Luis XIV.

Tres batallones de Guardias Azules holandeses **(1)**, tropas de elite de Guillermo, desalojaron a los jacobitas de sus posiciones en Oldbridge **(2)**; después se reagruparon al otro lado del pueblo a la espera de refuerzos. Allí, dispuestos en cuadro, resistieron el asalto de la caballería enemiga con gran sangre fría.

Mil jinetes jacobitas (3), conducidos por el duque de Berwick, lanzaron inútilmente tres encarnizados asaltos contra los Guardias Azules. A pesar de ser muy inferiores en número a la infantería jacobita **(4)**, combatieron bien pero no pudieron mantener Oldbridge **(2)**. Se reagruparon para afrontar nuevos contingentes enemigos que habían vadeado el río Boyne por el oeste.



Al aproximarse los dos ejércitos, los habitantes de Oldbridge huyeron. Los jacóbitas fortificaron el poblado para proteger el vado y sus posiciones fueron bombardeadas por la artillería de Guillermo. La iglesia y varias casas resultaron seriamente dañadas.

Una vez que su guardia ocupó Oldbridge, Guillermo envió refuerzos. Dos regimientos hugonotes **(9)** y dos ingleses **(10)** apoyados por un regimiento holandés **(11)** comenzaron a vadear el río en Grove Island **(12)** más abajo del poblado. Inmediatamente, fueron atacados en la otra orilla.

Los regimientos protestantes irlandeses **(8)** comenzaron a vadear el Boyne para acudir en apoyo de los Guardias Azules holandeses que se habían apoderado de Oldbridge sin ayuda.

La batería de piezas de a 6 de Guillermo **(7)**, emplazada sobre la altura que dominaba Oldbridge, tuvo un efecto mortífero.

Los jacobitas construyeron un parapeto a lo largo de la orilla sur del Boyne para controlar el paso sobre el río.

contraron envueltos en una lucha encarnizada, sobre todo con la Guardia Irlandesa de Jacobo II.

Se combatía casa por casa y los defensores tuvieron que evacuar el poblado. El conde de Tyrconnell, capitán general de Jacobo II, lanzó sus escuadrones contra los Guardias Azules, que formaron los cuadros, calaron la bayoneta y resistieron el duro ataque con éxito.

Unas horas después del inicio de la acción, Guillermo envió 12.000 hombres, daneses en su mayor parte, para que atravesaran el Boyne más abajo de Oldbridge, allí donde el enemigo pensaba que era infranqueable. Este nuevo movimiento, iniciado por unidades de caballería y después también de infantería, que habían abandonado el centro del combate río arriba, anunció el principio del fin de la resistencia jacobita. Poco después de mediodía, cuando el resto de la caballería de Guillermo atravesó el Boyne por el vado de Drybridge, 3 km al oeste de Drogheda, los combates prácticamente habían terminado.

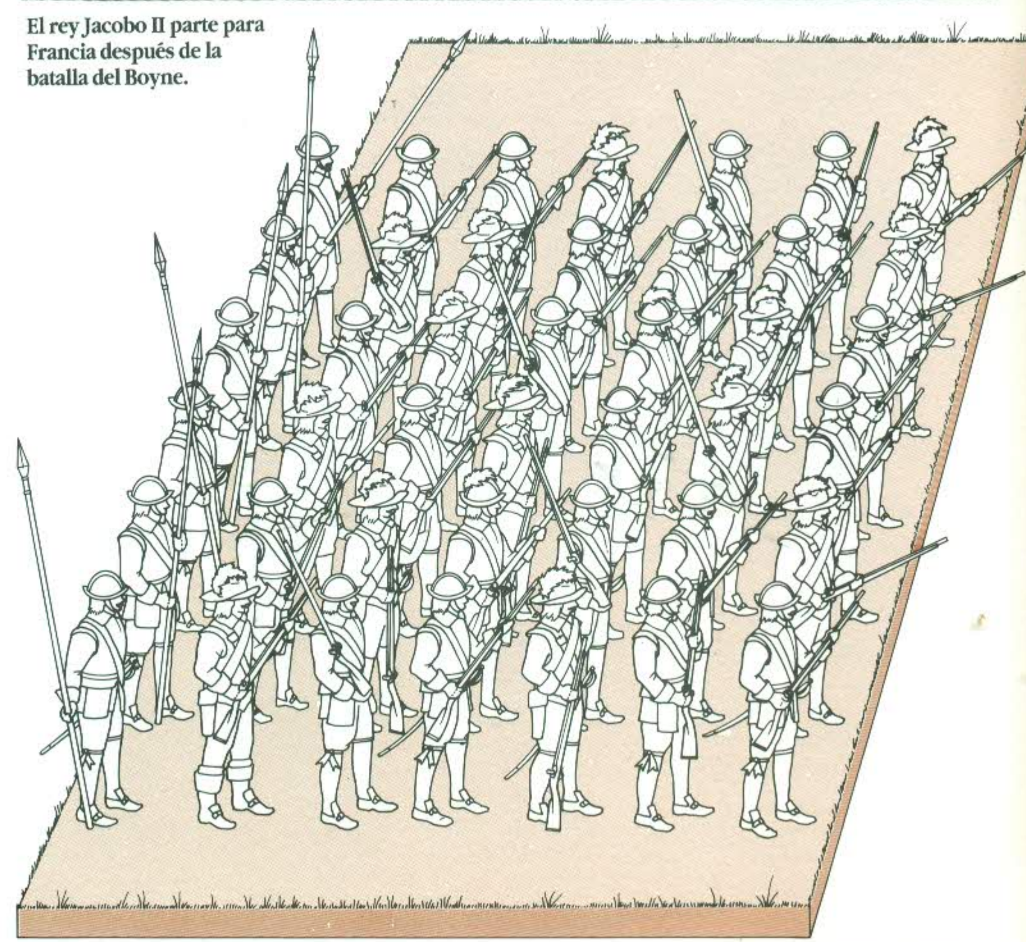
La infantería jacobita se batió en retirada sobre la colina de Donore, situada detrás del poblado, se detuvo un corto instante en su cima y después tomó la dirección de Duleek, única salida que le quedaba todavía. Durante este tiempo, Tyrconnell y su caballería habían logrado proteger la retirada de la infantería jacobita al lanzar una serie de cargas. Gracias a su coraje y valor, la caballería jacobita retrasó una media hora el avance de Guillermo y permitió, de esta forma, el repliegue del resto del ejército jacobita. Sin embargo, las pérdidas habían sido muchas y muy graves.

En el flanco izquierdo de los jacobitas, donde el grueso del ejército había permanecido inactivo durante varias horas, Jacobo II supo la noticia de la caída de Oldbridge. Inmediatamente, dio la orden de atacar a las tropas del conde Meinhard de Schomberg, pero carecía de medios para rodear el pantano que los separaba. Las tropas de Guillermo realizaron entonces un movimiento como si quisieran cortar el camino de Duleek tras los jacobitas: la retirada era inevitable. Jacobo se dirigió hacia Dublín y, tres semanas más tarde, embarcó para Francia.

Las consecuencias de la batalla del Boyne, fueron diversas. Por una parte, Guillermo III se vio convertido en soberano de las dos grandes potencias marítimas europeas (a raíz también de que sofocase la resistencia jacobita en Escocia, en la batalla de Killiecrankie, en 1689), pero su actividad en el trono inglés se limitó a establecer una política exterior antifrancesa y dejó el gobierno real del país en manos del Parlamento. A partir de ese momento centró su atención en la guerra de la Liga de Augsburgo contra Luis XIV. Para los irlandeses, la derrota de Jacobo II supuso un recrudecimiento de la represión ejercida por Inglaterra, que dispuso el ahorcamiento de cualquier católico al que se le encontrase una espada y prohibió que los sacerdotes pudiesen decir misa a menos que se comprometiesen a jurar lealtad a la corona protestante, a lo que se opuso la mayoría de ellos.



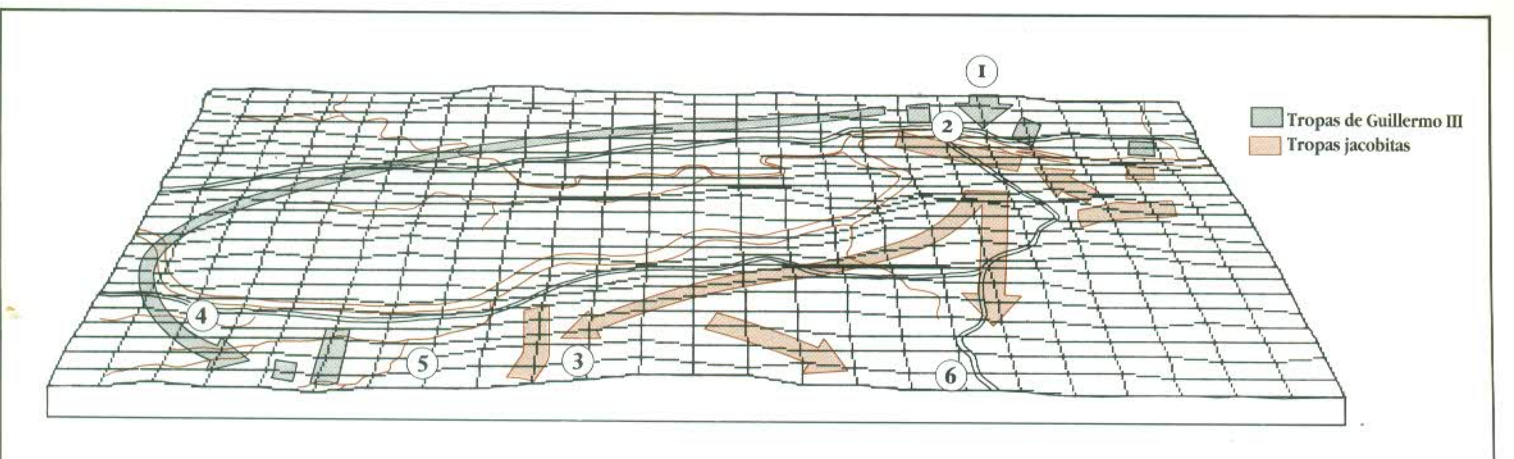
El rey Jacobo II parte para Francia después de la batalla del Boyne.



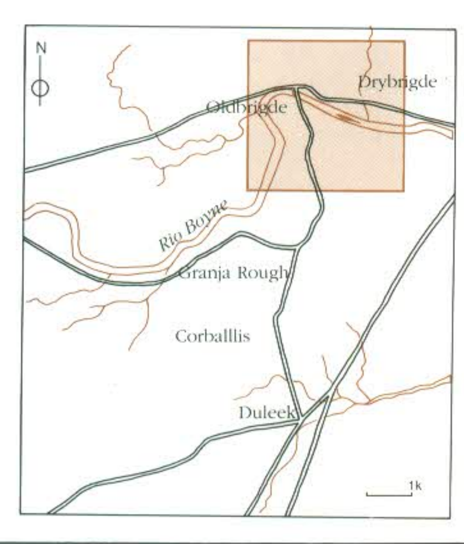
En 1690, fecha en la que se inventó la bayoneta, la pica cayó en desuso y la proporción de piqueros en un regimiento era de uno por cada cinco mosqueteros como máximo.

Sólo si eran llamados se colocaban en vanguardia para rechazar un ataque de la caballería, pero en caso contrario los piqueros se situaban detrás de los mosqueteros, dispuestos en seis filas.

Las tres primeras filas disparaban al mismo tiempo, la primera tendida, la segunda de rodillas y la tercera de pie. Inmediatamente se colocaban detrás para recargar mientras que las tres filas siguientes avanzaban para disparar de la misma forma. El proceso podía ser continuo y permitía mantener un fuego casi ininterrumpido.



El Boyne cortaba el camino a Guillermo (1), pero era vadeable en varios lugares. Por desgracia para los jacobitas, la zona de Oldbridge **(2)**, incluso a pesar de que era la mejor posición que pudieron encontrar en la región, les llevó a ocupar un meandro del río que no les era favorable de ninguna manera. Por otra parte, sus tropas se habían reducido, pues se envió apresuradamente un fuerte destacamento **(3)** para buscar a los hombres de Guillermo, que realizaban un amplio movimiento envolvente hacia Rosnaree **(4)**, como para atacar la retaguardia de los jacobitas. De hecho, no se combatió en Rosnaree, pues ambos adversarios se encontraban separados por un pantano **(5)**. Al huir hacia Duleek **(6)** los jacobitas debían reunirse rápidamente con sus derrotados camaradas procedentes de Oldbridge. Los especialistas han afirmado a menudo que era muy arriesgado tomar posiciones en un meandro, pues ello permite al enemigo atacar con tiro en enfilada antes de lanzarse al asalto. Unos 200 años más tarde, el general sir Francis Cléry escribió en un libro de táctica lo agradable que era descubrir al enemigo situado de esta manera. Sin embargo, esto no impidió que se olvidara la lección cuando en 1899, en la batalla de Colenso, en África del Sur, Cléry envió un fuerte destacamento a un meandro del Tugela.





Guillermo III (1650-1702), nieto de Carlos I, contrajo matrimonio con María, hija de Jacobo II; por tanto, tenía vínculos muy estrechos con la familia Estuardo. Cuando Jacobo, su suegro, subió al trono, no cesó de conspirar contra él y acabó por provocar su caída. Soldado experimentado, político frío y calculador, Guillermo fue el principal adversario de Luis XIV en la lucha por la primacía en Europa.

Jacobo II (1633-1701) se convirtió al catolicismo hacia 1668 lo que le hizo muy impopular. Sin embargo, sucedió sin dificultad a su hermano Carlos II en 1685. Su impopularidad se incrementó cuando confió puestos de importancia a los católicos, publicó dos Declaraciones de Indulgencias y revocó las leyes que perseguían a los católicos y disidentes. Finalmente, la oposición provocó su caída y que se refugiase en Francia en el año 1688.

«La Revolución Gloriosa», así denominada porque se desarrolló sin derramamiento de sangre, es un episodio decisivo en la historia constitucional de Inglaterra. En la *Bill of Rights* (Petición de Derechos) de 1689 se declaraba que ningún católico podría reinar en el país, que los ingleses tenían derechos civiles y políticos inviolables y, sobre todo, atribuía la supremacía política al Parlamento. Guillermo III y su esposa, María II, aceptaron estas condiciones al acceder al trono. El rey permanecía como la persona más importante y más influyente del reino, pero se había dado un gran paso hacia el sistema democrático en el que los miembros serían escogidos por los electores en vez de por el monarca. En el curso de los 50 años que siguieron a la batalla del Boyne, los jacobitas lucharon por devolver el trono a los católicos Estuardo, pero su causa finalmente fue derrotada en la batalla de Culloden.

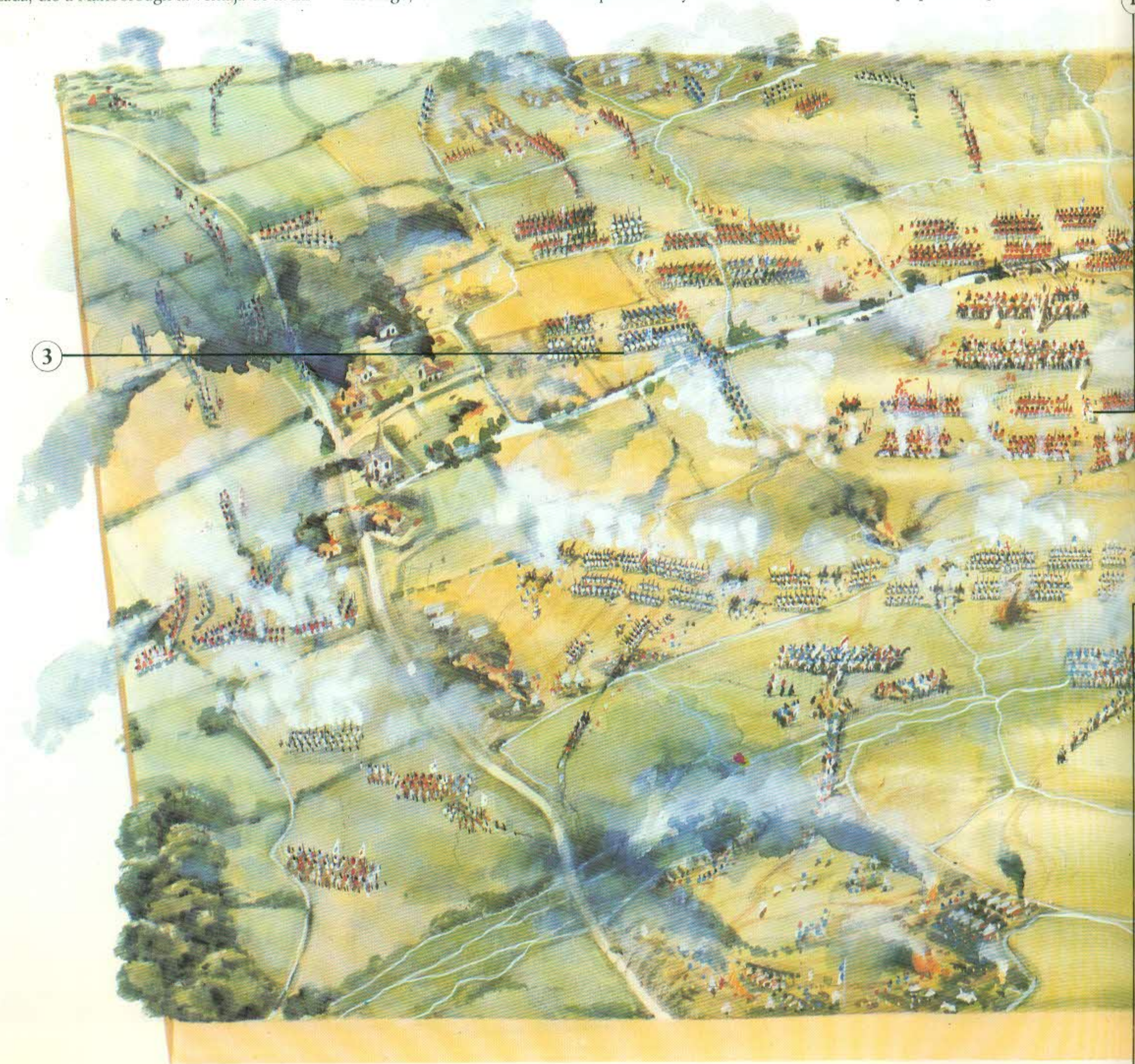
Blenheim/ *13 de agosto de 1704*

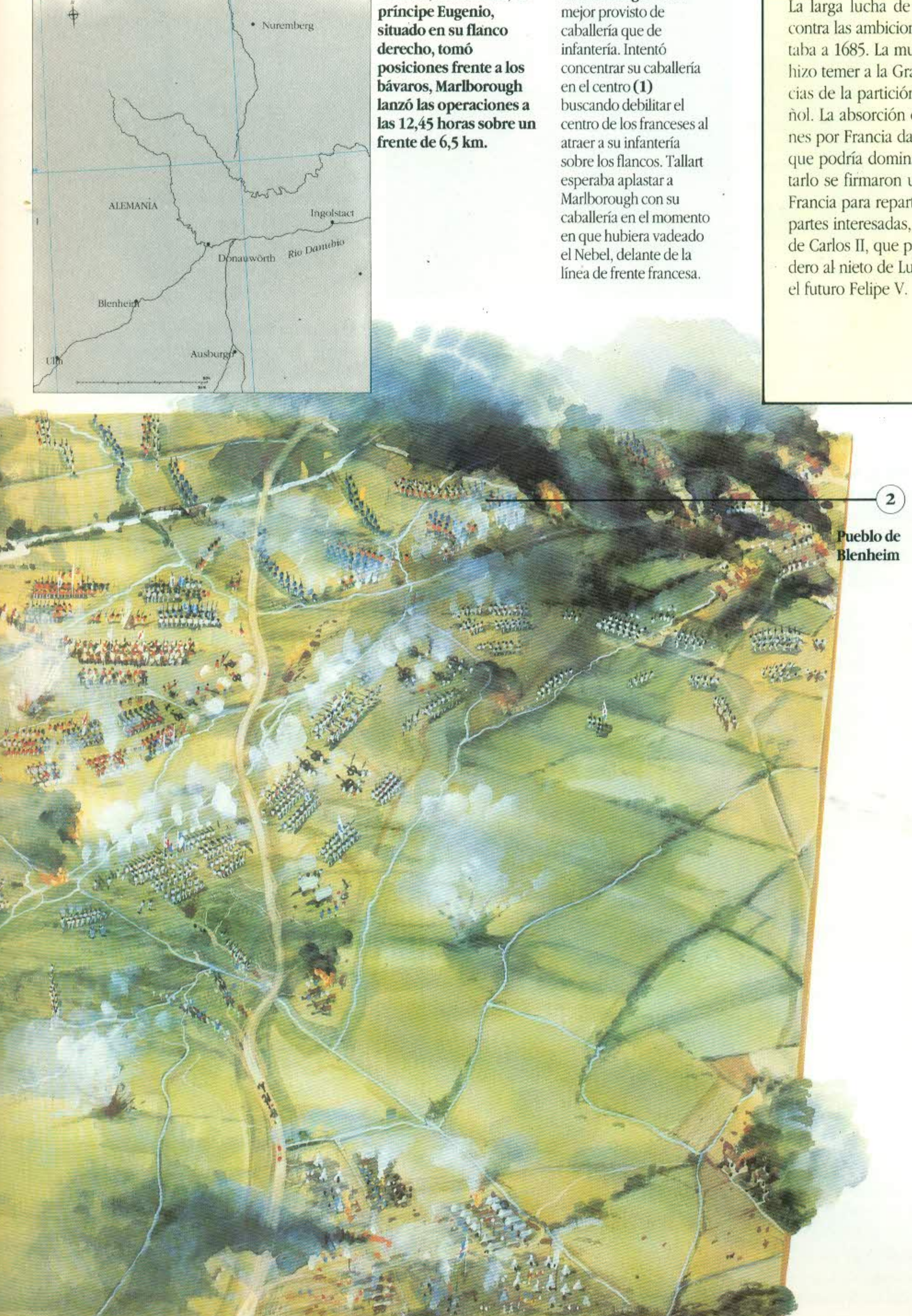
Marlborough, comandante en jefe de los ejércitos de la Segunda Gran Alianza (Inglaterra, Austria y las Provincias Unidas de los Países Bajos), era un hombre de guerra capaz y original, que mostró lo mejor de su talento en los últimos cinco años de la guerra de Sucesión de España.

Marlborough sabía que el teatro de las operaciones durante el verano de 1704 sería la región del Alto Danubio y decidió acudir en ayuda de los austríacos con un gran ejército compuesto por ingleses, holandeses y alemanes. En el mes de mayo, el «cabo John», como se le conocía popularmente, inició el traslado de 40.000 hombres desde el teatro de operaciones holandés al Alto Danubio, a una distancia de 400 km. El 21 de junio, el ejército aliado se reunió con los austríacos del príncipe Eugenio y del príncipe Luis de Baden. Esta marcha, rápida y muy bien organizada, dio a Marlborough la ventaja de la iniciativa y la perspectiva de acudir en socorro del Emperador Leopoldo, que se enfrentaba a los franceses en Viena.

La ciudad fortificada de Donauwörth, situada sobre la orilla norte del Danubio, con su guarnición de 14.000 hombres, protegía una de la vías de entrada a Baviera y obstaculizaba el camino a los Aliados. Marlborough concibió un ataque en tenaza contra esta plaza fuerte, que acabó por rendirse tras encarnizados combates. Aunque escarmentado por este revés, el Elector de Baviera se obstinó en rechazar el inicio de negociaciones. El mariscal de Marsin, al mando de las tropas francesas, y él mismo, decidieron evitar todo enfrentamiento hasta la llegada de otro ejército francés, a las órdenes del mariscal Tallart. El príncipe Eugenio, que tenía en jaque a importantes fuerzas francesas delante de Estrasburgo, abandonó esta zona de operaciones y siguió a Tallart hacia el norte. Mientras tanto, Marlborough había pasado a la orilla sur del Danubio y asoló Baviera con objeto de obligar al Elector a combatir. Tallart se reunió con éste y con Marsin en Ausburgo el 5 de agosto: un ejército franco-bávaro de 60.000 hombres se encontraba ya sobre el terreno y se preparaba para cortar las vías de comunicación de Marlborough. Éste comprendió que si quería dominar la situación debía, de acuerdo con el príncipe Eugenio, provocar la batalla. El príncipe Luis de Baden, que no estaba de acuerdo con la estrategia de Marlborough, fue encargado de asediar Ingolstadt.

El 11 de agosto, el príncipe Eugenio notificó a Marlborough que Tallart, Marsin y el Elector de Baviera habían vadeado el río en Hochstadt, a 32 km del campamento austríaco de Munster. Y mientras realizaba los preparativos para retirarse a





Cuando, finalmente, el príncipe Eugenio, situado en su flanco derecho, tomó posiciones frente a los bávaros, Marlborough lanzó las operaciones a las 12,45 horas sobre un frente de 6,5 km.

Marlborough estaba mejor provisto de caballería que de infantería. Intentó concentrar su caballería en el centro **(1)** buscando debilitar el centro de los franceses al atraer a su infantería sobre los flancos. Tallart esperaba aplastar a Marlborough con su caballería en el momento en que hubiera vadeado el Nebel, delante de la línea de frente francesa.

La larga lucha de los estados protestantes contra las ambiciones de Luis XIV se remontaba a 1685. La muerte de Carlos II en 1700 hizo temer a la Gran Alianza las consecuencias de la partición del vasto imperio español. La absorción de España y sus posesiones por Francia daría a Luis XIV tal poderío que podría dominar toda Europa. Para evitarlo se firmaron una serie de tratados con Francia para repartir el botín entre todas las partes interesadas, en contra del testamento de Carlos II, que proclamaba como su heredero al nieto de Luis XIV y duque de Anjou, el futuro Felipe V.

Lord Cutts, en el flanco izquierdo **(2)**, lanzó un ataque de diversión hacia Blenheim, donde los franceses estaban tan amontonados que, según un testimonio directo, «no podían disparar, ni siquiera recibir o ejecutar una orden».

El príncipe de Holstein-Beck estaba al mando de la infantería de la parte derecha del centro aliado **(3)**. Su objetivo al marchar sobre Oberglau era el de atraer a la infantería francesa lejos del centro. Aquí, sólo la intervención de Marlborough evitó la derrota.

Entre Oberglau y **Blenheim**, el ejército francés se hallaba desplegado sobre una suave pendiente **(4)**, más allá del Nebel, y Tallart esperaba aprovechar el momento en que Marlborough reagrupara sus tropas después de vadear el curso de agua.

Donauwörth, escribió a Marlborough: «Milord, todo depende de vuestra diligencia para venir a reuniros conmigo mañana, pues de lo contrario podría ser demasiado tarde.» Marlborough partió de forma inmediata y el 12 de agosto todo el ejército acampaba en Munster.

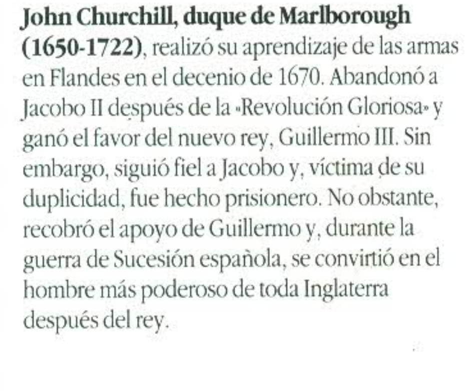
Mientras Marlborough y el príncipe Eugenio operaban de forma conjunta, no sucedía lo mismo en el campamento francobávaro. El Elector, que creía cansado y dividido al enemigo, quería atacar, pero Tallart era más prudente. Adoptaron una solución de compromiso, es decir, avanzar algunos kilómetros hacia el enemigo para ocupar una posición favorable cerca de Blenheim. Tallart estaba seguro de que los Aliados, no muy numerosos sin las tropas del príncipe Luis, no atacarían de frente y se retirarían hacia el norte, en dirección a Nordlingen. Pero el mariscal francés subestimaba a su enemigo, quien tenía su propia manera de conducir las operaciones. Marlborough, lejos de retirarse, envió exploradores para que reconocieran el terreno: éstos le informaron de que 60.000 hombres con 90 cañones ocupaban un frente de 6,5 km que incluía las ciudades de Blenheim, Oberglau y Lutzingen. Esta línea se extendía desde el Danubio, en el flanco derecho, hasta un terreno elevado y boscoso, sobre el flanco izquierdo, más allá de Lutzingen. Delante de este frente, el Nebel, un afluente del Danubio, formaba un obstáculo complementario.

El estado mayor de Marlborough consideró que era insensato atacar una posición tan poderosa con 56.000 hombres y 60 cañones, pero Marlborough ya había tomado su decisión. Al anochecer del 12 de agosto, Tallart y los francobávaros se retiraron a sus tiendas, convencidos de que, en buena lógica, un ataque era impensable.

En medio de la noche, sin embargo, los Aliados emprendieron una marcha de 15 km hacia Blenheim. Al amanecer, ocultos en medio de una densa niebla, se aproximaron al enemigo sin que nadie se diera cuenta. E incluso cuando se dio la voz de alarma, no se tomó en serio: a las 7,00 horas Tallart escribía una carta a Luis XIV en la que afirmaba que Marlborough probablemente había decidido retirarse hacia el norte.

Una hora más tarde, cuando comenzaron a desplegarse las tropas aliadas, Tallart, estupefacto, comprendió finalmente que debía prepararse para entablar combate. A toda prisa, aseguró las defensas de la zona que se extendía entre el Danubio y Oberglau, mientras que Marsin y el Elector debían mantener la línea entre Oberglau y Lutzingen. Las tres ciudades estaban sólidamente fortificadas y protegidas por elementos de infantería y caballería, apoyados por la artillería. Según los planes de Tallart, todos los ataques sobre la línea situada entre Oberglau y Lutzingen debían frenarse sobre el Nebel; entre Oberglau y Blenheim se dejaría pasar al enemigo. A medida que éste avanzara, sería desorganizado por el efecto del fuego artillero y las cargas de la caballería, y se vería obligado a retroceder en desbandada hacia la otra orilla.





John Churchill, duque de Marlborough (1650-1722), realizó su aprendizaje de las armas en Flandes en el decenio de 1670. Abandonó a Jacobo II después de la «Revolución Gloriosa» y ganó el favor del nuevo rey, Guillermo III. Sin embargo, siguió fiel a Jacobo y, víctima de su duplicidad, fue hecho prisionero. No obstante, recobró el apoyo de Guillermo y, durante la guerra de Sucesión española, se convirtió en el hombre más poderoso de toda Inglaterra después del rey.



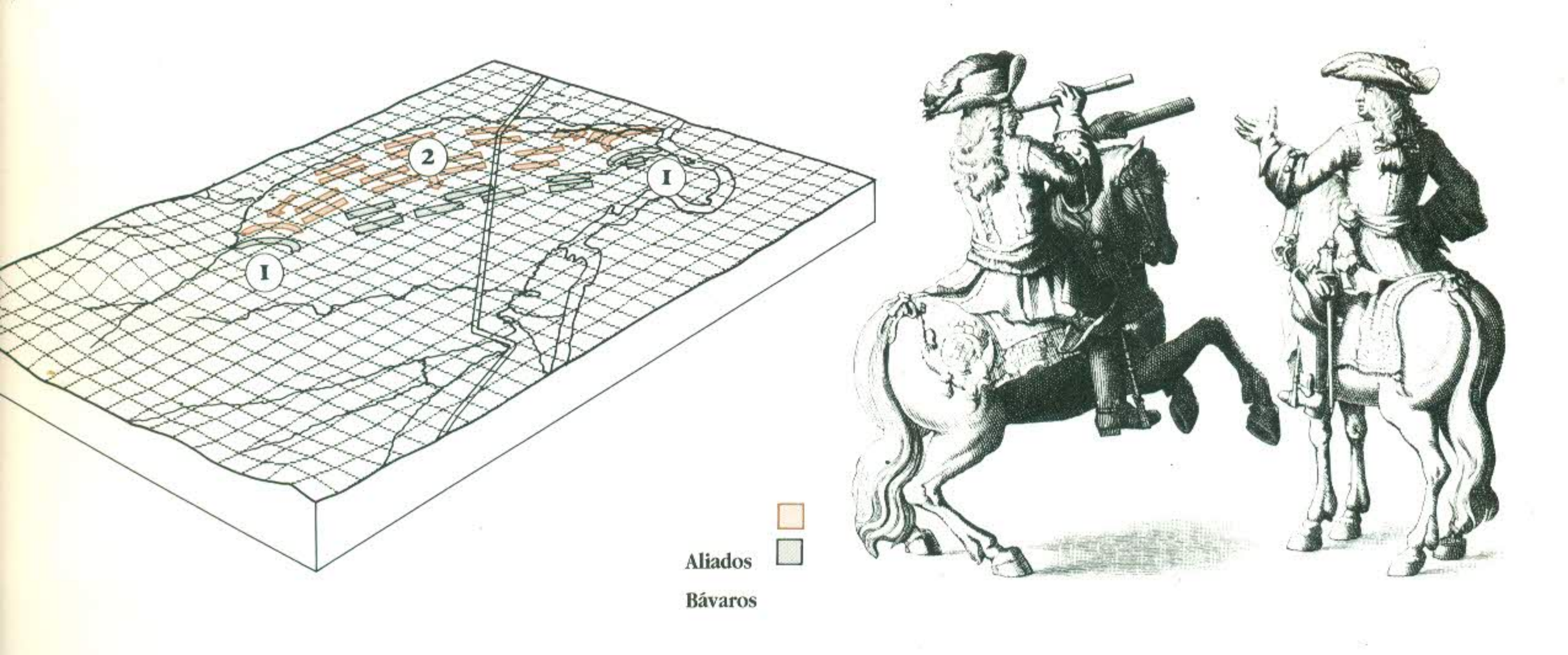
El príncipe Eugenio (1663-1736) era un favorito de Luis XIV. Cuando su madre fue desterrada de Versalles a causa de un escándalo, el rey decidió que debía tomar las órdenes. Eugenio rechazó la idea, huyó y en 1683 entró al servicio del emperador de Austria, Leopoldo I. Se distinguió contra los turcos y en 1694 fue nombrado comandante del ejército. Tras el avance francés sobre Viena se reunió con Marlborough; su amistad era tan grande que acuñó medallas que los representaban como Cástor y Pólux.



Camilo, conde de Tallart (1652-1728), fue nombrado ministro de la corte de Saint James en 1689. Muy popular en Londres, supo poner en guardia a Luis XIV contra los peligros que entrañaba su política. Cuando en septiembre de 1701 reconoció a Jacobo Estuardo como rey de Inglaterra, Guillermo III obligó a Tallart a regresar a Francia, donde recibió el mando de un ejército. Más inclinado al compromiso que a la acción, Tallart se consoló después de Blenheim diciéndose que las cosas podrían haber sido peores, opinión que no compartía Luis XIV.

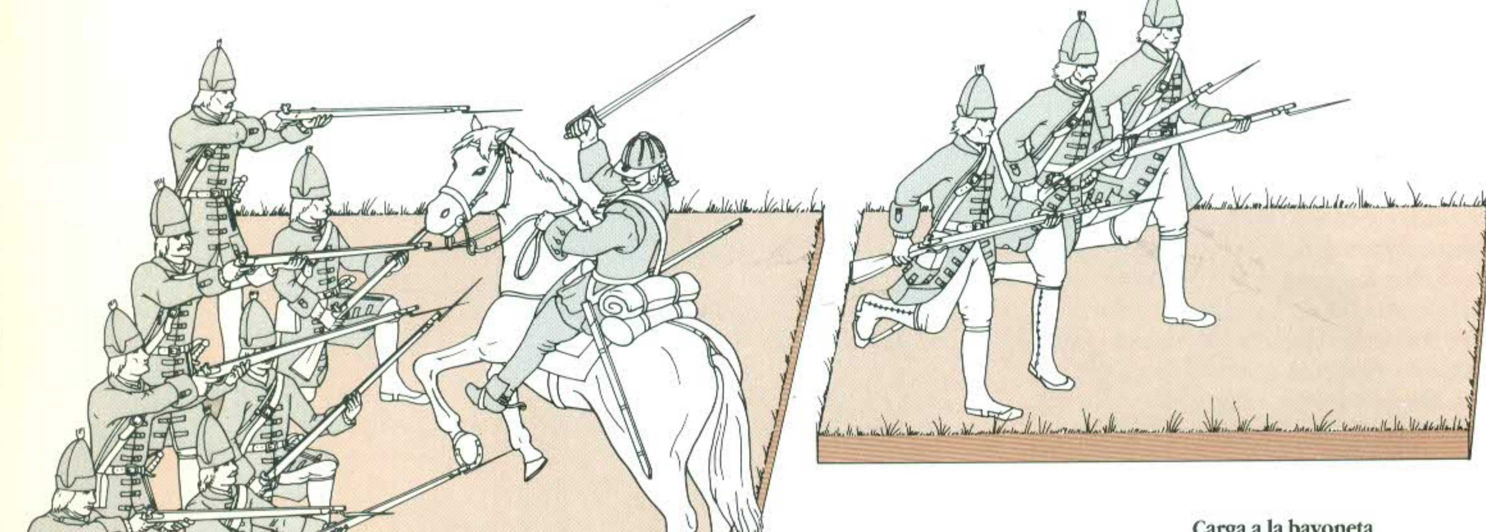


Maximiliano Emanuel, Elector de Baviera (1662-1726) era, al igual que sus predecesores, aliado tradicional de Francia frente a los Habsburgo. Ambicioso, en 1691 había extendido sus dominios al convertirse en gobernador de los Países Bajos españoles. Cuando en 1704 Marlborough invadió y arrasó Baviera, intentó sobornarlo para que cambiara de bando pero, al saber que Tallart acudía en su socorro, se echó atrás. Tras la derrota de Blenheim, no pudo regresar a Baviera hasta 1714.



Los dos ejércitos tenían el mismo número de hombres más o menos (56.000), pero Marlborough contaba con más fuerza de caballería que de infantería. Para aprovechar este hecho, fingió que iba a atacar los pueblos situados sobre los flancos de la línea francesa **(1)** para intentar atraer a la infantería lejos del centro. La maniobra tuvo éxito y de forma inmediata lanzó su caballería contra el centro **(2)**. Al mismo tiempo, se arriesgaba a que los franceses iniciaran un ataque de su caballería contra su línea frontal para el que no estaba preparado. Para evitar este peligro, combinó elementos de infantería y de caballería que operaron conjuntamente.

La colaboración entre Marlborough y el príncipe Eugenio fue una de las más satisfactorias de la historia militar. Ambos se reunieron sólo algunos días antes de la batalla y se hicieron grandes amigos. El encanto de Marlborough ya era legendario pero no necesitaba convencer a Eugenio, pues éste odiaba a Luis XIV y estaba decidido a humillar al Rey Sol. Por ello, ofreció a Marlborough su apoyo incondicional.



Carga a la bayoneta

La mayor innovación en el armamento de principios del siglo XVII fue la generalización de la bayoneta. Fusión de la eficacia de la pica en una lucha cuerpo a cuerpo y del mosquete, convirtió a la infantería en un arma más flexible y ofensiva (arriba), apta para realizar complicadas maniobras. Las formaciones defensivas contra la caballería (izquierda), normalmente comprendían una hilera de bayonetas, con frecuencia dispuesta en cuadro; una fila podía disparar rodilla en tierra mientras que la otra lo hacía de pie. Las armas y las formaciones utilizadas durante la campaña de Blenheim cambiarían poco a lo largo de los siglos y fueron, poco más o menos, las empleadas en las guerras napoleónicas.

Blenheim/3

Al observar el despliegue del adversario, Marlborough constató que su flanco derecho era más fuerte que el resto de la línea de frente y concluyó que Tallart no esperaría un ataque sobre un punto fuerte; pero eso era precisamente lo que se proponía hacer, de forma simultánea a una maniobra de diversión del príncipe Eugenio sobre la izquierda francobávara.

Poco después de las 9,00 el príncipe marchó hacia Lutzingen. Eran las 12,30 horas, con el sol en su cenit, cuando finalmente se situó en posición. Inmediatamente, lord Cutts, en el flanco izquierdo aliado, envió una brigada inglesa para atacar nueve batallones enemigos en el poblado de Blenheim. Dos asaltos sucesivos no lograron atravesar las defensas, pero su violencia desmoralizó al teniente general marqués de Clerambault, quien solicitó como refuerzos siete batallones de apoyo y once de reserva. Marlborough no permitió una tercera tentativa para apoderarse del poblado. En efecto, ya había alcanzado su objetivo: 27 batallones de infantería de elite estaban aislados en Blenheim y el centro de la formación francesa se encontraba muy debilitado.

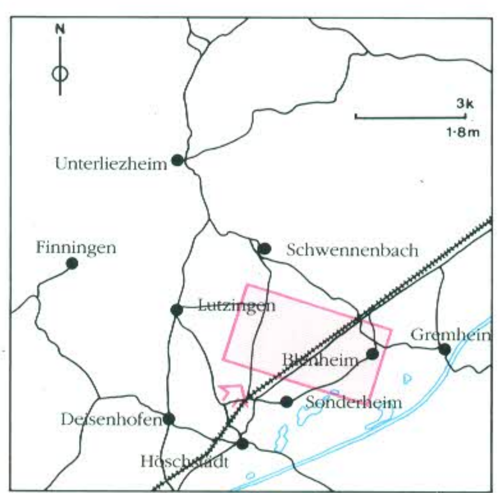
Durante este tiempo, la *Gendarmerie*, elite de la caballería francesa, intentó acudir en ayuda de los defensores de Blenheim, atrapados en los edificios en llamas y bajo el fuego de los mosquetes ingleses. Ocho escuadrones se enfrentaron a cinco escuadrones aliados y Tallart vio cómo sus mejores soldados se batían en retirada delante de una fuerza numéricamente inferior.

Poco después de las 2,00, cuando el grueso de las tropas de Marlborough había vadeado el Nebel y se había reagrupado, los Aliados sufrieron un duro revés en Oberglau, que hubiera podido resultar desastroso sin la presencia de ánimo de Marlborough.

Diez batallones de asalto del príncipe de Holstein-Beck fueron derrotados por nueve batallones franceses del marqués de Blainville, de forma que el flanco derecho del centro de Marlborough quedó al descubierto. En el mismo momento en que el mariscal de Marsin reunía una numerosa fuerza de caballería para rechazar la línea aliada, Marlborough despachó un mensaje para que el príncipe Eugenio enviara a toda prisa la brigada de caballería de Fugger en su ayuda. Aunque él mismo se encontraba en dificultades, el príncipe obedeció; los coraceros austríacos llegaron a tiempo para rechazar la carga de Marsin y estabilizar el centro aliado. Un nuevo ataque de la infantería consiguió, finalmente, desalojar de Oberglau a los hombres de Blainville.

Una vez contenidos los puntos fuertes del adversario y con Eugenio ocupado del flanco izquierdo francobávaro, Marlborough podía lanzar en ese momento sus 80 escuadrones y 22 batallones contra los 60 escuadrones y 9 batallones que los franceses podían alinear entre Blenheim y Oberglau.

Hacia las 3,30 horas recibió la noticia de que el príncipe Eugenio se aproximaba a Lutzingen y en ese momento envió toda su formación central al combate, dirigida, hecho poco habitual, por la caba-



A las 16,00 horas, la batalla causaba estragos. El sol había brillado durante todo el día. Como era costumbre en esta época arrasar los obstáculos que existieran sobre el campo de batalla, numerosos edificios de los alrededores fueron incendiados y nubes de humo se elevaban aquí y allá.

El terreno que rodeaba el pueblo de Blenheim era pesado, pantanoso y recorrido por pequeños cursos de agua, lo que dificultaba los movimientos de la infantería.

El ejército francés carecía de reservas de infantería para apoyar el ataque de su caballería porque un número importante de estas fuerzas, atraídas hacia los poblados situados en los flancos del frente, no podían retirarse de la zona y regresar al centro.

El ejército de Marlborough mantenía una cooperación más estrecha entre la infantería y la caballería que los franceses, cuyo fracaso se puso de manifiesto en los inútiles combates de Blenheim.

Marlborough (1) había concentrado una considerable fuerza contra el centro francés. Para Tallart, el único medio de evitar el desastre consistía en lanzar un ataque de su caballería.

La carga de la caballería francesa, dirigida por el marqués de Humières, fue rechazada y sufrió graves pérdidas **(2)**. El hostigamiento despiadado del centro francés tocaba a su fin.

En el centro, Tallart sólo contaba con nueve batallones de jóvenes reclutas **(3)**, bajo el fuego de la artillería enemiga.

A las 17,00 Marlborough recorrió el frente y dio orden a las trompetas de llamar a la caballería para que atravesara las filas de la infantería. Los jinetes franceses cedieron bajo el impulso de esta carga.

La táctica de Marlborough, que recuerda la efectuada por Gustavo Adolfo 70 años antes, tuvo un notable éxito. Una vez destruido su centro, el ejército francés se desbandó. La persecución continuó hasta el anochecer y miles de franceses, presos del pánico, perecieron ahogados al intentar atravesar el Danubio.

1

2

llería. Tallart, con su excelente trampa defensiva neutralizada por el audaz ataque de Marlborough sobre Blenheim al comienzo de la batalla, se encontraba en una posición embarazosa y durante un momento ofreció una encarnizada resistencia. Pero la suerte del combate ya estaba decidida.

Los Aliados retrocedieron ligeramente para reagruparse, mientras que una batería barría las líneas francesas a quemarropa. Poco después de las 5,00, los hombres de Marlborough lanzaron un nuevo ataque y, esta vez, ya no fueron detenidos. La infantería francesa moría en sus posiciones, mientras la caballería huía al galope. Muchos se ahogaron al atravesar el Danubio al oeste de Blenheim sobre un puente de pontones que se hundió.

Tallart fue hecho prisionero mientras Marsin y el Elector se batían en retirada. En esos momentos, sólo resistían todavía los 11.000 soldados franceses encerrados en Blenheim dentro de un estrecho perímetro, pero ya habían perdido a su jefe, Clerambault, que los había abandonado y había perecido ahogado al intentar cruzar el Danubio.

Finalmente, para evitar prolongar un cruento combate, los franceses se rindieron con todos los honores militares. Del lado aliado se contaron más de 12.000 muertos o heridos, mientras que los francobávaros tuvieron 20.000 bajas; asimismo, 14.000 soldados fueron hechos prisioneros y se perdieron 129 banderas, 171 estandartes y toda la artillería.

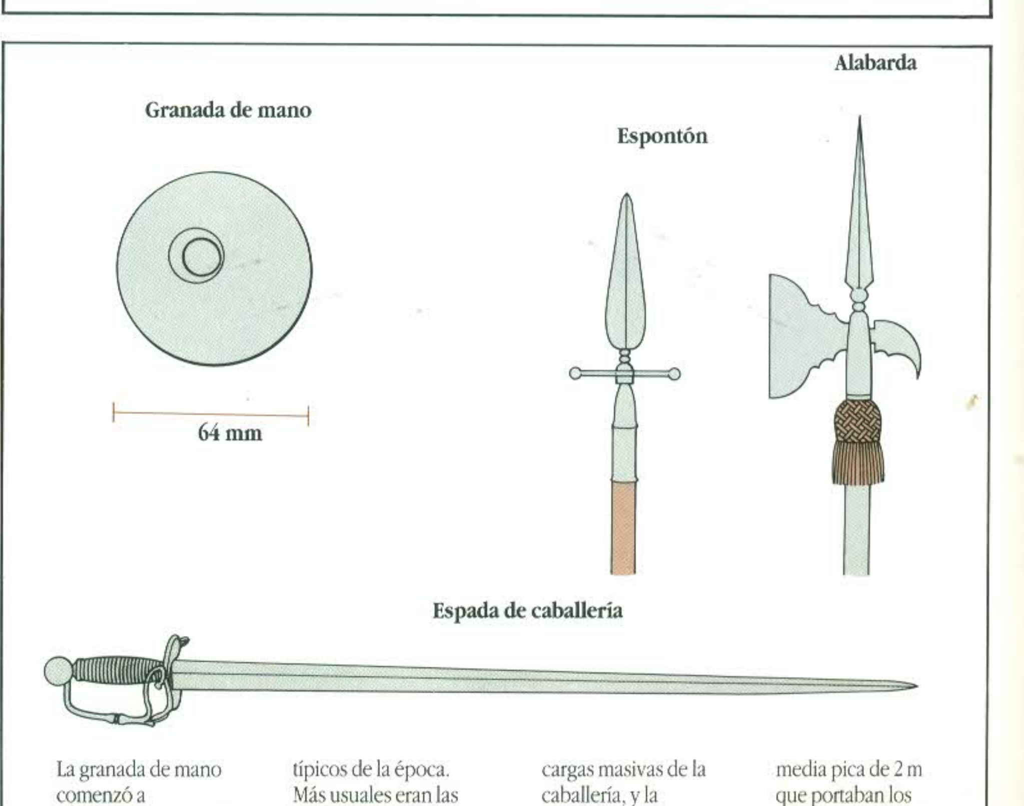
Austria y la Gran Alianza se habían salvado, y el poderío del ejército francés, el primero de Europa durante largo tiempo, sufrió un duro golpe.

En efecto, la batalla de Blenheim, la mayor victoria inglesa desde Agincourt, iba a tener unas consecuencias decisivas en el futuro de Europa y también de la balanza de hegemonías en el planeta. Con ella tocaban a su fin los grandes planes de Luis XIV, pues de haber sido otro el resultado, el Elector podría haber reinstaurado a los Habsburgo en el trono imperial, Munich habría reemplazado a Viena y el imperio se habría convertido en exclusiva de Francia. A raíz de Blenheim, el Elector vio cómo sus dominios eran anexionados por Austria que, cuando concluyó la guerra, en abril de 1713, recibió los Países Bajos españoles, Nápoles y Milán, que conservó hasta 1866. Saboya, convertida ahora en reino, obtuvo Niza y Sicilia, que en 1720 trocó por Cerdeña, y Luis de Francia reconoció la sucesión protestante en Inglaterra.

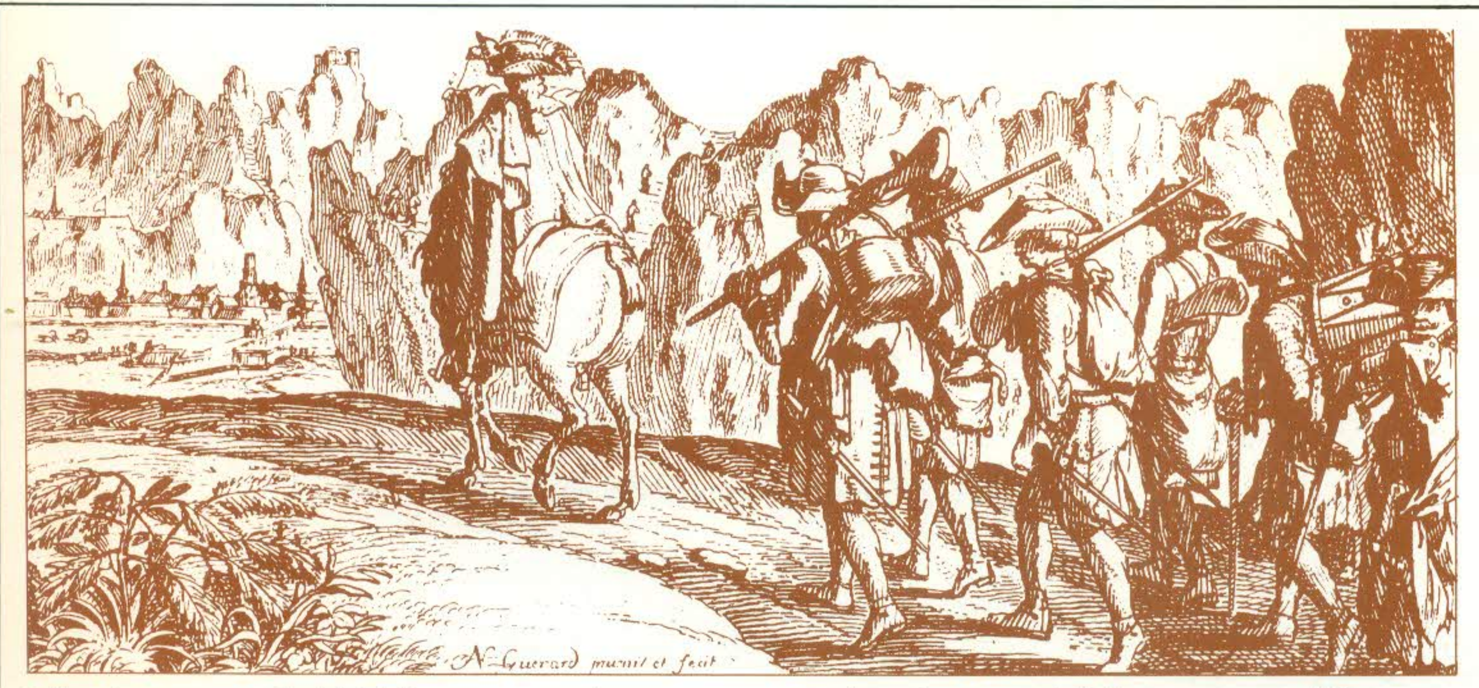
Fue precisamente este último país el que sacó mayor provecho de los tratados de paz de Utrecht. En compensación, recibió de Francia los territorios de Nueva Escocia, Terranova y las tierras próximas al Hudson, con lo que comenzó a desplazar a Francia de Norteamérica, y obtuvo Gibraltar y Menorca de los españoles, con lo que se aseguró un cómodo control del Mediterráneo occidental. Además, consiguió de España la exclusiva del traslado de esclavos a las posesiones de ésta en América durante 30 años y, en suma, se convirtió en dueña de los mercados y mares mundiales.



En la época, los generales asumían toda la tarea y desempeñaban la triple función de jefe de estado mayor, oficial de información y de intendencia. Debían vigilar todos los detalles. Marlborough supervisaba personalmente los menores movimientos tácticos y su calma e impasibilidad siempre impresionaban a sus tropas. Al igual que Wellington, es un buen representante de la flema británica.



La granada de mano comenzó a desempeñar un papel importante en el arte de la guerra durante el siglo XVIII, sobre todo en los prolongados asedios típicos de la época. Más usuales eran las armas como la espada de caballería, esencial de las campañas de Marlborough, que se apoyaban en las cargas masivas de la caballería, y la alabarda, con un peso aproximado de 8 kg, y destinada en origen a proteger a los mosqueteros. El espontón era una media pica de 2 m que portaban los oficiales como signo de su función y que también servía para alinear los mosquetes.



Las ilustraciones que representan las batallas de la época son engañosas. Las líneas claras y los trazos rectilíneos de este grabado contemporáneo de Blenheim (abajo), están lejos de la realidad. Las maniobras elaboradas estaban en sus primeros balbuceos y los movimientos de grandes formaciones a menudo eran confusos. Los ejércitos con frecuencia estaban formados por mercenarios. A principios del siglo XVII los monarcas pretendían que la guerra se financiase a sí misma: por tanto, los soldados debían vivir del país. La llegada de los soldados a una región (arriba), significaba que era necesario alimentarlos y darles alojamiento. A menudo la disciplina era muy relajada y los campos quedaban a merced de la soldadesca. Marlborough asoló Baviera e incendió 400 pueblos.



La batalla de Blenheim marcó un hito en la guerra de Sucesión de España. Supuso el final de la serie de éxitos de Luis XIV, y salvó a Viena y a la Gran Alianza. Poco después de la batalla, todo el territorio de Baviera cayó en manos de los Aliados. Para los ejércitos franceses, esta derrota fue el primer revés verdaderamente grave desde hacía más de medio siglo, y la victoria consagró a Marlborough.

Regresó a los Países Bajos para infligir tres derrotas más a los ejércitos franceses, en Ramillies (1706), Oudenaarde (1708) y Malplaquet (1709), antes de que los intereses opuestos de los Aliados y la obstinación de Luis XIV concluyeran en un acuerdo duradero.

El Tratado de Utrecht de 1714 puso fin a la crisis de sucesión española al afirmar a Felipe V como rey de España, pero forzándole a renunciar a sus derechos sobre la corona de Francia. Todavía más, Blenheim confirmó a Gran Bretaña como la primera potencia mundial, que mantenía en sus manos el equilibrio europeo y construía un imperio en India y en el norte de América.